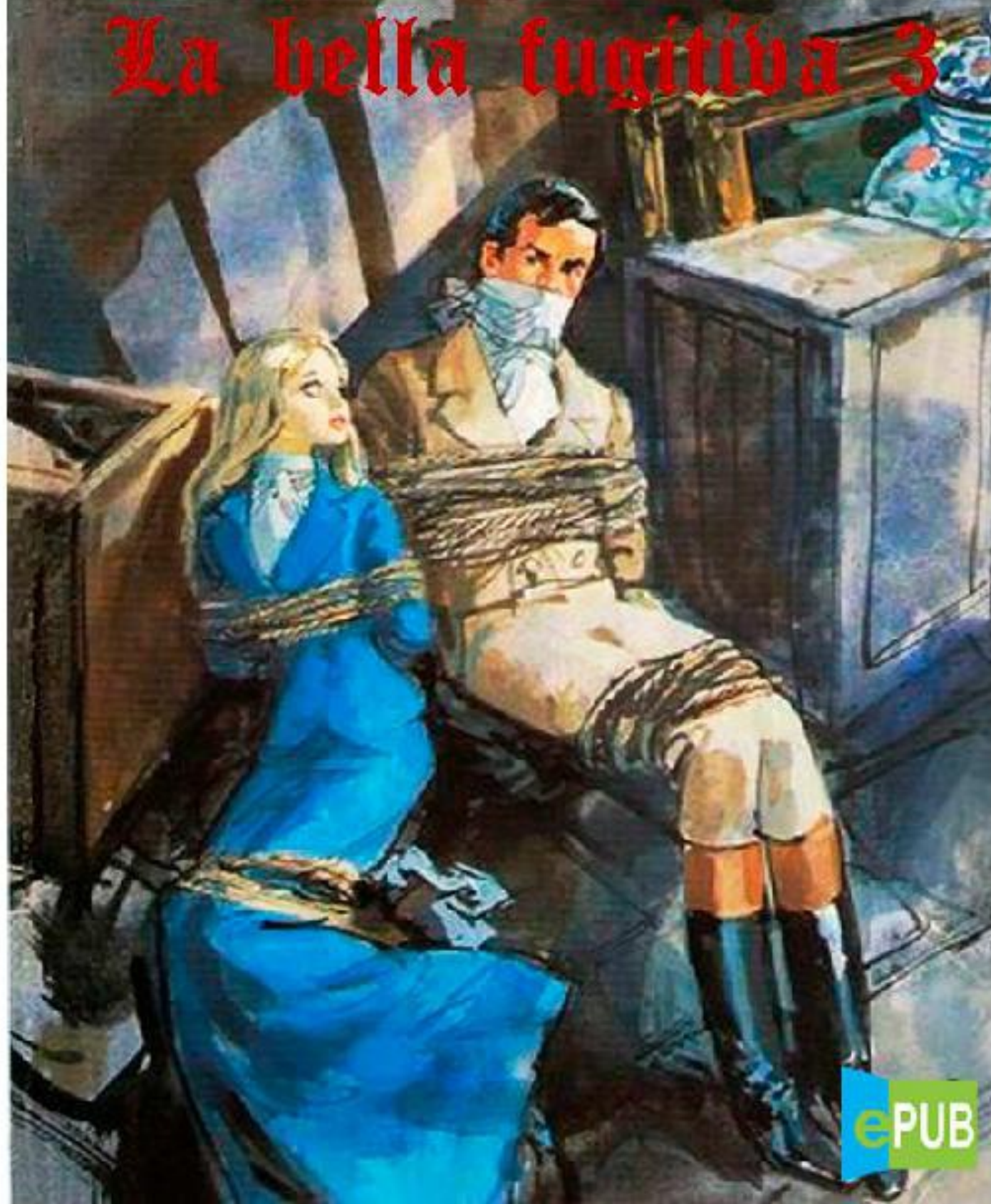


BARBARA CARTLAND

La bella fugitiva 3



ePUB

Lady Odela Ford regresa de Florencia, donde estuvo internada en famosa escuela, y escucha que su madrastra, la Condesa de Shalford, le sugiere a su amante, el Vizconde More, que debe casarse con Odela por su dinero. La joven queda estupefacta al descubrir que algunas acciones que su madre le regalara años atrás, ahora se han multiplicado hasta representar un fuerte capital y su padre está muy preocupado de que la persigan los típicos caza-fortunas. Consciente de que no puede causar daño a su padre descubriéndole que su esposa le es infiel, huye al campo para refugiarse con su niñera, a quien su madrastra despidió cuando Odela marchó para estudiar en el extranjero.

Nanny cuida a la pequeña sobrina del Marqués de Trascoombe y Odela se oculta en la bella e histórica Coombe Court con la esperanza de que nadie la descubra.

Cómo, cuando va en busca de un libro en la impresionante biblioteca, descubre que un ladrón va a robarse un cuadro de Van Dyke. Cómo intenta hacer saber al marqués lo que sucede y aun así conservar el anonimato. Cómo ella y el Marqués de Transcoombe quedan involucrados en aterradoras circunstancias y cómo Odela escapa de la malvada trampa de su madrastra, se relata en esta novela de Barbara Cartland.



Barbara Cartland

La bella fugitiva 3

ePub r1.0
jala 01.02.16

Título original: *The sleeping Princess*
Barbara Cartland, 1991

Editor digital: jala
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2

más libros en **ePubGratis**

Capítulo 1

1874

Cuando el carruaje dio vuelta hacia la plaza Grosvenor, Odela se sintió emocionada. Todo el trayecto desde Florencia estuvo anhelando llegar a casa y ver de nuevo a su padre.

Ahora, aun cuando intentaba evitarlo, se sentía temerosa. Después de un año de soledad y desdicha a raíz de la muerte de su madre, su padre se había vuelto a casar.

Le comunicó, un tanto avergonzado, que tenía intenciones de casarse con una viuda, Lady Dean.

Ella podía recordar vívidamente su propia consternación. Ella ya conocía a Lady Dean.

Le había parecido que coqueteaba con su padre de forma exagerada.

Odela lo amaba y comprendía con qué desesperación echaba de menos a su madre.

Por lo tanto, no se atrevió a protestar.

Esme Dean se apoderó del manejo de la casa incluso antes de la boda, que fue muy sencilla.

Odela tenía que reconocer que su madrastra era una mujer muy atractiva.

Siempre decía las cosas más halagadoras a cuantos conocía.

Todo su proceder, dondequiera que fuera, siempre resultaba «demasiado maravilloso para decirlo con palabras».

Jamás hablaba con su esposo sin obsequiarlo con algún halago respecto a su inteligencia, su aspecto, o su posición social.

Al principio, Odela se reñía a sí misma por criticarla.

Sin embargo, pronto comprendió, por instinto, que no era sino una pose exagerada, nacida de su arraigada hipocresía, para disfrazar sus verdaderos sentimientos.

En cierta forma, a Odela no la sorprendió que, inmediatamente después de la boda, la nueva condesa empezara a sugerir a su esposo:

—Odela es tan inteligente, mi amor, tanto como tú, que debemos tener cuidado de no desperdiciar su cerebro.

A la propia Odela solía decirle:

—No es necesario que seas tan bonita como inteligente. ¡No deberías esforzarte de esa manera y arruinar tus hermosos ojos!

Odela pronto descubrió que esos comentarios eran sólo pasos que daba su madrastra para lograr su deseo de que la enviaran al extranjero a un exclusivo colegio para señoritas. Existían dos o tres en Inglaterra, pero la condesa pensó que no eran lo bastante buenos.

—Me ha dicho gente de mucha confianza —comentó al conde—, que el «Seminario para Jóvenes Damas de Florencia» es famoso por su excelente profesorado.

Hizo una pausa antes de añadir con una sonrisa:

—Los aristócratas de todos los países envían allí a sus hijas y, ¿qué podría ser mejor para la querida Odela que aprender francés e italiano?

Odela no hizo objeciones porque comprendía que sería inútil.

Además, le estaba resultando difícil tolerar los innumerables cambios que su madrastra estaba haciendo en sus dos casas, que otrora fueran el orgullo y la alegría de su madre. Por fortuna, pensó Odela, a su madrastra no le interesaba particularmente Shalford Hall, la casa de campo.

En Londres, despidió a los antiguos sirvientes y otros nuevos ocuparon sus lugares.

Odela, en realidad, era muy inteligente.

Sabía que sería absurdo y desconsiderado hacia su padre si, estando recién casado, ella empezara a reñir con la nueva condesa.

Era evidente que él estaba fascinado con su joven y bella esposa.

Así que no habría estado dispuesto a escuchar nada que se dijera en contra de ella.

Entonces llegó el momento en que, de forma directa, Lady Esme Dean anunció a Odela:

—Te tengo una noticia, queridita mía, y estoy segura de que te complacerá. Sabes, cariño, que sólo deseo tu felicidad, aunque también aspiro a que seas un éxito notable cuando te conviertas en debutante.

Hizo una pausa y como Odela no hablara, continuó:

—Tu padre, con su maravillosa forma de ser, siempre está pensando más en los demás que en sí mismo, está de acuerdo para que estudies en la escuela de Florencia durante un año.

Lanzó una risa, que sus admiradores decían siempre que era como de campanillas, antes de proseguir:

—Sé que allí aprenderás a ser tan culta como tu maravilloso padre y también adquirirás todas las gracias que una dama debe tener si desea brillar en la sociedad londinense.

Odela contuvo el aliento, mas sólo se limitó a preguntar:

—¿Cuándo deseas que parta, papá?

—¡En seguida! —respondió su madrastra por él—. Así que regresarás dentro de un año en el momento justo para caer como un meteoro en Londres y, ¡deslumbrarnos a todos! Volvió a reír antes de continuar:

—¡Eres una jovencita en extremo afortunada! Y, por supuesto, todo lo debes a tu bondadoso y comprensivo padre, ya que sé lo mucho que te echará de menos durante tu ausencia.

Odela se obligó a sí misma a decir que estaba agradecida por la oportunidad.

A la vez, era consciente de que su madrastra se había salido con la suya y conseguido sus propósitos.

Sin embargo, cuando subió a su habitación sufrió una desagradable sorpresa.

Se enteró de que Nanny, la mujer que la había cuidado desde que naciera, había sido despedida, porque ya no requerían de sus servicios.

Se abrazó al cuello de su niñera diciendo:

—¡No puedes irte, Nanny, no puedo perderte! ¡Mamá siempre dijo que te quedarías con nosotros toda tu vida!

—Su madre, Dios la tenga en Su Gloria, lo mismo me dijo —respondió

Nanny—, pero la nueva condesa tiene otras ideas.

—Hablaré con papá ¡No puedo permitir que te vayas!

—No tiene objeto, queridita —respondió Nanny—. Milady se saldrá con la suya y también desea que se vaya toda la antigua servidumbre, para poder traer a quienes le son fieles a ella.

—Pero ¿cómo me las voy a arreglar sin ti? —preguntó Odela mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Estará mi niña ausente durante un año —dijo Nanny—, y cuando vuelva, tal vez la señora condesa permita que yo regrese y sea su doncella.

—Oh, Nanny, ¿crees que lo hará? —preguntó Odela.

Más al decirlo comprendió que era muy improbable.

La nueva condesa de Shalford tenía a su servicio una elegante doncella francesa que la tenía al tanto de todo cuanto sucedía entre la servidumbre.

Odela estaba segura de que su madrastra se daba cuenta de que no le agradaba a Nanny.

Una vez que saliera de la casa, nunca más podría volver.

Lloró con amargura cuando se despidió de ella.

Le escribió cada semana durante el tiempo que duró su ausencia.

No podía contar a su padre los problemas y dificultades que era inevitable que enfrentara en una escuela desconocida en un país extranjero.

Pero sabía que Nanny podía comprenderla.

La hacía sentirse mejor volcar sus problemas en el papel y pensar que Nanny los leería con amor.

Ahora, pensó que todo sería muy diferente si Nanny estuviera esperándola en la casa de la Plaza Grosvenor.

Cuando el carruaje se detuvo frente a la casa Shalford, observó que dos sirvientes desconocidos extendían la alfombra roja.

En el umbral de la puerta se encontraba un mayordomo que le era desconocido.

—Bienvenida a casa, milady —le dijo él respetuosamente cuando Odela entró—. La señora condesa se encuentra en su saloncito particular.

—¿Saloncito particular? —preguntó Odela.

—En el primer piso, milady, junto al dormitorio.

Odela recordó que a esa habitación siempre se le había llamado boudoir.

Inmediatamente después de casarse, Lady Shalford había dicho:

—Como deseo recibir a mis amistades en mi propia habitación, creo que boudoir suena demasiado íntimo. En el futuro lo llamaré mi «saloncito particular».

—Llámalo como quieras, mi amor —había respondido el conde—, siempre y cuando estés a gusto en él.

Los ojos de su esposa lo miraron con adoración.

—¡Oh, Arthur, así es como deseo que pienses! Y sabes que cuando esté trabajando en él, será para que todo en la casa marche a la perfección y tú estés complacido.

Odela subió por la escalera, consciente de que el nerviosismo que sintiera en el carruaje se había intensificado.

Se dijo que era ridículo y que no tenía nada que temer o por qué estar perturbada.

No obstante, mientras su cerebro le decía una cosa, su instinto le indicaba una muy diferente.

El mayordomo abrió la puerta.

Notó que la habitación estaba por completo cambiada.

Cortinas, alfombra y tapicería, todo era nuevo.

Los muebles antiguos, que eran muy atractivos, fueron reemplazados por otros más elaborados y vistosos.

Había mesitas de madera tallada y dorada con bases de mármol.

El candelabro era más grande que el usado en tiempos de su madre.

Casi todos los cuadros habían sido sustituidos por espejos con marcos dorados que reflejaban la belleza de su nueva ocupante.

Lady Esme se puso de pie y extendió las manos.

—¡Odela! —exclamó—. ¡Qué alegría verte!

La besó en ambas mejillas y después la retiró un poco para observarla.

—¡Qué bonita te has puesto! ¡Sí, demasiado bonita! ¡Serás la más bonita en todos los bailes a los cuales te llevaré!

Todo sonaba, al parecer, muy convincente.

Pese a ello, Odela tenía la sensación, aun cuando se dijo que era irrazonable, de que había algo detrás de sus palabras. Un algo que no podía precisar, pero que estaba latente en ellas.

—Ahora, siéntate —le sugirió la condesa—, y te diré cuánto tenemos que hacer.

—Espero, señora —la interrumpió Odela—, poder ir a la casa en el campo. Estoy ansiosa por montar a *Dragonfly*.

—¿*Dragonfly*? —preguntó intrigada la condesa—, ah, sí, tu caballo.

—Papá me dijo que está muy bien y es tan hermoso el campo en la primavera.

—Sí, lo sé, querida, mas tú bien sabes que ya se inició la temporada social y estamos comprometidas a asistir a varias fiestas por semana durante los próximos tres meses. Odela se contuvo de lanzar una exclamación de horror.

Lady Esme prosiguió:

—Por supuesto, necesitarás comprarte ropa nueva y tu padre, con su habitual generosidad, me dijo que puedo proveerte de todo cuanto considere necesario. ¡Qué hombre más maravilloso es!

—Tengo bastante ropa —contestó Odela—, me la compré en Florencia.

La condesa lanzó una risilla burlona.

—¡Florencia! La mayoría de las cosas que hay en Londres provienen de París y cuando las veas te darás cuenta de que no hay nada como la elegancia francesa, que no puede conseguirse en ningún otro lugar del mundo.

Odela no discutió.

Sentía un peso en el corazón ante la idea de que permanecería confinada en Londres durante todo la temporada social.

Deseaba ir a Shalford Hall, qué estaba situada en la parte más bella de Oxfordshire.

Todo el camino desde Florencia, estuvo pensando en las flores multicolores y en los robles que crecían alrededor del lago.

—Tenemos que movernos con rapidez —estaba diciendo su madrastra—. La próxima semana ofrecen un baile en la casa Devonshire y entonces necesitas lucir algo en verdad espectacular.

Le sonrió a Odela y en seguida continuó:

—Creo que también tu padre se propone hablar con el Príncipe de Gales para que seas incluida en algunas de las fiestas que serán ofrecidas en la Casa Marlborough.

Hizo una pausa antes de añadir:

—¿Te das cuenta de cuán afortunada eres al tener un padre tan importante y distinguido? ¡Jamás invitan debutantes a la Casa Marlborough!

Odela pensaba en *Dragonfly*.

En su mente planeaba cómo, aunque fuera a pasar solo una noche en Shalford Hall, podría verlo.

Deseaba asegurarse de que permanecía tan espléndido como cuando lo viera antes de marcharse.

Dragonfly le pertenecía desde que era un potrillo y ella misma lo había entrenado.

Acudía obediente cuando lo llamaba y se frotaba contra ella para demostrarle su amor.

Podía saltar vallas que los mozos de cuadra consideraban que eran demasiado altas.

La Condesa de Shalford continuaba hablando acerca de los tonos que más la favorecían y qué vestidos serían mejores para los bailes.

—Gracias a Dios —decía—, ahora se usa el polisón y no la crinolina. Estarás absolutamente divina, Odela, con un polisón en tus vestidos.

Sonrió y continuó hablando:

—Es tan emocionante pensar que el dinero no es un problema.

Dijo la última frase tan extasiada, que Odela la miró desconcertada.

—¡Estoy segura de que papá no querrá que yo derroche!

—Ya tu padre te hablará al respecto —dijo la condesa. La forma en que lo dijo indicó a Odela que había algo importante que su padre tenía que comunicarle.

Se preguntó que podría ser.

* * *

☞ Esa tarde, cuando regresó de la Cámara de los Lores, fue evidente la alegría manifestada por el Conde de Shalford al encontrar en casa a su hija.

La apretó fuerte entre sus brazos mientras decía:

—¡Te eché mucho de menos, hija mía!

La miró escrutador y añadió, casi como si hablara para sí:

—¡Te pareces tanto a tu madre! De hecho, eres casi idéntica a ella cuando nos casamos.

Su voz indicó a Odela que no la había olvidado.

—No pudiste haber dicho nada, papá, que me complaciera más. ¡Sería muy feliz si fuera tan sólo la mitad de bonita que mamá!

—Eres muy bella, hijita y, tal vez, la palabra correcta sería «adorable».

Se encontraban en el estudio del conde y a Odela le pareció que éste miraba hacia la puerta antes de añadir:

—¡No habrá jamás nadie como tu madre y nunca debes olvidarla!

—¡Por supuesto que jamás la olvidaré! —respondió Odela—. Pienso en ella todos los días y cuando la invoco, siento que está muy cerca de mí.

Su padre le puso las manos sobre los hombros.

—¡Estoy completamente seguro de que lo está! —aseguró con ternura.

En ese instante la condesa entró en el estudio para preguntar, melosa:

—¿No es maravilloso tener a la querida Odela en casa con nosotros? ¡Pero ambos deben apresurarse a cambiarse para la cena o bajarán retrasados!

—Espero que no tengamos invitados esta noche —señaló el conde.

La forma de decirlo indicó a Odela que con frecuencia había invitados a cenar y que esto le fastidiaba.

Lady Esme deslizó su brazo en el de su esposo.

—¿Cómo supones, Arthur querido, que arruinaría yo nuestra felicidad de tener a Odela cenando con nosotros por primera vez después de su regreso, invitando a otros?

Se detuvo un momento antes de agregar:

—Quiero enterarme de todo lo que aprendió y, cuando termine la cena, tienes algo muy importante que comunicarle.

El conde frunció el ceño, como si la dama hubiera cometido una indiscreción.

Lady Shalford se dirigió hacia la puerta, diciendo:

—Vamos, Odela. Debes ponerte muy linda para tu padre y nadie mejor que él conoce la importancia de los buenos modales que aprendiste en ese costosísimo colegio cosmopolita.

Cenaron en una mesa que era lo bastante grande para albergar cuando menos a treinta comensales.

Estaba decorada con candelabros de oro y los adornos que su madre sólo utilizaba en ocasiones especiales.

También había un arreglo de orquídeas en la mesa.

Las flores que adornaban el salón donde se reunieron antes de la cena, pensó Odela, debían costar una fortuna.

Ella lucía uno de los bonitos vestidos que se había comprado en Florencia.

Le aseguraron en la tienda que era copia de un modelo francés.

Odela se percató de la mirada asombrada de su madrastra y comprendió que, a su pesar, la había impresionado. Sin embargo, dijo con su habitual tono dulzón:

—¿No es encantador, Arthur, tener con nosotros a Odela? Estoy ansiosa por presentarla a nuestras amistades y, por supuesto, en la primera oportunidad, ante Su Majestad.

—Ya arreglé eso, como me lo pediste —dijo el conde, con cierto dejo de molestia en la voz.

—¡Sabía que lo harías! —respondió la condesa—. Debes agradecersele a tu inteligente padre, Odela, ya que, como de costumbre, pudo lograr las cosas como solo él es capaz de hacerlo.

—Por supuesto, estoy agradecida, papá —repuso con rapidez Odela—; sin embargo, me gustaría tener tiempo de ir a casa antes de estar totalmente abrumada de compromisos.

Su padre la miró. Comprendía que, al decir «casa», ella se refería a la casa que poseían en el campo.

No la de Londres, donde su madre pasara tan poco tiempo como le era posible.

Antes que él pudiera contestar, la madrastra intervino:

—Ya le comenté a Odela, mi amor, que tendremos que esperar hasta el fin de la temporada social antes de poder regresar al Hall.

El conde no habló y Odela terció:

—Comprenderás, papá, que anhelo ver a *Dragonfly*. Me encantaba leer lo que me comentabas de él en tus cartas, debo verlo ahora que he regresado.

—Sí por supuesto —asintió el conde—, y si no disponemos de más tiempo, al menos nos escaparemos un sábado y nos quedaremos hasta el lunes siguiente.

Mientras los ojos de Odela se iluminaban, la condesa dijo:

—Por supuesto, Arthur querido, iremos al campo si tú lo deseas, pero varios de los mejores bailes que ya acepté en nombre de Odela tendrán lugar en sábado.

Hizo una pausa, entonces colocó una mano sobre la de él y añadió:

—Sin embargo, cariño, será tal como lo deseas y lo arreglaremos de alguna manera, aun cuando será difícil.

Odela comprendió que su madrastra pondría cuanto obstáculo le fuera posible para impedir que fueran al campo.

Mas era demasiado inteligente para decirlo.

Por la forma en que su padre cambió de tema, Odela comprendió que él era tan consciente de eso como ella. Charlaron de otros tópicos hasta que terminó la cena. Mientras salían del comedor, Lord Shalford ordenó al mayordomo que le enviara una copa de brandy a su estudio.

—Sé, queridito —dijo la condesa—, que deseas hablar a solas con Odela. Así que invité a unas amistades a acompañarme después de la cena.

El conde pareció sorprendido, pero sólo expresó:

—Agradezco tu tacto, querida, tengo mucho que hablar con Odela.

—Siempre trato de complacerte —aseguró la dama y lo besó en la mejilla.

Odela caminó junto a su padre hacia el estudio, pero se dio cuenta de que su madrastra corría presurosa hacia la escalera, como si se alegrara de librarse de ambos.

Al entrar en el estudio de su padre, Odela sintió un alivio al ver que, al menos, esa habitación continuaba igual que siempre.

Con los mismos viejos y gastados sillones de cuero y el escritorio de su padre invadido de papeles.

Continuaban ahí las mismas pinturas de caballos y perros que le encantaran de niña.

Tenían todavía más que en el estudio de su padre en la casa de campo.

—Es maravilloso estar de nuevo contigo, papá —dijo—. Te añoré

intensamente durante mi larga ausencia.

Impulsiva, rodeó el cuello de él con los brazos y lo besó.

—Me habría gustado que vinieras durante tus vacaciones —aseguró su padre—, pero tu madrastra pensó que eso impediría que te concentraras en tus estudios.

Odela sabía que esa mujer no la deseaba en la casa, mas sólo respondió:

—Bueno, ya terminé con eso y espero que estés complacido, papá, con lo mucho que aprendí.

—Has regresado y es lo único que importa —dijo él. Tomó asiento en el sofá de cuero rojo y cuando Odela se sentó junto a él lo rodeó con un brazo.

—Tengo mucho que contarte.

—¿Acerca de qué? —preguntó la muchacha. Sorprendida, se dio cuenta de que él buscaba las palabras, entonces preguntó:

—¿Recuerdas a tu abuela?

—¿Te refieres a la madre de mamá?

—Sí.

—Por supuesto que la recuerdo —respondió Odela—. Murió cuando yo tenía diez años.

—Sí, lo sé y te quería mucho por tu gran parecido a tu madre.

—Recuerdo cuando solía decirlo —respondió Odela—, y mandó pintar esa miniatura mía que permanecía colgada en el boudoir de mamá.

Mientras hablaba se preguntó qué habría sido de ella ahora. Entonces su padre, como si Odela se lo hubiera preguntado, explicó:

—La tengo en el cajón de mi escritorio y cuando la comparo con la de tu madre a la misma edad, es difícil diferenciarlas.

—Es maravilloso pensar que me parezco a ella —expresó Odela con un suspiro.

Deseó añadir que agradecía no parecerse a su madrastra. Su madre había sido rubia y bellísima.

La nueva condesa tenía reflejos rojizos en su cabello castaño, que Odela sospechaba no eran sus tonos naturales. A la vez, era muy bella.

Sin embargo, había algo de superficial en su belleza que no tenía la belleza de su madre.

—Siempre pensé —dijo su padre—, que tu madre era la mujer más

hermosa que había visto en mi vida. Pero no fue sólo su belleza exterior lo que me hizo amarla.

Odela lo escuchaba atenta mientras él proseguía:

—Poseía una cualidad espiritual que tú, cariño, también tienes. Es algo que no puede aprenderse en los libros o que alguien pueda enseñarte, por sabio que sea.

Le sonrió al añadir:

—Es algo que emana de tu interior.

Odela reclinó la cabeza en el hombro de su padre.

—Oh, papá, ¡prefiero escucharte decir eso a que me obsequiaras con el más extraordinario regalo del mundo!

—Estoy diciendo la verdad —aseguró el conde—, y es algo que necesitarás en el futuro. Debes prometerme, hijita, que hagas lo que hagas, vayas a donde vayas, siempre respetarás tus principios y seguirás tu instinto.

Habló con tal seriedad, que Odela prometió:

—Es algo que intento hacer siempre, porque mamá me recomendaba que usara mi instinto respecto a la gente, como ella usaba el suyo.

—Tu madre tenía razón y es un consejo que nunca debes olvidar.

—Nunca olvidaré los consejos de mamá —prometió Odela. Entonces, como se hiciera el silencio, preguntó—: ¿Hay alguna razón para que me recomiendes esto, papá?

Su padre sonrió.

—Ahora estás usando tu instinto y la respuesta es «sí».

—¿De qué se trata? —preguntó Odela.

De pronto, se sintió temerosa.

Sabía que ésa debía ser la razón por la cual se sintiera inquieta, desde que llegara.

—Como tu abuela adoraba a tu madre, cuando murió le heredó todo cuanto ella poseía.

El conde observó que Odela lo escuchaba atenta y prosiguió:

—No era mucho entonces, unos cuantos cientos de libras al año. Tu madre, al morir, te lo legó todo a ti. Y ahora, inesperadamente, ¡eres una joven muy adinerada!

—No... no comprendo —exclamó Odela—. Siempre creí que la familia

de mamá no era muy rica.

—En efecto —asintió el conde—; sin embargo, antes de su muerte, a tu abuela le obsequió unas acciones su padrino, que era americano.

—¡Americano! —Se sorprendió Odela.

—No recuerdo que tu madre o su hermano lo mencionaran —continuó su padre—. Era de Texas. Como somos netamente insulares, nunca nos interesamos en especial por nadie que esté al otro lado del Atlántico.

—¿Pero él le heredó el dinero a la abuela? —preguntó Odela, como si intentara comprender—. ¿Por qué, entonces, no lo disfrutó mamá?

—Es lo que voy a explicarte —dijo el conde.

De nuevo pareció buscar las palabras antes de continuar:

—Las acciones que mi esposa recibió de su madre han aumentado de valor durante el último año de forma considerable. Son de una compañía petrolera y todos los que las poseen se están convirtiendo en millonarios de la noche a la mañana.

Odela lo miró con fijeza.

—¿Quieres decir, papá, que ese dinero ahora me pertenece a mi?

—Así es, queridita y, como debes comprender, ello significa una gran responsabilidad.

—¡Cómo desearía que mamá lo hubiera disfrutado! —exclamó Odela—. Sabes lo mucho que anhelaba construir escuelas en las aldeas de nuestra propiedad y también un hospital.

—Es verdad —dijo el conde—, mas yo nunca conseguí fondos suficientes para hacerlo.

—¿Yo podré hacerlo ahora? —preguntó Odela.

—Si lo deseas —sonrió el conde—, a la vez, hijita, debes recordar que no vivirás el resto de tu vida en el Hall. Odela lo miró curiosa y él añadió:

—Por supuesto, te casarás y aunque eso me rompa el corazón al perderte de nuevo, deseo que seas tan feliz como lo fui yo con tu madre.

Odela se dio cuenta de que no dijo: «como soy con Esme».

—Ruego a Dios, papá —respondió—, que encuentre un hombre a quien amaré y que me amará como tú a mamá, pero será difícil encontrar a alguien tan maravilloso como tú.

—Me halagas —se rió su padre—. Por supuesto, encontrarás a alguien;

sin embargo, te será difícil eludir a los caza fortunas.

—He leído respecto a los caza fortunas en los libros y las chicas en la escuela solían reírse de los aristócratas italianos, quienes siempre andaban en pos de una esposa rica.

—Me temo que en este país hay muchos que hacen lo mismo —observó el conde—. Por lo tanto, mi preciosa hijita, debo hacer cuanto esté de mi parte para protegerte de aquellos que consideren una tentación tu dinero.

Odela suspiró.

—Entiendo, papá, lo que me quieres decir y, por supuesto, seré cautelosa. Mas si hago caso de mi instinto como lo hacía mamá, encontraré un hombre como tú y sabré que me ama por mí misma.

—No es fácil —opinó el conde—. Con frecuencia he visto cómo se persigue a las debutantes en cuanto se presentan en sociedad sólo porque se sabe que poseen una fortuna.

—Entonces, en cuanto reciba una proposición de matrimonio, si es que la recibo —dijo Odela—, tú tendrás que usar tu instinto, papá, para decirme si es una elección correcta o no. El conde se rió.

—No es tan sencillo. Algunos hombres tienen lo que tu madre llamaba «lengua de miel». Y las chicas, por inteligentes que sean, pueden dejarse envolver por ellos. Con franqueza, mi bella niña, ¡estoy muy preocupado!

—Oh, papá, no quiero que te inquietes por mí —contestó Odela—. Vámonos al campo y nos dedicaremos a montar. Olvidemos a los jóvenes que prefieren el reluciente oro a un buen galope.

El conde se rió.

—Me encantaría hacerlo —contestó—, pero sabes, tanto como yo, que debo cumplir mi deber en la Cámara de los Lores y, por supuesto, tu madrastra está muy ilusionada con presentarte al mundo social.

Odela apretó los labios.

Ahora comprendía por qué su madrastra se había mostrado tan solícita con ella.

No había nada que disfrutara más que el gran baile que ahora podrían ofrecer.

Y los costosos vestidos y las fiestas interminables.

A ella la invitarían no porque fuera debutante, sino por ser una joven con

halo dorado.

Impulsiva, propuso:

—Supongo, papá, que no podría yo rechazar ese dinero.

—¿Rechazarlo?

—No lo quiero. Tú amaste a mamá no por lo que tenía o dejara de tener, sino por ella misma. Debe haber algún joven, donde menos lo espere, que me ame de la misma forma.

—Hay muchos que te amarían sólo por ti misma —respondió su padre—. A la vez, muchos otros se sentirán atraídos por ti debido a que, como bien sabes, en el momento en que te conviertas en su esposa tendrán en sus manos el manejo de tu fortuna, que para el caso, será como si fuera de ellos.

—¡Eso me parece injusto! —protestó Odela. Su padre la miró, sobresaltado.

—No me digas que te estás convirtiendo en una de esas mujeres modernas que desean manejar todo por sí mismas y ya no quieren depender de sus maridos.

—Pues... ¡depende del marido! —respondió Odela.

Su padre levantó las manos en un gesto de horror.

—¡Ahora sí que me estás asustando en verdad! Y me han dicho que Su Majestad la Reina se muestra escandalizada por los sentimientos expresados por un gran número de mujeres que resienten el obedecer a sus maridos o depender de ellos.

—Incluso en Florencia oí hablar de ellas —comentó Odela—, y te prometo, papá, que no me uniré a su criterio ni expresaré ningún deseo de ser independiente, si eso te molesta.

—¡Gracias a Dios! —exclamó con fervor el conde—. A la vez, tienes que ser muy cauta.

—Por supuesto que lo seré —respondió Odela—, pero prométeme, papá, que no intentarás casarme demasiado rápido. ¡Quiero estar contigo!

Sonriendo, agregó:

—¡Deseo cabalgar contigo! Y si es cuestión de protegerme, ¿para qué necesito a alguien más que a ti?

El conde la miró complacido.

—Si hablaras así en la Cámara de los Lores, estoy seguro de que te

admirarían.

—¡Tonterías! —exclamó Odela—. ¡Se horrorizarían, a menos que estuviera disfrazada de varón!

Lord Shalford volvió a reírse. Y en seguida dijo:

—Lo que he planeado, hijita, es que mañana, antes que estés demasiado embromada con fiestas y reuniones, tú y yo iremos a ver a los abogados que administran la fortuna que heredaste.

Se detuvo un momento y luego continuó:

—Supongo que desearán que firmes una serie de documentos y también considero correcto que sepas exactamente cuánto posees, por el momento.

Hizo una pausa antes de pronunciar las últimas tres palabras, lo que hizo que Odela preguntara:

—¿Quieres decir, papá, que está incrementándose?

—¡Casi día a día! —respondió su padre—. De hecho, ¡para mí todo ese asunto es increíble!

—Será interesante saber acerca de él y entonces, tal vez, papá, podríamos hacer construir las escuelas en la propiedad que tanto deseaba mamá y también un hospital.

—Te prometo que pensaremos en eso. Pero no me gustaría que tu futuro esposo, cuando lo tengas, pensara que he quitado a mi hija dinero que debería pertenecer a él.

—Si piensas así —señaló Odela—, entonces no será nunca mi futuro esposo. Te lo prometo, papá, voy a ser demasiado selectiva y mantendré en mente lo que me has sugerido.

Pensó al decirlo que sería terrible si la fortuna de su abuela, legada a ella a través de su madre, fuera dilapidada en el juego o en las carreras de caballos.

O en cualquiera de las francachelas en que muchos hombres habían derrochado sus fortunas.

Su padre se había dirigido a su escritorio.

De un cajón sacó las dos miniaturas de las cuales hablara momentos antes.

Las colocó sobre la carpeta de cuero que tenía su emblema. Odela pensó que ambas estaban bellamente pintadas.

La de su madre estaba un poco decolorada, por el paso de los años, pero aún la mostraba como una hermosa niña. Sin ser presuntuosa, Odela podía decir lo mismo de la de ella.

Entonces su padre sacó otra miniatura de su esposa, pintada poco después que se casaran.

Era fácil notar el parecido entre madre e hija y Odela exclamó:

—Adoro esa miniatura y me gustaría poder admirarla todos los días.

—Eso debes hacer —sugirió su padre—, así que tómala, cariño, y llévala contigo siempre.

Odela lanzó un pequeño grito de alegría. —Gracias, papá.

—Deseo que sientas que tu madre está siempre contigo, guiándote y ayudándote a seguir tu instinto.

—La contemplaré una docena de veces al día y la invocaré todas las noches para que me ayude —prometió Odela. Su padre la besó.

—Cuando hablas así, me siento del todo seguro de que tu madre está cerca de nosotros dos —dijo con sencillez.

Sus palabras hicieron que las lágrimas asomaran a los ojos de Odela.

Tomó la miniatura de su madre y la apretó contra su pecho.

—¡Gracias, papá, gracias! —repitió—. No podrías haberme dado nada que me emocionara más ni que significará más para mí.

Lo besó de nuevo y su padre dijo:

—Supongo que ahora debemos ir a unirnos con tu madrastra y sus amistades.

Odela negó con la cabeza.

—Estoy muy cansada, papá, después de mi largo viaje. Estoy segura de que ella me disculpará si me retiro a dormir.

—Por supuesto que sí, yo presentaré tus disculpas —indicó el conde, mientras guardaba de nuevo las miniaturas restantes en el cajón.

Con la otra miniatura en la mano, Odela caminó a su lado a través del pasillo y las escaleras que conducían al primer piso.

Dondequiera que mirara había cambios.

Se sintió como una extraña en su propia casa.

Sin embargo, comprendió que el comentarlo perturbaría a su padre.

Deslizó su mano en la de él.

—¡Te amo, papá! Y, por favor, permite que pase el mayor tiempo posible contigo. ¡Me siento asustada al pensar que voy a conocer a tanta gente que no he visto nunca!

Los dedos de su padre apretaron los suyos.

—Te comprendo y te prometo que incluso descuidaré mis deberes en el Parlamento.

—¿Podríamos... salir a cabalgar... por las mañanas? —preguntó Odela en voz baja.

Su padre se rió.

—¡Me encantaría hacerlo! Pero tú te desvelarás todas las noches, bailando hasta el amanecer, así que será mejor que me repitas esa pregunta dentro de dos o tres semanas.

—La repetiré —aseguró ella.

—Si lo haces, debo complacerte —prometió su padre. Para entonces ya habían llegado a la puerta del saloncito particular y Odela pudo escuchar la voz de su madrastra. Besó a su padre.

—Buenas noches, mi amada hija —se despidió—. Duerme bien, mañana después del almuerzo saldremos juntos.

—Esperaré con ansia ese momento —contestó Odela— y, por favor, discúlpame con mi madrastra.

Su padre abrió la puerta y Odela percibió en una rápida mirada, antes de alejarse, a su madrastra sentada en un sofá. Resplandecía de diamantes y aparecía muy hermosa. Charlaba con un hombre sentado a su lado.

Odela se preguntó, vagamente, qué habría sido del tercer miembro de su reunión.

Más, como deseaba escapar para estar a solas, corrió a su dormitorio.

Se localizaba al fondo del primer piso y no era el mismo que ocupara en el pasado.

Le habría gustado volver a él, pero pensó que sería un error pedirlo cuando era apenas su primera noche.

Al entrar en su habitación se dio cuenta de que era un dormitorio para huéspedes que había sido remodelado por indicaciones de su madrastra.

Se preguntó si habría algún significado especial en que le hubieran destinado esa habitación.

Tal vez su madrastra ya estaba planeando deshacerse de ella, antes que regresara.

Entonces se dijo que exageraba sus sospechas.

La condesa la recibió con amabilidad y era indiscutible que sabía que se había convertido en la heredera de esa gran fortuna.

«Si disfruta ayudándome a gastarla, no deseará que me case demasiado pronto», razonó Odela, Y, de pronto, le pareció una idea lógica.

No obstante, algo en su interior le decía que, estaba equivocada en su lógica.

«¿Cómo es posible que lo esté?», se preguntó.

No había respuesta.

Capítulo 2

Lamento que te retiraras anoche tan temprano —comentó *Lady Shalford*. Almorzaban los tres solos, ya que el conde y Odela partirían en cuanto terminaran.

—No fue mi deseo parecer descortés —respondió Odela—, pero me sentía muy cansada después del largo viaje en tren.

—Por supuesto, lo entiendo —dijo la condesa con voz melosa—. A la vez, me habría gustado que conocieras al Vizconde More, quien estaba anoche conmigo.

Se volvió para mirar a su esposo cuando agregaba:

—Ya sabes que es hijo de tu amigo, el Conde de Morland, Arthur, y, en mi opinión, casi tan inteligente como su padre.

—¡Yo jamás he pensado que Morland sea inteligente! —objetó el conde—. Sus discursos en la Cámara son un desastre. La condesa sonrió.

—Creo, queridito, que lo estás comparando contigo, y nadie podría lograr discursos más brillantes e ingeniosos que los tuyos, incluso sobre los temas más aburridos.

—¡Vamos, me halagas! —exclamó el conde—. Sin embargo, admito que tenemos que hablar bastantes temas tan prosaicos que es difícil que no resulten unos verdaderos soporíferos.

Odela se rió.

—Estoy segura de que estás siendo modesto, papá, y de todos modos los miembros de la Cámara de los Lores desearían hablar con la facilidad de

palabra que tú posees.

—Bueno, John More es un joven muy inteligente —insistió la condesa—, y estoy segura de que baila bien, así que debo invitarlo a algunas de las reuniones que haremos antes del baile.

—Oh, por favor —pidió Odela—, no planee muchos ni demasiado pronto. Creo que se requerirá un poco de tiempo para que mis nuevos vestidos estén listos.

Tenía la sensación de que la impulsaban a hacer algo que le resultaría abrumador.

Era casi como hallarse en un mar embravecido y sin poder respirar.

—No te pongas tan nerviosa, queridita —aconsejó su madrastra—, ya sabes que te cuidaré, serás un éxito completo y tu padre se sentirá muy orgulloso de ti.

Una vez más, Odela tuvo la sensación de que todo cuanto su madrastra decía tenía un significado oculto.

«Debo estar imaginando cosas», se dijo mientras subía a ponerse su sombrero y su abrigo.

A la vez, estaba segura de que reinaba algo en el ambiente definitivamente amenazador.

Cuando bajó, sentía como si ella y su padre estuvieran escapando.

Casi podía percibir una nube oscura cernirse sobre ellos. «Me comporto como una tonta», se riñó a sí misma. Mas en cuanto su padre se sentó a su lado en el carruaje, deslizó su mano en la de él.

—Esto es como en los viejos tiempos, papá, aunque me hubiera gustado que nuestro paseo fuera en el bosque y en un carruaje abierto.

—Eso haremos —le prometió el conde—. Pero esta época del año es muy complicada para mí, ya que Su Majestad está más exigente de lo habitual y hay un gran número de importantes reformas que la Cámara de los Comunes está presentando a la de los Lores.

—Comprendo —dijo Odela—, y también que esta tarde te has escapado de eso, así que, ¡vamos a disfrutarlo! Apretó sus dedos en los de él al añadir:

—Háblame de *Dragonfly*. ¿Lo has montado durante mi ausencia? ¿Salta tan bien como lo hacía?

Su padre respondió a todas sus preguntas.

Era un jinete excepcional y todos los caballos de su cuadra eran de raza pura.

Cuando llegaron con los abogados, Odela estaba más decidida que nunca a que cabalgaría con su padre antes del desayuno.

Después de eso, él empezaba a trabajar.

Los abogados los recibieron con muchas reverencias y zalamerías.

Los condujeron a la oficina del socio principal.

Odela no pudo evitar pensar que éste se mostraba más obsequioso con ella que con su padre.

Se preguntó si sería porque ahora era tan rica.

«Éste es el tipo de pensamientos que debo rechazar», se dijo con severidad.

Una hora y media después comprendió que no se había equivocado.

De regreso a casa, a Odela le resultaba difícil saber qué decir.

Nunca imaginó, ni en sus más descabellados sueños, poseer tanto dinero.

Y, con la opción latente de que aumentara mucho más.

El señor Hallett, socio principal de la firma de abogados, le había explicado con sencillez el asunto de las acciones.

Cuando su padrino norteamericano las obsequiara a su abuela casi carecían de valor.

La firma en la cual estaba invertido el dinero buscaba petróleo y el proceso era muy costoso.

Durante más de un año no habían encontrado nada. —Por lo tanto, existió —dijo el señor Hallett—, la posibilidad de que cerraran la empresa y por ello los documentos que su abuela recibió de América se guardaron en el banco y quedaron, por un tiempo, olvidados.

Como todo sonaba como una emocionante aventura, Odela preguntó interesada:

—¿Qué sucedió entonces?

—Nada, hasta que su abuela murió —continuó el señor Hallett—, las acciones se agregaron al inventario de lo que se entregó a la madre de usted.

—¡Mamá nunca me las mencionó! —comentó Odela. Su padre sonrió y respondió:

—Con franqueza, yo pensé que no valían nada porque sospechaba que la

empresa ya habría quebrado.

—Y, después de la muerte de *Lady Shalford* —continuó el señor Hallett—, al hacer el inventario de sus posesiones recordamos las acciones e hicimos las averiguaciones necesarias.

Miró al conde al añadir:

—De hecho, milord, fue por instrucciones tuyas que escribimos a América para conocer cuál era la situación real.

—Admito —dijo el conde—, que lo consideré como una inversión inútil de tiempo y de dinero.

El señor Hallett sonrió.

—Mas, cuando después de cierta demora, recibimos respuesta, ¡fue una tremenda sorpresa para todos nosotros, incluyendo a su señoría!

—¡Me quedé estupefacto! —reconoció el conde. Miró a Odela y añadió.

—Como tú ya habías partido para Florencia, querida, no tenía objeto informarte acerca de todo esto, ya que estabas muy lejos.

—¡No creo que habría podido creerte! —respondió Odela—. ¡Todo suena demasiado fantástico para ser verdad!

—Es lo que mis socios y yo pensamos —comentó el señor Hallett—, y como se han dado cuenta, durante el último año las acciones duplicaron su valor y hay todas las posibilidades de que continúen aumentando cada día más.

Miró unos papeles que tenía frente a sí y agregó:

—Ahora, señorita, debe usted enterarse de a cuánto asciende su participación actual en esa compañía.

Pasó los papeles a Odela que sólo miró las cifras pensando que no tenían sentido.

Ya a bordo del carruaje, preguntó a su padre con voz bastante asustada:

—¿Qué podemos hacer con tanto dinero, papá?

—Ante todo —dijo el conde—, mantener discreción. Mientras menos gente se entere de lo rica que eres, ¡mejor!

—Es lo que me gustaría, pero la gente murmurará. Odela estaba pensando en su madrastra.

La condesa querría comentarlo con sus amistades más cercanas y éstas, a la vez, lo contarían a otros más.

No había posibilidad entonces de que alguien ignorara que ella era una rica heredera.

Impulsiva, se volvió hacia su padre.

—Por favor, papá, haz que mi madrastra prometa que no comentará a nadie acerca del dinero que tengo.

—Ya le he dicho a Esme que esto debe mantenerse en secreto —respondió el conde.

Pero su voz no reflejaba mucha seguridad.

Odela tuvo la sensación de que él comprendía que su esposa iba a comentarlo.

También sentiría deseos de gozar del placer de presentar a una joven a quien sus amistades prestarían especial atención. Después de un largo silencio, Odela expresó:

—Es una gran responsabilidad, papá, y tendrás que ayudarme.

—Sabes que lo haré y no te preocupes, hijita. Apenas acabas de regresar a casa.

Hizo una pausa antes de decir:

—Cuando pasen unos días hablaremos de invertirlo en algunas obras que habrían complacido a tu madre.

—Si puedo hacerlo, entonces no me sentiré tan atemorizada —comentó Odela.

—Eres una criatura muy sensible, cariño —dijo el conde con tono aprobatorio.

Se acercaban a la Plaza Grosvenor y él miró su reloj.

—Ya estoy retrasado para llegar a la Cámara de los Lores —exclamó—. Lo que me gustaría que hicieras, cariño, es guardar estos papeles en mi dormitorio, dentro del cajón superior de mi tocador.

Odela sabía que era donde guardaba sus cepillos de marfil para el cabello.

Encima del mueble colgaba un magnífico espejo estilo Jorge III.

—Quiero que lo hagas —confirmó el conde—, porque no deseo que nadie más en la casa, ni siquiera mi secretario, los vea. Cuando yo regrese los depositaré en mi caja fuerte.

Tenía una caja fuerte privada en su dormitorio, donde guardaba dinero y las joyas de la familia.

—Así lo haré, papá —accedió Odela—, pero, por favor, no permitas que nadie los vea.

Pensaba en su madrastra al decirlo.

Como si la comprendiera, el conde aseguró:

—Te prometo que quedarán a salvo de miradas indiscretas. Los caballos se detuvieron frente a la Casa Shalford. Odela lo besó.

—Gracias, papá; por favor, regresa temprano si te es posible.

—Haré lo que pueda —prometió el conde—, pero desafortunadamente, algunos de mis colegas son muy lentos. Odela se rió y en cuanto le abrieron la puerta, descendió del carruaje.

Permaneció en la calle para agitar la mano despidiendo a su padre hasta que éste se había alejado.

Con los papeles en las manos, entró en la casa.

Temía encontrarse con su madrastra, que podría insistir en ver lo que llevaba.

Así que con paso acelerado subió hacia el dormitorio de su padre.

Éste era enorme y muy elegante.

Como la mayoría de los mejores dormitorios, daba hacia los jardines de la Plaza.

El valet no se encontraba a esa hora del día.

Odela, con todo cuidado, cerró la puerta tras de sí y se dirigió hacia el tocador de su padre para abrir el cajón.

Contenía muchos otros papeles y algo de dinero suelto, así como un joyero, que ella sabía contenía sus gemelos para los puños, los botones de su chaqueta de etiqueta y las perlas que usaba en sus corbatas.

Colocó sus papeles en el fondo del cajón, para que ni siquiera el ayuda de cámara pudiera encontrarlos.

En seguida cerró el cajón y se dirigió hacia la chimenea para mirar al retrato que colgaba encima de ella.

Era un bello retrato de su madre que había sido ejecutado el año en que se casara.

Odela pensó que se parecía mucho a como era ella actualmente.

La condesa contaba con dieciocho años cuando se casó y diecinueve cuando nació Odela.

Tenía el cabello rubio y cutis blanco y sonrosado. Sus enormes y bellos ojos eran color gris.

Su apariencia era etérea.

Como su padre dijera, Odela podía sentir su espiritualidad.

«Si sólo estuvieras aquí, mamá», dijo, mirando el retrato, «sería tan divertido hacer cosas contigo. Ahora podrías construir tu hospital, abrir tus escuelas y ayudar a la gente, como siempre deseaste hacerlo».

Cuando Odela terminó de hablar consigo misma, sintió como si su madre le estuviera sugiriendo lo que debía hacer.

«Lo... intentaré, mamá... realmente... lo intentaré», prometió Odela «pero... tendrás que... ayudarme».

Sintió que las lágrimas asomaban a sus ojos.

Casi con impaciencia se volvió y se alejó de la pintura. Había llorado durante mucho tiempo y con infinita amargura cuando su madre murió.

Fue Nanny quien le dijo, con firmeza:

—Ya deje de perturbar a su madre, si llora no la deja descansar.

Odela la miró sorprendida y Nanny insistió:

—¡Por supuesto que la perturba! ¿Y qué espera, cuando no deja de llorar así y no come? ¡Además, hace desdichados a todos los demás!

—¿Realmente... crees... que mamá... puede... verme? —pregunto Odela.

—¡Naturalmente que puede verla! —respondió Nanny—. Y, en mi opinión, ¡debe estar avergonzada de usted, cuando lo que debería estar haciendo es ayudar a su padre!

Nanny se lo había espetado en tono de reproche, pero Odela sintió que llevaba la luz a la oscuridad que la rodeaba. Cesó de llorar.

Cuando su padre volvió a casa, se le veía muy avejentado y ella hizo cuanto pudo para interesarlo y distraerlo. En ciertos aspectos, lo logró.

Eso le brindó una cálida sensación en su pecho al pensar que su madre se sentiría complacida con ella.

Estaba segura de que Nanny tenía razón al asegurar que su madre podía ver y oír a aquéllos a quienes amaba: su hija y su marido.

«No... lloraré», juró Odela, «pero echo de menos a mamá como nunca antes».

Estaba a punto de salir de la habitación cuando, sorprendida, escuchó voces.

Por un momento, no pudo imaginar de dónde provenían. Entonces se dio cuenta de que el sonido procedía de la puerta de comunicación que conducía a lo que había sido el boudoir de su madre.

Todos los dormitorios principales de la casa tenían esa comunicación. Así, si la esposa dormía, el marido podría usar esa habitación.

La habitación de su padre estaba al fondo del corredor y junto a ella, el boudoir, que también se comunicaba con el dormitorio adyacente.

Odela recordó que su madrastra convirtió el boudoir en su saloncito privado.

La puerta de comunicación debió quedar entornada y Odela pensó que debía cerrarla.

Sería un error que el ayuda de cámara de su padre se enterara de lo que ahí se decía.

Se dirigió hacia la puerta y estaba a punto de empujarla, cuando escuchó a *Lady Shalford* decir:

—¡Ya es millonaria y su dinero aumenta día con día, si no es que hora con hora!

Odela contuvo el aliento.

Como sospechara, su madrastra ya estaba hablando de su fortuna.

En ese momento, una voz masculina contestó:

—No me interesa tu hijastra, Esmé, como bien lo sabes; me interesas tú.

—Eres una dulzura —respondió la condesa—, y, por supuesto, es lo que deseo escuchar de ti. A la vez, Johnny, mi amor, debes darte cuenta de que es una oportunidad que no debes perder.

Odela quedó inmóvil, como hechizada. Comprendió con quién hablaba su madrastra.

Era el Vizconde More, de quien hablara durante el almuerzo.

—¿Por qué, oh, por qué no te conocí antes que te casaras con Shalford? —exclamó el vizconde.

—Estabas en la India comportándote como un valiente soldado —respondió la condesa—, y, antes de eso, estaba yo casada con Herbert.

—¡Duraste un año de viuda —gimió el vizconde—, antes que el destino

nos reuniera!

—¡El destino es, a veces, muy cruel! —exclamó la condesa con voz que parecía cortada por un sollozo contenido—. A la vez, sabes bien, que no podías entonces, ni ahora, sostener una esposa.

—Las cosas serán diferentes cuando mi padre muera —comentó el vizconde.

—Variarán muy poco —observó la condesa—. Si eres sincero, mi amor, admitirás que tu padre no es un hombre acaudalado y tu casa requiere de miles de libras para repararla.

—Es verdad —admitió el joven—, pero ¡te deseo, Esme, te deseo intensamente!

—Como yo a ti —declaró la condesa con voz suave—. Es por eso que debes escuchar lo que tengo que decirte.

—Sólo deseo estar cerca de ti, hablar contigo y amarte.

—Y todo eso será posible —susurró suavemente la condesa—, si te casas con Odela.

—¿Qué voy a hacer yo con una tonta chiquilla de dieciocho años? —preguntó con voz despectiva el vizconde—. ¡Te deseo a ti como nunca había deseado antes a otra mujer!

Se hizo un silencio durante el cual comprendió Odela que el vizconde estaría besando a su madrastra.

Se dio cuenta de que no era correcto escuchar. No obstante, debía saber lo que su madrastra planeaba.

Pareció transcurrir largo rato hasta que *Lady Esme* habló con voz un tanto agitada:

—¡Oh, mi amor, sabes que te adoro; sin embargo, tenemos que ser prácticos y, también, muy cuidadosos!

—Lo sé —contestó el vizconde—, pero lo único que deseo es escapar contigo a alguna isla desierta donde podamos estar a solas y no tener ni miradas ni oídos indiscretos que nos descubran.

—Sería maravilloso, absolutamente maravilloso estar en cualquier parte contigo —aseguró la condesa casi en un susurro.

En seguida, con diferente tono de voz, agregó:

—Y podremos estar juntos si haces lo que yo te digo.

—¿Te refieres a que me case con tu hijastra?

—Por supuesto, porque eso nos abrirá el camino para estar juntos sin que nadie pueda sospechar nada.

El vizconde no habló y la dama prosiguió diciendo:

—Johnny, amor mío, tendrás dinero a manos llenas. Lo primero que haremos será comprar una casa en Londres lo más cercana posible a ésta. Odela querrá estar cerca de su padre y tú y yo podremos vernos el mayor tiempo posible.

—¿Con tu marido y mi esposa estorbándonos? —preguntó el vizconde.

—Si somos inteligentes, no tendrán la menor sospecha de que nos amamos. Además, hasta que entres en posesión de tu casa ancestral, convenceré a Arthur para que ustedes habiten en la casa de las viudas.

Lanzó una risilla antes de continuar:

—Odela prefiere el campo y se sentirá muy feliz de pasar ahí el tiempo. Entonces, con su dinero comprarás cualquier cosa que desees.

La condesa levantó un poco más la voz al agregar:

—¡Piensa en ello, Johnny, un yate en el que podremos viajar a lugares lejanos! ¡Caballos de carreras con los que podrás participar en las más importantes!

Hizo una pausa y añadió, como comentario adicional:

—Arthur detesta las carreras de caballos y tampoco creo que a Odela le agraden.

El vizconde permanecía en silencio y *Lady Esme* insistió:

—¡Oh, Johnny, piensa en las posibilidades! ¡Cómo disfrutaré ayudándote a realizar todo lo que siempre anhelaste y que nunca pudiste lograr por falta de dinero!

Al fin, el vizconde recobró la voz.

—Cuando hablas, parece muy fácil, Esme. Mas sabes, tanto como yo, que las mujeres son celosas y Odela puede oponerse a que yo esté constantemente en compañía de su madrastra, especialmente si es tan bella como tú.

—Eres un ángel por decir que soy bella —dijo la condesa en tono meloso—, pero Odela es muy joven y como adora a su padre, deseará estar el mayor tiempo con él.

Le sonrió antes de continuar:

—Una mujer de más edad no se aferraría tanto a su padre. También olvidas algo.

—¿Qué? —preguntó el vizconde.

—¡Deseas tener un heredero y nada más a una mujer más a su casa que los niños!

—Eres muy convincente, Esme —comentó con lentitud el vizconde—, a la vez, si tengo un heredero, que por supuesto tendrá que ser algún día, me gustaría que fuera un hijo tuyo y mío.

Después de una marcada pausa, la condesa opinó:

—Por supuesto, si eso fuera posible, sería algo maravilloso. Pero como te he estado explicando, Johnny, mi amor, tenemos que sacar el mayor partido a lo que tenemos y si somos lo bastante valientes, lo lograremos.

—No se trata de ser valiente —aseguró con voz pesarosa el vizconde—, sino de tener que soportar a otra mujer en mis brazos en lugar de a ti. ¿Sabes cuánto te adoro?

—¡Tanto como yo, mi apuesto y maravilloso amante! —exclamó Esme—. ¡Es por eso que no puedo perderte!

—¡Jamás me perderás! —declaró el vizconde—. ¡Preferiría irme al propio infierno antes que dejarte!

La besó de nuevo.

Como si despertara de un sueño, Odela se dirigió hacia la puerta que conducía al pasillo.

Al llegar a ella, volvió la vista hacia el retrato de su madre, con una mirada llena de dolor.

Después abrió la puerta con suavidad y salió del dormitorio de su padre.

Corrió hacia el suyo, lo encontró vacío y echó llave a la puerta.

Se arrojó sobre la cama. No lloraba; solo reflexionaba en lo que había escuchado.

Ahora comprendía por qué, desde que regresara, presentía que algún mal la amenazaba.

Era como si los pensamientos y planes de su madrastra se los hubiera transmitido a ella.

Debía encontrar la manera de escapar.

En lugar de sentirse histérica o con deseos de llorar, de pronto se sintió

tranquila y alerta.

Era como si se esforzara por aprender un tema difícil.

O tratara de encontrar la solución de un problema matemático.

Por algo sentía que debía estar agradecida al destino. Sabía dónde estaban sus enemigos.

«No me tomarán por sorpresa», se dijo.

Era casi como si estuviera leyendo un libro y la trama se desarrollara ante sus ojos.

Podía anticipar con exactitud lo que haría su madrastra para asegurarse de que ella se casara con el vizconde. Para empezar, el padre de él era amigo del suyo.

En segundo lugar, si había sido militar, su padre no podía calificarlo de «vago».

Tampoco podría decir que se dedicaba al juego en los clubes.

Suponía que debía tener más edad que la mayoría de los jóvenes que ella conocería en los bailes.

Su madrastra tenía veintinueve años y el vizconde, sin duda, sería mayor que ella o de la misma edad.

«Papá se sentirá convencido de que tiene la edad adecuada para manejar el dinero con sensatez», pensó Odela, «también para protegerme y cuidar de mí».

El horror de estar casada con un hombre que amaba a otra mujer, especialmente a su propia madrastra, la invadió.

Sabía que era degradante que la condesa fuera infiel a su padre.

A la vez, estaba planeando que su amante se casara con su hijastra por dinero.

«¡Es algo que jamás sucederá», se juró Odela.

Pero se daba cuenta de que tendría que ser muy astuta, para que no la hicieran caer en la trampa que preparaban para ella.

Como amaba a su padre, no podía contarle lo que había escuchado.

Aun cuando era evidente que aún amaba a su madre, estaba entusiasmado y se sentía atraído por su nueva esposa.

Odela comprendió, por la expresión de los ojos de él, que apreciaba su belleza.

Cuando Esme lo halagaba y acariciaba, se sentía complacido, como cualquier hombre lo habría estado.

«¿Cómo podría yo destruir a papá?», se preguntó.

Si era sincera, debía reconocer que él parecía más feliz desde que se casara por segunda vez.

Se había sentido solo y triste después de la muerte de su madre.

Esme era muy lista al hacerlo sentir importante para ella.

«Por supuesto», se dijo Odela, «podría yo asegurar que me desagrada mucho el vizconde y que, bajo ninguna circunstancia soportaría ser su esposa»...

Mas, desafortunadamente, no tenía sólo que enfrentarse a su padre. Éste no la obligaría a un matrimonio que ella no deseara.

Pero ya se había dado cuenta de la forma sutil en que su madrastra lo manipulaba.

De alguna manera, Esme lo convencería de que el vizconde no era un caza fortunas.

De forma persuasiva iba a decir que el amor llegaría después del matrimonio.

Odela pensó en otra cosa más.

Si su madrastra lograba casarla cuanto antes con el vizconde, no habría otros hombres entre los que ella pudiera elegir marido.

«Ella se asegurará de ello», pensó Odela, «contando a sus amistades que el vizconde y yo estamos enamorados». ¡Pronto, todos los otros posibles candidatos a quienes yo conociera en los bailes se enterarían de que estoy ya comprometida en secreto!».

Podía verlo todo deslizarse en su mente, como si fuera una obra de teatro que se presentara ante sus ojos.

—¿Qué... puedo hacer? ¿Oh, Dios mío... qué... puedo... hacer? — preguntó en voz alta.

Su voz denotaba su desesperación y comprendió que debía actuar con rapidez.

Miró la miniatura de su madre y la tomó en sus manos. —Ayúdame... mamá— imploró—, ayúdame, ¡o estaré... perdida!

Pensó, al emitir su ruego, que su madrastra era como una bruja malvada

que la arrastraba, la obligaba a una boda que convertiría su vida en una continua desdicha.

—Es tu dinero, mamá —continuó hablando a la miniatura—, y, por lo tanto, tú debes hacer que se desvanezca... o debo hacerlo yo.

Comprendió entonces que ésa era la solución.

Debía desvanecerse, al menos por el momento.

Debía escapar de la trampa que se le tendía y si no se apresuraba, sería ya demasiado tarde.

Se dirigió a la ventana, con la miniatura en las manos. El sol empezaba a ocultarse, pero sus destellos todavía brillaban sobre el jardín del centro de la Plaza.

«Me iré al campo», se dijo Odela, «al menos ahí podré pensar».

Pensó en *Dragonfly*.

Si pudiera cabalgar sobre él a campo traviesa, y así pensar libremente, podría encontrar una solución.

«Es como saltar una alta valla», se dijo. «Si podemos hacerlo juntos, encontraré la forma de escapar al otro lado». Suspiró.

«¡Si sólo hubiera alguien con quien pudiera hablar, alguien que comprendiera mi angustia y mi temor!».

Fue entonces cuando, como si fuera un mensaje enviado por su madre, recordó a Nanny.

Ella sabría comprenderla.

Nanny, con la sabiduría que dan los años, podría inclusive tener la respuesta.

«¡Acudiré a Nanny!»., decidió.

Ya no se sintió tan amedrentada como antes. De nuevo, podía pensar con claridad.

Descorrió el cerrojo de la puerta y llamó a una doncella. Toda la servidumbre le era desconocida y no le prestaba especial atención.

Después de cierta demora, se abrió la puerta y entró una mujer de edad, que la miró con frialdad.

—¿Llamó usted, *milady*?

—Sí, Jones. Deseaba preguntarle si queda en la casa alguien de la servidumbre que estaba antes que yo partiera al extranjero.

—No lo creo, *milady*... —empezó a decir la doncella. Entonces se detuvo.

—... A menos que *milady* recuerde a la señorita Gatesly.

—¿La señorita Gatesly, la costurera? ¿Todavía está en la casa?

—Sí, *milady*. Es una persona muy apta para arreglar la ropa blanca e incluso ha hecho algunas alteraciones en los vestidos de la señora condesa.

—Pida a la señorita Gatesly que venga a verme en seguida —ordenó Odela.

—Muy bien, *milady*.

En cuanto Jones se retiró, Odela pensó emocionada que «Gatesy», como ella solía llamarla cuando era niña, era justo la persona que necesitaba en tales circunstancias.

Momentos después la costurera se presentó.

Ya tenía más de sesenta años y el reumatismo de sus piernas le impedía moverse tan ágilmente como antes. Sonrió encantada al ver a Odela.

Ésta se lanzó hacia ella al verla entrar.

—¡Gatesy! ¡No tenía idea de que aún estuviera aquí!

—Esperaba verla, *milady*, pero no quise molestarla, ya que acababa de llegar.

Odela cerró la puerta.

—Escuche, Gatesy, necesito su ayuda, ¡la necesito desesperadamente!

Capítulo 3

El tren salió de la Estación Paddington.

Odela se reclinó y pensó que todo había salido mejor de lo que anticipara.

Cuando Gatesy acudió a verla, con casi la misma apariencia con que la recordaba de niña, Odela comentó:

—Cuánto me alegra que continúe en la casa. Todo el resto de la servidumbre es desconocido para mí.

—La señora condesa me conservó porque le resulto útil —respondió Gatesy—, pero qué gusto me da verla, milady, mucho gusto.

—¡Y yo la necesito con desesperación!

La condujo hacia dos cómodos sillones que había en su habitación cerca de la ventana y le indicó:

—Siéntese y primero dígame cómo está.

—Ya vieja, señorita, y me gustaría retirarme, pero la condesa me amenazó con dejarme sin pensión.

Odela se puso rígida.

—¡Por supuesto que recibirá una pensión, y puede retirarse desde este momento, si lo desea, yo me encargaré de eso! —le prometió Odela.

Por la expresión de Gatesy comprendió que sabía que tenía dinero.

—Supongo que se habrá enterado de que mamá me heredó algo de dinero —dijo.

—Lo han comentado en la habitación del ama de llaves y yo me alegro

mucho por usted, milady, en verdad.

—¡También me alegro yo! —confesó Odela—. Pero algo más ha sucedido y debo salir al campo en seguida. Hizo una pausa antes de agregar:

—Seré sincera con usted y le confesaré que tengo que escaparme. Deseo que me acompañe.

Odela tuvo la sensación de que Gatesy la comprendía sin necesidad de mayores explicaciones.

Nada sucedía en la casa que no se comentara entre la servidumbre.

Tal vez ya estaban enterados de que su madrastra se proponía casarla con el vizconde.

Y sabrían muy bien cuál era la exacta posición de él.

No obstante, consideró que no había necesidad de entrar en más detalles.

Por lo tanto, sólo dijo:

—Debo hacerlo de forma secreta o mi papá y mi madrastra me lo impedirían.

—¿Y cómo va a lograrlo, milady?

—Será muy sencillo si usted me ayuda. Sé que no debo viajar sola.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Gatesy—. Es usted demasiado joven y bonita.

—Lo que deseo que haga es que partamos a primera hora de la mañana, antes que los demás despierten.

Hizo una pausa y bajó su tono de voz.

—Sé que de la Estación Paddington sale un tren hacia Oxford y de alguna manera averiguaré el horario.

—El señor Bennett tiene un horario de trenes en su oficina. Aquél era el secretario del conde.

—Ya me está resultando usted indispensable —comentó Odela—, más tarde le haré saber la hora en que nos vamos. Hizo una pausa antes de continuar:

—Lo que deseo es que diga a todos en la casa que un familiar suyo se puso enfermo y a primera hora, pida que le consigan un carruaje de alquiler para ir a la estación.

—Así lo haré —contestó Gatesy.

—Partirá usted con el equipaje y yo saldré de la casa por la puerta del

jardín. Ordene al conductor que se detenga al fondo del callejón, donde recogerá usted a una amiga.

Se detuvo para reflexionar un momento y añadió:

—Nadie pensará que se trata de mí, hasta más tarde, cuando papá encuentre mi carta, en la cual le explicaré que me fui de visita con unas amistades.

Lo repitió varias veces para que Gatesy se lo grabara en la mente.

Entonces la costurera preguntó:

—Supongo que tendrá dinero, milady, porque yo todavía no recibo mi salario de este mes.

—Tengo suficiente —afirmó Odela—, y en cuanto lleguemos a casa hablaré con el administrador para que le asignen una casita, si es posible, que no pertenezca a papá, así no habrá discusiones al respecto.

Vio que los ojos de Gatesy se humedecían.

—Es usted muy bondadosa, mi niña, igual que lo fue su querida madre. Estaba yo tan preocupada por este reumatismo que padezco.

—Le prometo una cosa —ofreció Odela—, que gozará de su retiro con toda clase de comodidades. Nadie, ni siquiera mi madrastra, podrá impedirlo.

No pudo evitar el tono amargo de su voz, pero Gatesy no pareció sorprendida, sólo comentó:

—¡La señora condesa se va a indignar mucho si descubre que huí con usted!

—Cuando lo haga, será demasiado tarde —dijo Odela. Cuando Gatesy se fue, Odela se sentó a planear todo lo que haría.

Era cerca de la hora de la cena cuando su madrastra advirtió que ya había regresado.

Se presentó en el dormitorio de Odela en el momento en que las doncellas le preparaban su baño frente a la chimenea.

—¡Oh, has llegado, queridita! —dijo la dama con su tono zalamero—. ¡Me preguntaba dónde podrías estar!

—Cuando llegué me dijeron que tenía visita, así que no quise interrumpir —explicó Odela.

—Eso fue muy gentil de tu parte, pero me habría gustado saber que habías regresado.

La condesa hizo una pausa antes de proseguir:

—Ponte uno de tus vestidos más bonitos, porque tendremos unos cuantos invitados a cenar y te designé un lugar junto al Vizconde More, que sin duda te resultará simpático.

Lanzó una de sus tintineantes risas.

—¡Creo que le gustan los caballos tanto como a ti! Odela no respondió y su madrastra se retiró en seguida. Después de lo que le había dicho, Odela sintió el deseo de elegir el vestido más feo que tenía.

Desafortunadamente, todo su vestuario, adquirido en Florencia, era de excelente gusto.

Cada vestido la hacía aparecer más atractiva que con el anterior.

Finalmente se dijo que si iba a representar el papel que se esperaba de ella, todo lo que tenía que hacer era estar bonita y no abrir la boca.

Bajó al salón antes de la cena.

Encontró a su madrastra cubierta de joyas y con aspecto, tenía que admitir, muy atractivo.

Odela recordó que una de sus compañeras de la escuela había expresado en una ocasión:

—Mi padre dice que toda mujer se ve hermosa cuando está enamorada.

Odela pensó con desprecio que eso sucedía a su madrastra, mas no del hombre con quien estaba casada.

Cuando el vizconde entró en la habitación, comprendió que era un hombre por el que jamás sentiría el menor afecto, mucho menos amor. Era bien parecido.

Pero había en él cierto aire superficial.

Estaba segura de que jamás llegaría a ser político, ni se esforzaría por hacer nada positivo en su vida.

«Excepto, por supuesto», añadió para sus adentros, «enamorar a las esposas de otros».

Se dio cuenta de que el vizconde, por indicaciones de su madrastra, intentaba mostrarse muy agradable con ella.

A la vez, casi sin darse cuenta, su mirada se volvía insistente hacia Lady Esme.

Odela dedujo que cualquiera que fuera muy observador se daría cuenta de

sus sentimientos.

Se preguntó si su padre habría advertido ya las miradas que se cruzaban su esposa y el vizconde.

Entonces recordó haber oído decir que «el marido es el último en enterarse».

Además, también, el último en admitir que la mujer en quien confía le sea infiel.

Miró a su padre a través de la mesa.

Se le veía radiante porque las dos mujeres que tenía a su lado, no sólo eran bellas, sino también inteligentes. Ambas lo hacían reír.

El se mostraba ingenioso y divertido, como solía hacerlo en vida de su madre, recordó Odela.

«No puedo hacerlo desdichado diciéndole lo que sucede a sus espaldas», se dijo.

Sabía que sería una acción muy cruel.

Cuando las damas abandonaron el comedor para dejar que los caballeros bebieran su oportu, Odela se apresuró a subir por la escalera.

En ese momento el dormitorio de su padre estaría vacío. Su ayuda de cámara se encontraría ocupado en la cocina. Entró y corrió el cerrojo de la puerta.

Sabía dónde guardaba su padre la llave de la caja fuerte.

Se suponía que sólo lo sabía su madre, pero Odela con frecuencia la había acompañado a sacar las joyas que deseaba usar.

Encontró la llave en su escondite y abrió la caja fuerte.

Como esperaba, vio que ahí estaban los papeles que les entregaran los abogados.

También tenía dinero, ya que él siempre guardaba algo para tener efectivo en la mano.

Tomó un buen número de billetes y algunos soberanos. En seguida devolvió la llave a su lugar y se dirigió a su dormitorio.

El resto de las damas se retocaban en el de su madrastra. Odela estaba ya en el salón cuando ellas regresaron. Cuando los caballeros se reunieron con ellas, el vizconde, obediente, se dirigió a su lado.

Intentó entablar conversación con el tema de los caballos, pero después

de unos minutos, ella se dirigió al piano mientras decía:

—Creo que se animará la reunión si les toco algo. Instantes después, su padre se acercó para decirle lo orgulloso que estaba de que tocara tan bien.

—Todo te lo debo a ti, papá —respondió Odela—, ¡pagaste al mejor maestro de música en Florencia para que me enseñara!

—No hay duda de que mi dinero estuvo bien invertido —sonrió su padre—, mas creo que deberías estar conversando con nuestros invitados.

—Deseo que escuches dos piezas más que aprendí —respondió Odela y el conde ya no la presionó.

Odela se subió a acostar aprovechando la primera oportunidad que encontró, ya que tenía mucho todavía por hacer.

Gatesy había logrado hacerle llegar un pequeño baúl.

Odela metió en él sus mejores vestidos y, por supuesto, sus trajes de montar.

Entonces, después de que su madrastra ya se había retirado, el mozo de servicio nocturno se presentó a la puerta de su dormitorio.

—La señorita Gatesly me dijo, milady, que tiene usted un baúl con cosas que va a regalarle.

—Sí, por supuesto y están listas —respondió Odela con voz muy baja—, pero no creí que las necesitara esta noche.

—La señorita Gatesly me informó que se va mañana temprano porque recibió malas noticias.

—Lo lamento mucho —dijo Odela—, qué bueno que tengo lista ya la ropa que voy a regalarle.

El mozo se llevó el baúl, Odela se desvistió y de inmediato se metió a la cama.

Estaba acostumbrada a levantarse muy temprano.

En Florencia, las alumnas que tenían clases especiales con frecuencia las iniciaban a las siete de la mañana.

Por lo tanto, ya estaba vestida y lista a las seis menos cuarto de la mañana.

Había visto el horario que tenía el secretario en su oficina que a las seis y media salía un tren de Paddington rumbo a Oxford.

Ella y Gatesly lograron llegar a buen tiempo y abordarlo, después que

había subido al carruaje de alquiler en el callejón.

Odela escribió a su padre una carta que dejó en su estudio. Sabía que no iría a su escritorio hasta después del desayuno. El texto decía:

Mi muy querido papá:

Me siento tan confundida y abrumada por la enorme fortuna de la que me enteré ayer, que necesito tiempo para meditar en ello.

Sé que comprenderás que sería imposible hacerlo en Londres, en medio de una serie de compromisos y tantas compras.

Así que he decidido irme al campo durante unos días para cabalgar en Dragonfly y poner en orden mi mente.

Sé que no aprobarías que viajara sola, así que me llevo a la señorita Gatesly conmigo.

También tomé prestado algo de dinero de tu caja fuerte y, por supuesto, ¡¡¡te lo pagaré!!!

Odela añadió los signos de admiración para que su padre lo considerara como una broma.

Y concluyo diciendo:

Te amo, papá, y deseo gastar mi fortuna exactamente como tú y mamá desearían que lo hiciera, pero tengo que meditar mucho en ello.

Por favor, no te molestes conmigo y déjame que

*tenga un poco de tiempo para mí misma.
Tu amante y afectuosa hija,
Odela.*

Pensó que su padre la entendería, pero su madrastra, jamás.

«Intentaría hacerme volver para tenerme en su poder», pensó.

Todo su instinto le había indicado la noche anterior lo grave de la situación.

Sólo tenía que mirar la casa para darse cuenta de los cambios que había hecho en ella.

Y detrás de cada cambio se ocultaba una fuerte personalidad.

Su madrastra no era suave, tierna o dulce.

Era una mujer decidida a salirse con la suya y movería cielo y tierra para lograrlo, sin importarle quién resultara dañado en el proceso.

«El vizconde ya aceptó lo que ella sugirió», se dijo Odela, «y a menos que tenga cuidado, despertaré, cuando menos lo piense, ya casada con él».

—Parece preocupada, milady —observó Gatesly desde el otro lado del carruaje.

—Realmente me siento muy feliz de que hayamos logrado escapar con tanta facilidad —respondió Odela.

Sabía que era porque lo habían hecho a hora temprana. A su madrastra nunca la despertaban antes de las diez de la mañana.

Cuando llegaron a Oxford, no fue difícil rentar un vehículo que las llevara a Shalford Hall, que estaba como ocho kilómetros.

Se encontraba en lo profundo de la campiña.

En cuanto salieron de la hermosa ciudad, Odela empezó a sentirse diferente.

Ésa era la Inglaterra que conocía y a la que amaba, con sus bosques, sus colinas y sus ríos plateados.

En cuanto el carruaje se detuvo fuera de su casa, Odela saltó de él.

Apresuradamente subió la escalinata para llamar a la pesada puerta.

Cuando la abrió un mozo que servía en el Hall desde que era un muchacho, Odela le extendió la mano.

—¡James! ¡Tenía la esperanza de encontrarlo aquí!

—¡Vaya, si es la señorita Odela! —exclamó el hombre con evidente alegría—. Me enteré que regresaba a Inglaterra.

—¡Ya estoy aquí y ahora he venido a casa!

Odela repitió lo mismo al viejo mayordomo, quien salió apresurado de la cocina.

—Nos preguntábamos cuándo la veríamos nuevamente, milady. Pero supusimos que estaría muy ocupada con las diversiones de Londres.

—Lo único que deseaba era venir a casa —dijo Odela. No perdió tiempo en charlar.

Después de pedir al mayordomo que pagara el carruaje de alquiler, corrió a la caballeriza.

Todos los mozos de cuadra la recibieron con expresiones de júbilo.

Mas era a *Dragonfly* a quien deseaba ver, más que a nadie. El animal relinchó al escuchar su voz.

Unos segundos más tarde, ella le rodeaba el cuello con los brazos.

—¡Te eché de menos, te eché mucho de menos! —exclamó—. Oh, mi querido *Dragonfly*, ¿te han cuidado bien? ¿No te has olvidado de mí?

Era notorio que el animal no la había olvidado. Odela pidió que una hora más tarde lo ensillaran. Entonces llamó a Abbey, el jefe de cuadra, a un rincón. Había sido él quien le enseñara a montar cuando era muy pequeña.

Le dijo que necesitaba su ayuda y cuando le contó por qué, él se mostró muy preocupado.

—Me escapé de Londres, Abbey, y voy a esconderme durante algún tiempo donde nadie me encuentre.

—¿Por qué hizo una cosa así, milady? No está bien. Su señoría se va a preocupar.

Como le pareció que él iba a ponerse difícil, Odela decidió explicarle:

—Si quieres saber la verdad, Abbey, la señora condesa desea casarme con alguien que no me agrada y con quien yo sería muy desdichada.

Comprendió por la expresión de él, que tampoco le agradaba su madrastra.

—Eso no está bien, señorita Odela, después de que estuvo usted tanto tiempo en otro país.

—Lo sé, Abbey, pero ya conoces cómo es ella y no hará caso de mis argumentos.

Abbey apretó los labios.

—¿Qué desea que yo haga, milady? La conozco de toda su vida y no permitiré que sea infeliz; ¡primero me dejó cortar una pierna!

—Y sería yo muy desdichada si accediera a lo que pretende la condesa —dijo Odela.

Después de eso, él estuvo de acuerdo con todo lo que ella le pidió.

Fue quien la acompañó a donde estaba Nanny, prometiendo que si le hacían preguntas, diría que no tenía idea de adónde había ido.

—Detesto pedirte que mientas, Abbey —señaló Odela—, pero así ganaré tiempo y tal vez después las cosas cambien. Lanzó un suspiro antes de añadir:

—Sin embargo, debo ocultarme en algún lado y sé que estaré segura con Nanny.

—¡Por supuesto que sí! Y haré lo que usted dice, milady. Pero si su señoría descubre la verdad, me va a despedir.

—Si lo hace, te juro que yo misma te daré empleo y serás tú el encargado de mi propia cuadra de caballos —prometió Odela impulsivamente.

Vio la expresión de sorpresa en el rostro de Abbey. El, al menos, ignoraba lo de su fortuna.

—Al regresar a Inglaterra me enteré de que mamá me heredó algo de dinero, así que te prometo, Abbey, que nadie de los que sirvieron a mamá cuando vivía tendrá que preocuparse por su futuro o por quedarse sin empleo o sin dinero.

Abbey no dijo nada y Odela continuó:

—Mas, por favor, todavía no lo comentes, aunque sin duda ya oirás hablar de eso más tarde.

—Puede confiar en mí, señorita Odela —le aseguró Abbey. Después de indicarle con exactitud lo que deseaba, Odela regresó a la casa.

La esperaba el almuerzo.

El viejo mayordomo le dijo que como los había tomado por sorpresa le ofrecerían algo mejor para la cena.

—La señora Banks me pidió que le dijera que hizo lo mejor que pudo.

Había tanta gente que deseaba verla, que Odela decidió que sería mejor ir

con Nanny hasta la mañana siguiente. Ya sabía exactamente dónde encontrarla.

Nanny mantuvo correspondencia con ella durante todo el tiempo que pasó en el colegio de Florencia.

Al principio, después de que la despidieron, aceptó un empleo para cuidar a los hijos de un embajador.

Pero no era feliz en Londres.

Así que, seis meses antes, abandonó la embajada.

La hermana del Marqués de Transcoombe le había pedido que cuidara de su pequeña hija mientras ella viajaba al extranjero con su marido.

La propiedad del Marqués de Transcoombe estaba a sólo ocho kilómetros de Shalford Hall.

Odela pudo comprender lo encantada que estaba Nanny ante la idea de volver a una parte de la campiña que conocía tan bien.

Vagamente, Odela recordaba al difunto marqués, que era un hombre de edad avanzada.

Había sido amigo de sus padres.

Con frecuencia hablaban de él y, de pequeña, Odela había asistido a una fiesta infantil en Coombe Court.

El hijo del marqués, que ahora había heredado la propiedad, no estaba presente.

Más tarde, en cuanto salió de Oxford, partió al extranjero con su regimiento.

Nanny le había escrito unas líneas donde mostraba su entusiasmo.

Aseguraba que era una mansión impresionante y cómoda, con una sección infantil tal como a ella le gustaba. Escribió:

«... Me agrada mucho tener a la niña bajo mi cuidado, sin nadie que interfiera. Me hace pensar en usted cuando tenía su misma edad y lo dulce que era».

—Cabalgaremos mañana a primera hora hasta donde está Nanny —había dicho a Abbey—, pero nadie debe saber hacia dónde vamos.

Guardaría su ropa en bolsas de lona para atar a la silla de los caballos.

Ella personalmente la metió en las bolsas que Abbey le llevó.

Nadie la vio subir con ellas a su dormitorio.

Eran amplias y le cupo prácticamente todo cuanto llevara de Londres.

Cuidadosamente guardó la miniatura de su madre y una o dos cosas que atesoraba.

Todo resultaba más fácil, porque la mayoría de la servidumbre en Shalford Hall era gente de edad avanzada.

A los más jóvenes se los había llevado su madrastra a Londres.

No le resultó difícil a Odela bajar ella misma las bolsas que constituían su equipaje.

Las colocó fuera de la puerta del jardín donde nadie pudiera verlas antes que Abbey las recogiera.

Desayunó temprano.

Entonces dijo al mayordomo que saldría a dar un paseo a caballo.

No les sorprendió en absoluto que la joven se dirigiera a la cuadra en lugar de ordenar que llevaran los caballos hasta la puerta de la casa.

Ella y Abbey salieron de la caballeriza por la puerta posterior.

Sólo dos chiquillos, encargados del aseo, los vieron irse. Pero tenían demasiado temor a Abbey para hacer preguntas.

Éste montaba en un caballo grande que podía soportar bastante peso.

Dragonfly parecía contento de llevarla sobre su lomo. Cuando ya se había alejado de la casa y galopado por los campos, Odela exclamó:

—¡Es tan maravilloso estar de regreso! No sabes lo mucho que anhelaba estar aquí mientras me encontraba en el extranjero.

—Y nosotros la echamos mucho de menos, señorita Odela —respondió Abbey—. No era lo mismo cuando usted entraba y salía de la caballeriza a todas horas.

—¡Y ahora, una vez más, cabalgo en *Dragonfly*!

Ella pensó al decirlo que le gustaría perderse con él en el horizonte y no volver jamás.

Entonces no habría problemas y tampoco ningún vizconde deseando

atraparla.

Ninguna madrastra, con alma de bruja, provocando su desdicha.

En voz alta preguntó:

—¿Has visto a Nanny desde que entró a trabajar en Coombe Court?

—Ha estado en contacto con la señora Field —contestó Abbey—, y dice que está muy feliz allí.

La señora Field era el ama de llaves.

Odela comprendió que debía prevenir a Nanny que no le hiciera saber a la señora Field que estaba con ella. —¿Cuánto tiempo cree, *milady*, que va a quedarse en Coombe Court?— preguntó Abbey.

—No tengo idea —repuso Odela—. Sólo deseo que asegures no saber adónde fui cuando salí de casa, excepto que te dije que iba a visitar a unas amistades.

—Bueno, hay muchas a los alrededores donde *milady* sería bienvenida —afirmó Abbey.

Odela lo sabía.

Era una suerte, pensó, que Nanny estuviera en una casa donde ella no conocía al propietario.

Los padres de él, quienes habían conocido a los suyos, ya habían muerto.

Odela podía recordar fiestas en muchos otros lugares. También a niños con quienes solía jugar desde que aprendió a caminar.

Su madre era muy consciente de que, como era hija única, necesitaba compañía de su misma edad.

Por fortuna, Oxfordshire era lugar de residencia para un gran número de familias nobles.

«Si mi madrastra visita a todos los que conocemos, con la esperanza de encontrarme, ¡va a estar muy ocupada!», pensó Odela divertida.

Le tomó menos tiempo, cabalgando a campo traviesa, llegar a la casa del Marqués de Transcoombe que si hubiera viajado en carruaje.

Se levantaba en una parte muy bella del país, pensó Odela, mejor que donde estaba su propia casa.

Grandes bosques se formaban sobre el terreno ondulado.

Podían apreciarse exquisitos panoramas sobre colinas cubiertas de flores de primavera.

Eran más hermosos que cualquiera de las pinturas famosas que había visto en Florencia.

«¡Estoy en casa, estoy en casa deseaba gritar a los pájaros, a las mariposas y a las abejas que volaban sobre las flores!.

En ese momento, recordó que su verdadero hogar era Shalford Hall.

Pero si regresaba al Hall, su madrastra la estaría esperando para llevarla a Londres con el vizconde.

El pensamiento la hizo estremecerse.

Permaneció en silencio hasta que llegaron a Coombe Court.

Cuando vio la casa a la distancia lanzó una ahogada exclamación.

Con el sol brillando sobre sus ventanas y la silueta de las estatuas que decoraban el techo recortadas contra el cielo, parecía un castillo de cuento de hadas.

«¡Con razón le gusta tanto a Nanny vivir allí!», pensó. El terreno cubierto de verde césped descendía hacia un largo lago.

Mientras cruzaba el puente sobre él, Odela pudo ver a los cisnes deslizarse sobre su plateada superficie, acompañados de sus crías.

Los jardines estaban cubiertos de flores y los árboles llenos de capullos.

Más atrás del jardín, aparecía un huerto de árboles frutales, con flores blancas y rosas, que lo transformaban en un lugar encantado.

De pronto recordó que se estaba escondiendo y ella y Abbey se dirigieron hacia la puerta de la cocina.

Abbey llamó a ella.

Odela desmontó con rapidez diciendo, para evitar que él cometiera un error, a la doncella que la abrió:

—Vine a visitar a la señorita West.

—Está arriba, en las habitaciones infantiles —respondió la joven.

—¿Sería tan amable de mostrarme el camino? —pidió Odela.

Ya había acordado con Abbey que, mientras ella hacía eso, él debía llevar a *Dragonfly* para que se hicieran cargo de él en la caballeriza.

—Diles que soy familiar de la señorita West —le había dicho—, y no olvides que también me apellido así.

—Así lo haré, *milady* —respondió Abbey.

La doncella condujo a Odela por una escalera de servicio hasta el

segundo piso.

Llamó a una puerta y en cuanto se abrió, exclamó:

—¡Alguien viene a verla, Nanny!

Odela entró.

Nanny cosía sentada en una mesa al centro de la habitación.

En el suelo, junto a ella, estaba una pequeña jugando con cubos de colores.

Durante un momento, Nanny sólo la miró.

Entonces, con un murmullo de alegría, se puso de pie. Odela corrió y la abrazó.

—¡Nanny, oh, Nanny, vine a verte, dime que te alegras de que yo esté aquí!

—Esperaba que viniera —exclamó Nanny—; sin embargo, supuse que me lo avisaría.

—No hubo tiempo para eso, Nanny, ya que vine porque estoy en una terrible situación.

—¿Cómo es posible? —preguntó Nanny—. Siéntese y déjeme mirarla.

Odela se sentó y se quitó el sombrero.

—¡Es usted tan linda como su madre! —exclamó la mujer.

—Mi problema es lo que poseo, no cómo me veo —afirmó Odela—. ¡Oh, Nanny, tienes que ayudarme!

—¿Qué sucede? Pensé que tendría algunos problemas con la señora condesa cuando usted regresara, pero ¿cómo es que llegó aquí tan rápido?

—¡Me fugué!

—¿Sola? —preguntó Nanny con voz horrorizada.

—No. Me hice acompañar de Gatesy. Era la única entre toda la servidumbre a quien yo conocía y podía pedirle que viniera conmigo.

Hizo una pausa y añadió:

—Ahora que ya estoy contigo, no voy a regresar.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Nanny.

—Necesito, Nanny, quedarme aquí contigo, al menos hasta que me descubran. ¡Entonces tendré que huir a algún otro lugar!

Nanny volvió a sentarse.

—¿De qué se trata todo esto? —preguntó—. ¡No me gusta nada hasta

donde he oído!

—Lo sé, Nanny, pero es que ignoras lo que ha sucedido. La mujer apretó los labios.

—Es algo relacionado con la señora condesa, supongo.

—Sí, exactamente. Como mamá me heredó una gran cantidad de dinero, ha decidido que yo me case con el Vizconde More.

Nanny la miró asombrada.

—¡No puedo creerlo! —exclamó.

—Es verdad, Nanny. Los escuché planearlo a través de la puerta de comunicación cuando me encontraba yo en el dormitorio de papá, y tú sabes cómo es mi madrastra una vez que ha decidido algo.

—¡Claro que lo sé! —afirmó Nanny, casi entre dientes.

—Así que sólo me restó acudir a ti. Eres la única persona que puede ayudarme y si me hubiera quedado en Londres, me habrían casado casi antes que me diera cuenta de lo que sucedía.

—Así que, después de escuchar los planes de la señora condesa, se fugó —dijo Nanny, como tratando de aclarar el asunto en su mente.

—Ayer por la mañana, Gatesy y yo tomamos el tren de las seis y media para Oxford. Pasé la noche en casa y convencí a Abbey para que me trajera contigo. Me juró no decir dónde estoy.

—Puede usted confiar en él —afirmó Nanny.

—Sí, lo sé y metí toda mi ropa en bolsas de lona.

—Bueno, será mejor que la subamos, ¿eso es todo?

—Le supliqué a Abbey que, cuando condujera a *Dragonfly* a la caballeriza, dijera que soy tu familiar, soy la «señorita West».

—Si es que con su apariencia, la gente lo cree —gruñó Nanny—, ¡serán capaces de creer cualquier cosa!

—¡Tienen que creerlo! ¡Oh, Nanny, debes ayudarme! ¿Cómo voy a casarme con un hombre que está enamorado de mi madrastra?

Nanny guardó silencio.

Odela comprendió que sabía de las relaciones entre su madrastra y el vizconde.

—¡Jamás lo mencionaste en tus cartas! —le reprochó.

—No es correcto que usted se entere de esas cosas —exclamó Nanny con

severidad—, y es un insulto a la memoria de su querida mamá.

—¡Por supuesto que lo es! Pero no podía decírselo a papá, ¿verdad?

=Por supuesto que no y tampoco usted debía saberlo.

—Escuché a mi madrastra decir al vizconde que una vez que estuviéramos casados, él podría controlar mi fortuna y que como papá es amigo de su padre, no lo consideraría un caza fortunas.

—¿De qué fortuna? —preguntó Nanny.

Odela se dio cuenta de que ese rumor, cuando menos, no había llegado a Coombe Court.

Explicó a Nanny todo acerca de la fortuna que su madre le dejara y cómo planeaba hacer con ese dinero todo cuanto la finada condesa deseaba hacer.

Siempre y cuando el hombre con quien se casara no se lo impidiera.

—¿Y por qué voy a casarme con alguien, y menos con el enamorado de mi madrastra? —preguntó a Nanny.

—¡Enamorado, vamos! —espetó Nanny—. Eso no es amor, ni lo piense.

Odela la miró y aquélla continuó diciendo:

—Amor es lo que su madre sentía por su padre y que provenía de Dios mismo. ¡Todo lo que proviene de esa mujer es obra del diablo!

Odela jamás había escuchado a Nanny hablar con tal vehemencia.

—Tienes razón, Nanny —asintió—, y comprendí que algo malo sucedía desde que llegué a la casa. Mas creo que, a su manera y mientras él no se entere, ella hace feliz a papá. Nanny guardó un indignado silencio y Odela agregó: —¡Tú debiste prevenirme!

—Pensé en ello —admitió Nanny—; sin embargo, no es asunto mío y no tenía idea de que llegara usted a saberlo.

—Pero ahora es asunto mío y, por favor, Nanny, déjame hospedar contigo.

—Puede hacerlo, por supuesto que puede hacerlo, mas ¿por cuánto tiempo? No puede pasar aquí el resto de su vida y, de todas maneras, no sería correcto.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Odela.

—Su señoría es soltero y si se supiera que está bajo su techo sin una acompañanta, se dañaría la reputación de usted, ¡y eso no lo aprobaría su madre!

—Pero ¿adónde puedo ir, Nanny?

Odela, de pronto, se sintió como una niña que hiciera preguntas para las cuales sólo Nanny tenía la respuesta.

—Tendremos que pensar en ello —respondió nerviosa Nanny—. Pero puede quedarse por el momento, ya que su señoría está ausente y si al resto de la servidumbre le decimos que es familiar mía, no habrá problemas.

Hizo una pausa antes de añadir:

—¡No es que no vislumbre cientos de ellos en el futuro! Odela se rió por esa actitud típica de Nanny.

—Nada importa, sólo estar contigo, Nanny. Era lo que deseaba durante todo el tiempo que estuve ausente. La mirada de Nanny se suavizó.

—Yo también la eché mucho de menos, queridita, más de lo que puedo decir, pero estoy cómoda aquí y la pequeña Betty es buena como el oro.

Al decirlo se inclinó y levantó a la pequeña en sus brazos.

—¿Verdad que lo eres, mi pequeña? —preguntó. Odela observó que era una niña linda pero, a la vez, con aspecto de gran fragilidad.

Como si lo hubiera preguntado, Nanny le comentó:

—No estaba lo bastante fuerte para que *milady* se la llevara, ya que viajará de un país a otro.

Sonrió a la niña mientras continuaba:

—A su señoría le enviaron en misión especial a la India, Singapur y sabe Dios a cuántos lugares más. Permanecerán fuera cerca de un año.

—Bueno, Betty es muy afortunada de que tú te hagas cargo de ella, Nanny.

—Eso fue lo que dijo la señora marquesa y las recordaba a la madre de usted y a usted misma cuando era niña.

—Yo no me acuerdo de ella —admitió Odela.

—No es extraño. Se casó cuando mi niña estaba muy pequeña y su primer esposo murió en un accidente de caza.

—¿No tuvieron hijos?

—No, hasta que se casó por segunda vez. Tuvo a Betty y espera que el próximo sea varón.

Después de un corto silencio, Odela preguntó:

—¿Si me caso, Nanny o si... regreso a casa... me prometerías venir...

conmigo?

—Si se casa, no iría a ningún otro lado —respondió Nanny—, ¡ni aunque me ofrecieran un millón de libras! Mas no iré a ninguna casa donde viva su madrastra, y menos aún, después de la forma en que me corrió, ¡como si fuera basura!

Había tanta indignación en la voz de la mujer que, en un impulso, Odela se puso de pie y la rodeó con los brazos.

—Lo que ambas tenemos que hacer —afirmó—, es mantenernos alejadas de ella. ¿Comprendes, Nanny, que no puedo regresar y caer en sus garras?

—Por supuesto que no puede hacerlo, queridita —admitió Nanny—. ¡Y será sobre mi cadáver que ella logre casarla con ese hombre que la tiene tan entusiasmada!

Odela la besó en la mejilla.

—Era todo cuanto deseaba que dijeras, Nanny, y ahora que ya no estoy tan perturbada, ¿podríamos enviar por mi ropa? Al decirlo, tomó a Betty de brazos de Nanny.

—Yo cuidaré a Betty y le diré que es la niña más afortunada del mundo porque te tiene como niñera.

—Bueno, hagamos lo que me pide —dijo Nanny—, pero pongamos las cosas en claro. No apruebo lo que hace. A la vez, por más que me esfuerzo no puedo pensar qué otra cosa se puede hacer.

Odela se rió.

—¡Oh, Nanny, te adoro! ¡Ahora me siento realmente en casa y bajo tu cuidado!

Capítulo 4

Mientras cabalgaba de regreso a Coombe Court, Odela pensó que los pocos días que había pasado allí eran de los más felices que podía recordar.

Era tan maravilloso estar de nuevo con su vieja niñera, poder leer libros nuevos y raros, pero más que nada, cabalgar libremente en *Dragonfly*.

Jamás imaginó que una biblioteca pudiera ser tan maravillosa como la que existía en Coombe Court.

Y lo mejor era que el bibliotecario estaba de vacaciones. Así que nadie interferiría con ella mientras revisaba las hileras de libros en los estantes.

Había biblioteca en Florencia y también su padre tenía una en su casa, pero la de Coombe Court era diferente.

Se había construido al mismo tiempo que la casa, en tiempos del primer Conde de Transcoombe.

Un retrato de él colgaba encima de la chimenea.

Cada sucesivo titular del condado había hecho adiciones a la biblioteca, hasta que, finalmente, el título ascendiera a marquesado.

No había sólo libros históricos, sino también de autores de cada época, políticos, ingenieros o novelistas.

Todas las novelas Waverley, de Sir Walter Scott, estaban ahí y ella podría leerlas.

También, si lo deseaba, una primera edición de Los Cuentos de Canterbury.

En cuanto terminaban de tomar el té y Nanny se disponía a bañar a Betty, Odela bajaba a la biblioteca.

Cada vez que entraba ahí sentía que debía bendecir al conde que la construyera.

Solía detenerse frente a la chimenea, contemplar su retrato y decirle lo inteligente que había sido.

De hecho, era un rostro apuesto y excitante el que miraba. Lo había pintado. Sir Anthony Van Dyck.

Como su padre le había hablado del famoso pintor, Odela calculó que debió pintarlo durante su primera visita a Inglaterra, hacia 1621, en el reinado de Jacobo I.

Cuando fue a Inglaterra por segunda vez, había hecho los maravillosos retratos de Carlos I.

Además de un sinnúmero de los correspondientes a los personajes más famosos de ese tiempo.

No había duda que logró hacer uno muy impactante del Primer Conde de Transcoombe.

Tenía facciones admirables y era, pensó Odela, el hombre más bien parecido que había visto jamás.

El retrato terminaba en la cintura, pero mostraba los largos dedos y sensitivas manos del noble.

Estas partes anatómicas plasmadas, eran una de las características de Van Dyck, Por supuesto, para Odela, las manos del conde eran excepcionales.

«¿Cómo pudo usted pensar en algo tan soberbio como esta biblioteca?», le preguntó Odela.

Imaginó ver un brillo en los ojos del conde, porque él disfrutaba al ver su entusiasmo.

Ahora, mientras montaba en *Dragonfly* y sé, dirigía a la caballeriza, se dijo que había sido muy afortunada.

Sería difícil que su madrastra, si estaba buscándola, pudiera encontrarla.

—He contado un montón de mentiras por usted —dijo tajante Nanny—, ¡y sin duda pagaré por ellas en el otro mundo!

—¿Qué has dicho? —preguntó nerviosa Odela.

—Les hice creer allá abajo que era usted mi sobrina y que mi hermano

tiene un negocio de alquiler de carruajes cerca de Oxford. ¡Tenía que explicar que poseyera un caballo así!

Odela lanzó una exclamación:

—¡Oh, Nanny, qué lista eres! Nunca pensé que *Dragonfly* es un caballo demasiado fino para que pudiera poseerlo una joven sin recursos.

—Una mentira conduce a otra —señaló Nanny—, y sólo espero que, si nos descubren, no me despidan sin una referencia.

Odela se rió y la abrazó.

—Si te despiden, te vienes conmigo. Por mi parte, Nanny, puedes disponer de toda mi fortuna y vivir como una reina.

—¡Es lo menos que quiero hacer! —respondió cortante Nanny.

A la vez, Odela comprendió que se sentía complacida por sus palabras.

En sus ojos se reflejó esa tierna expresión que ella conocía desde niña.

«Si sólo pudiera quedarme aquí para siempre», pensó mientras se acercaba a la hermosa mansión, que le pareció le daba la bienvenida.

Desmontó en el patio y condujo a *Dragonfly* a su pesebre. Uno de los mozos de cuadra llegó apresurado, cuando ella ya lo había desensillado.

—Yo la cuelgo, señorita West —ofreció, tomando la silla—, pero es que hay gran conmoción por la llegada de su señoría.

Odela se puso rígida.

—¿Su señoría?

—Sí, llegó con invitados y sin avisar.

Odela entró en la casa por la puerta de la cocina y subió por la escalera a toda prisa.

—¡Me enteré de que el marqués llegó! —dijo jadeante en cuanto entró y vio a Nanny.

—Eso parece —repuso Nanny con tranquilidad—. Ahora, siéntese a tomar su té y no se agite. No se interesará para nada en usted.

—Lo sé —exclamó Odela—, pero no deseo que me vea.

—Tampoco lo hará, si se comporta bien y permanece aquí. El corazón de Odela se oprimió.

Sabía que eso le impediría salir a montar en *Dragonfly*. También le encantaba husmear por la casa, como lo hizo durante los últimos tres días.

Exploró los maravillosos salones, cada uno de ellos con nombre de un

color.

Había el Salón Plateado, el Salón Rosa y el Salón Azul.

También un encantador salón pequeño que llamaban «de las caricaturas», porque contenía una colección de divertidas figuras cómicas reunidas a través de los años.

Algunas eran tan divertidas que la hicieron reír a carcajadas.

Le gustaban las de Hogart y las muy atrevidas del Príncipe Regente hechas por Rowlandson y Cruikshank.

Había tantas cosas que ver en Coombe Court, que pensó que le tomaría semanas, si no es que meses, conocer la mitad de ellas.

Mas ahora, mientras el marqués permaneciera en casa, debía quedarse encerrada en la planta de las habitaciones infantiles.

—¿Es un grupo grande? —preguntó.

—No tengo idea —respondió Nanny—, ¡y cuanto menos piense en ello, mejor!

Odela comprendió que Nanny estaba un poco alterada, aun cuando no lo admitiría.

Sería un gran error que el marqués se enterara de su existencia, porque podría hacer comprometedoras preguntas.

Odela terminó su té y jugó con Betty mientras Nanny preparaba el baño.

Era una niña encantadora, pero muy tranquila.

Odela le construyó un castillo con los cubos, que la pequeña disfrutaba derribando.

Después la ayudó a guardar los juguetes y los muebles pequeñitos de la casa de muñecas.

Llevaron a Betty a acostar.

Odela estaba sentada frente al fuego, con Nanny, cuando una doncella entró en la habitación.

—¿Tiene un poco de hilo que pueda prestarme, Nanny? —preguntó—. La dama a la que atiendo arrancó un botón de su vestido y a mí se me acabó el mío.

—Sí, por supuesto —contestó Nanny mientras iba en busca de su costurero.

—Su señoría sí que sabe elegir las —comentó la doncella mientras

esperaba—. La última dama que trajo era bastante bonita, pero ésta se la lleva de calle, sin duda.

Nanny, quien buscaba entre sus cosas de costura, miró hacia Odela.

—Dejé unos pañuelos en tu habitación, querida —le dijo—, y será mejor que los laves antes de la cena.

Odela sonrió.

Comprendió que Nanny no aprobaba que escuchara rumores y por eso la enviaba a otro lugar.

—Sí, por supuesto, tía —respondió—. Lo haré en seguida. Cuando llegó a su dormitorio pensó que le gustaría conocer a la elegida del dueño de la casa.

No había duda que había provocado la admiración de la doncella.

Entonces se dijo, con aire despectivo, que sin duda sería una mujer casada, quien como su madrastra, le era infiel a su marido.

La idea la hizo sentir de nuevo el horror y la sorpresa de cuando se enterara de que su madrastra tenía un amante.

Y también, que estaba decidida a apoderarse de su fortuna.

«Debe haber alguien en el mundo que sea recto, moral y respetable», pensó frenética.

Luego se dijo que la depravación era común entre la gente de Londres, con la cual su madrastra disfrutaba tanto.

Su madre siempre había estado feliz de vivir en el campo.

Por lo tanto, Odela siempre ignoró ese tipo de vida.

«Si eso es lo que a su señoría le gusta», se dijo, «¡no merece ser dueño de una casa tan hermosa como ésta!».

Cuando regresó con Nanny, ya la doncella se había retirado.

Como no pudo contener su curiosidad, preguntó:

—¿Averiguaste quiénes son los invitados?

—El Conde y la Condesa de Avondale, que son una pareja de edad —respondió Nanny—, y una tal Lady Beaton.

Por la forma en que lo dijo, Odela adivinó que era la que tenía que ver con el dueño de la casa.

—Ahora, olvídense de ellos y permanezca aquí conmigo. Si desea ocuparse en algo, puedo darle costuras.

Lanzó un pequeño gruñido antes de añadir:

—Pero supongo que preferirá atiborrarse con todos esos libros que se subió.

Odela sonrió.

—¡Por supuesto! Pero te prometo, Nanny, que no causaré problemas, así que no te preocupes por mí.

—¡Por supuesto que me preocupo! —respondió Nanny—. Sabe que para ahora, el señor conde y su madrastra se estarán preguntando cuándo volverá a casa.

—¡Pues tendrán que seguirselo preguntando! —afirmó con rapidez Odela—. ¡Voy a quedarme aquí contigo y mantenerme a salvo!

Nanny se fue a acostar.

Cuando Odela se retiró a su dormitorio, percibió de nuevo que su madrastra la estaba amenazando.

«Debo olvidarme de ella», se dijo mientras se metía en la cama y tomaba un libro.

Entonces se dio cuenta de que ya lo había terminado, igual que el otro que estaba junto a la cama.

Al regresar a la hora del té, tuvo intenciones de pasar por la biblioteca y cambiarlos, como lo hiciera los días anteriores.

Si hubiera sabido que el marqués llegaría, habría elegido media docena o más y se los habría subido.

«No puedo pasarme los días sin leer», se dijo desesperada. Deseó haber preguntado a la doncella cuántos días más se quedaría en casa su señoría, aunque tal vez lo ignorara. Recordó que era viernes. Supuso entonces que el marqués y sus invitados se quedarían hasta el lunes.

Eso significaba que esa noche, la del sábado y la del domingo, permanecería confinada sin nada para leer. «¡No podría soportarlo!», pensó.

Se reclinó en su almohada mientras reflexionaba que si el grupo había llegado ese día de Londres, no era probable que se desvelaran. En especial los Condes de Avondale que, como dijera Nanny, eran de edad avanzada.

«Esperaré a que todo esté tranquilo», decidió, «entonces bajaré por la escalera de servicio a la biblioteca y tomaré cuantos libros pueda cargar».

Pensó que no habría peligro.

Por lo que conocía de la mansión, lo más probable era que se reunieran en el Salón Azul, que no era tan grande como el Plateado. Además, estaba cerca del comedor, mientras que la biblioteca quedaba al otro extremo de la planta baja.

Su señoría no iría a buscar libros a mitad de la noche. Así que nadie descubriría que ella iba a elegir algunos. Intentó concentrarse en el que ya había leído, pero no lo logró.

Prefirió dirigirse a la ventana, donde descorrió las cortinas.

Las estrellas tachonaban el cielo y una media luna se alzaba por encima de los árboles.

Todo lo bañaba de plateado.

El mundo se veía tan bello que sintió como si tuviera alas y se elevara.

Era un país de ensueño donde la amaba alguien que la mantendría a salvo, sin que volviera a sentir temores. «Si sólo pudiera encontrarlo», pensó, viviríamos en una casa como ésta y nunca iríamos a Londres ni nos involucraríamos con gente como mi madrastra.

Sintió como si todo su ser fuera transportado por la brillante luz de la luna.

Oró para conseguir ser parte de esa belleza y poder encontrar el amor que simbolizaba.

«Por favor, envíame el amor», invocó, «un amor que sea puro y duradero. El amor que hombres y mujeres han buscado desde el principio de los tiempos».

Entonces, como le lastimaba pensar que tal perfección nunca sería suya, cerró las cortinas y regresó a su cama. Debió quedarse dormida.

Despertó con un sobresalto y recordó que deseaba ir a la biblioteca.

Miró el reloj y vio que marcaba las tres de la madrugada. No habría nadie por ahí a esa hora.

Salió de la cama y encendió la vela que había en un candelabro con mango para que pudiera llevarlo consigo.

Se puso el juego de bata y zapatillas que había comprado en Florencia.

De puntillas y sin hacer ruido bajó por la escalera.

Tenía que recorrer un corto trecho hasta la biblioteca, por un oscuro pasillo.

La mayoría de las velas del pasillo estaban apagadas.

Sin embargo, había suficiente luz para que Odela viera el camino.

Pero necesitaba su vela para ver dentro de la biblioteca, que estaría sumida en la oscuridad.

Se dirigió al fondo de la habitación, donde sabía que estaban unos libros que le interesaba leer.

Al pasar frente a la chimenea, levantó el candelabro. Miró el apuesto rostro del primer conde y pensó que le había sonreído.

Éste habría entendido que a ella le era imposible pasársela sin libros, los cuales era evidente que significaban mucho también para él.

De lo contrario, jamás habría hecho construir esa biblioteca. Momentos después empezó a tomar un libro tras otro de los estantes.

Tenía ya reunidos cuatro y buscaba dos más, cuando escuchó un extraño ruido.

Durante un momento no pudo precisar qué era.

El ruido se repitió y entonces se dio cuenta de que era cristal que se rompía.

Permaneció inmóvil, preguntándose qué sucedía.

De pronto, descubrió que al otro extremo de la biblioteca se abría una ventana.

Aun cuando parecía imposible, alguien entraba por una de las ventanas de paneles de cristal en forma de diamante. Su primer impulso fue acercarse para ver qué sucedía. Súbitamente recordó que no debían encontrarla en la biblioteca y buscó dónde ocultarse.

Junto a ella había una ventana con la cortina corrida. Con rapidez, apagó la vela y se deslizó detrás de la cortina, hecha de grueso terciopelo carmesí.

Se encontró bañada por la luz de la luna.

Afuera, las estrellas brillaban y la luna iluminaba los setos, los prados y las flores.

Paso a paso, de puntillas se movió hasta la orilla de la cortina que cubría parte del muro junto a la ventana.

La movió ligeramente para que no dejara pasar la luz de la luna y atisbó a su través.

La biblioteca debía estar sumida en la oscuridad.

Al instante pudo ver a un hombre surgir de detrás de uno de los librereros, que sin duda ocultaba la ventana por la cual él había entrado.

Llevaba una gran lámpara en la mano y la levantaba para poder ver por dónde caminaba.

A la vez, le iluminaba el rostro.

El corazón de Odela dio un vuelco al observar que portaba una bufanda oscura que le cubría hasta la nariz.

No había duda de qué se trataba de un ladrón.

Se preguntó, desesperada, qué podía hacer.

Le parecía extraño que, aun cuando había tantos tesoros en otras partes de la mansión, él hubiera ido precisamente a la biblioteca.

Imaginó que podría ser un coleccionador de libros.

Tal vez buscaría una edición valiosa de obras de Shakespeare o de Los Cuentos de Caterbury.

Esta rara edición la había visto ella y sabía que era muy valiosa.

Y, mientras el hombre avanzaba por la biblioteca, se dio cuenta, horrorizada, de que miraba hacia el retrato que aparecía sobre la chimenea.

¿Tendría la intención de robar el retrato del primer conde, pintado por Van Dyck?

No podía creerlo.

El colocó la lámpara sobre la repisa de la chimenea y Odela se dio cuenta de que sí era su intención.

¡Por supuesto que era valioso! Todos los retratos que hiciera Van Dyck lo eran.

Su padre con frecuencia le comentó cuánto desearía poseer uno.

«Ese hombre no debe robar ese retrato y llevárselo de Coombe Court», se dijo Odela.

Lo veía intentar descolgar, el cuadro del muro.

Era obvio que estaba más asegurado delo que él esperaba. Lo movía para intentar zafarlo del gancho.

Impaciente, se quitó la bufanda de la cara, la chaqueta y el sombrero y los dejó caer al suelo.

De repente, al volverse a mirar el retrato, la luz le iluminó el rostro.

Con gran dificultad, Odela contuvo la exclamación que acudió a sus

labios.

¡Reconoció al hombre!

Lo conocía de vista y sabía muchas cosas acerca de él. Era un hombre de menos de treinta años, llamado Fred Cotter.

Su madre, que era viuda, vivía en una casita muy cerca de Shalford Hall.

Fred Cotter, recordó Odela, siempre representó un problema.

Escuchó a su finada madre hablar de él y de la pena que sentía por sus padres.

El padre de él había sido un abogado que constantemente estaba pagando más dinero del que podía permitirse en multas para salvar a su hijo.

Fred Cotter había sido buscado por la policía en varias ocasiones en relación a algún robo.

Sin embargo, nunca lograron encontrar los artículos en su poder.

Su rostro era reconocido en los lugares del delito.

No obstante, los magistrados se veían precisados a retirar los cargos por falta de evidencia.

—¡Es un mala cabeza! —Podía recordar Odela que había comentado su padre en varias ocasiones.

La respuesta de su madre siempre era la misma:

—¡Es por la pobre señora Cotter que yo lo lamento! Es su único hijo y le está destrozando el corazón, pero por mal que se comporte, ella lo sigue queriendo.

Atisbando por detrás de la cortina, Odela se preguntó si debía enfrentarse a Fred Cotter.

Estaba a punto de hacerlo cuando recordó un incidente que había sucedido como cinco años atrás.

Fred agredió a un hombre que lo había descubierto en su casa y lo hirió tan gravemente que tuvieron que conducirlo al hospital.

Más tarde le fue imposible formular una acusación coherente en contra de Fred.

Una vez más, logró salirse con la suya.

Así que Odela no podía hacer más que observarlo bajar el retrato de su lugar.

El lo dejó apoyado en una silla.

Entonces se puso de nuevo su chaqueta y su sombrero y se enrolló la bufanda sobre el cuello y el rostro.

Con una mano tomó la lámpara y con la otra el retrato. El marco era pesado, así que lo quitó y lo abandonó al fondo de la habitación, para después desaparecer tras un librero. Odela no se movió.

Podía ver todavía el resplandor de la lámpara.

Escuchó un ruido leve cuando Fred Cotter salía a través de la ventana.

Tuvo la idea de que alguien afuera lo ayudaba, mas no estaba segura.

Sólo percibió que la pálida luz de la lámpara desaparecía y escuchó cerrarse la ventana.

Se hizo el silencio.

No se movió hasta sentirse segura de que Fred Cotter se había alejado.

De inmediato, salió de su escondite y abrió un poco la cortina, para que entrara la luz de la luna y pudiera ver su camino.

Observó el lugar vacío donde antes colgara el retrato. Comprendió que, de todas las pinturas de Coombe Court, ésa era la que no debían haber robado.

Era el centro de interés de toda la mansión.

¿Cómo podía perderse en manos de un raterillo tan despreciable como Fred?

Intentó recordar lo que había robado en el pasado y pensó que todas eran antigüedades, lo cual significaba que debía tener un socio, quien se las pagaría sin hacer preguntas de dónde las había obtenido.

Debía ser un corredor de obras de arte y comprendió horrorizada que el retrato del primer conde podría ser enviado al extranjero y jamás lograrían recuperarlo.

«¡Debo impedirlo!», decidió.

Pensó que la única persona a la que podría acudir sería al dueño de la mansión.

Se mantuvo inmóvil mientras intentaba pensar con claridad.

La luz de la luna que entraba por el alto ventanal hacía que la biblioteca, bañada con su resplandor plateado, se viera tan hermosa como el jardín.

Sin embargo, ahí estaba ese lugar vacío sobre la chimenea. A menos que hiciera algo, pensó Odela, la biblioteca nunca volvería a ser la misma.

Fred, con sus dedos codiciosos, había robado el «corazón» de Coombe Court.

«¿Qué voy a hacer, Dios mío, oh, qué haré?», se preguntó, frenética.

Acudir directamente al marqués para contárselo sería traicionarse a sí misma.

Si capturaban a Fred tendría que prestar declaración, primero ante la policía y después ante los magistrados.

¿Cómo podría probar que era sobrina de Nanny?

Y no podría mentir si la hacían jurar sobre la Biblia.

«¡Ayúdame, mamá... ayúdame!», imploró con desesperación.

Entonces, como si su madre le contestara, comprendió lo que debía hacer.

Al fondo de la biblioteca, cerca de la ventana por la que entrara Fred Cotter, estaba un escritorio.

Era donde el bibliotecario trabajaba.

Descorrió un poco la cortina de la ventana y la luz que penetró por ella fue tan brillante como la de una vela. Se sentó en el escritorio.

Como supuso, había hojas de papel grabadas con el emblema del marquesado en una carpeta.

Tomó una de ellas y una pluma blanca.

El tintero, que no había llamado la atención de Fred Cotter, era de oro.

Pensando cuidadosamente cada palabra, escribió:

«El retrato del primer Conde Transcoombe, pintado por Sir Anthony Van Dyck, fue robado por Fred Cotter, de la casa Gable, en Wichingham».

Espero a que la tinta secase.

Vio los pedazos de cristal roto esparcidos por el suelo. En cuanto las doncellas entraran a hacer la limpieza, descubrirían lo sucedido.

Temió que no vieran la carta que había escrito, ya que el bibliotecario estaba ausente.

Sin embargo, sabía dónde sí la encontrarían.

Tomó la carta, su vela y caminó hacia la puerta.

La abrió con cuidado, por si alguien andaba por ahí. Encontró los corredores solitarios con sólo algunas velas encendidas.

Encendió la suya en una de ellas y se dirigió hacia el estudio.

Estaba segura de que, como el de su padre, el secretario del marqués

pondría la correspondencia diaria de éste en su escritorio.

Nanny le comentó que no había secretario en Coombe Court.

—El señor Reynolds está en Londres con su señoría —afirmó—, ¡lo cual es una suerte!

—¿Por qué? —preguntó Odela.

—Porque habría tenido que solicitar permiso para que se quedara usted conmigo —respondió Nanny—. En cambio ahora no tengo que preguntar a nadie y cuando el señor Reynolds regrese, será demasiado tarde para que diga algo.

Odela supuso que el señor Reynolds habría regresado con el marqués.

«El marqués verá la carta temprano», pensó, «y con suerte apresarán a Fred Cotter antes que lleve la pintura a Londres o a donde se la compren».

Había conocido el estudio mientras revisaba la casa. Depositó la carta sobre la carpeta de piel.

Nadie que acudiera al escritorio podría dejar de verla. En ese instante, se acordó de sus libros.

Los sirvientes pensarían que era extraño que el ladrón, antes de llevarse la pintura, hubiera sacado esos libros de sus estantes.

Se apresuró a regresar.

Antes de recoger los cuatro volúmenes que había elegido, colocó las cortinas en su lugar.

Posteriormente subió a su dormitorio.

Sólo hasta que ya había cerrado la puerta se dio cuenta de que su corazón latía agitado.

¿Cómo pudo haber sucedido tal cosa?

¿Cómo pudo ser que se encontrara en la biblioteca y así pudiera ayudar a su señoría a recobrar el valioso retrato? «No hay razón para que nadie sospeche que yo escribí la carta», se dijo y se metió en la cama.

Entonces miró el reloj.

Las manecillas marcaban las cuatro y le pareció increíble que tanto hubiera sucedido en sólo una hora.

Mientras apagaba la vela, pensó:

«¡Nunca sabrán que fui yo!».

* * *

El Marqués de Transcoombe despertó.

Por un momento no supo dónde se encontraba.

Y, al darse cuenta de que Elaine Beaton dormía plácidamente a su lado, comprendió que ambos se habían quedado dormidos.

No era sorprendente después de que su noche de pasión había sido salvaje, exótica y, naturalmente, extenuante. Pronto amanecería y debía regresar a su propio dormitorio. Con la suavidad y ligereza de un hombre que tiene absoluto dominio sobre su atlético cuerpo, se deslizó fuera de la cama.

Se puso una larga bata que había sobre una silla y en silencio cruzó la habitación.

Al llegar a la puerta miró hacia atrás, pero Elaine no se había movido.

Salió al pasillo y en seguida percibió la diferencia en el aire.

El perfume francés de Elaine le resultó demasiado penetrante y sintió que ahora podía respirar mejor.

Se dirigió hacia su dormitorio, pero sintió un súbito deseo de aspirar aire fresco.

Titubeó.

Entonces, con una ligera mueca en los labios, se encaminó hacia la puerta de roble con remate oval.

La abrió.

En el interior aparecía una angosta escalinata que conducía al techo.

No la había subido desde muchos años atrás, pero era algo que disfrutaba mucho hacer cuando era un muchacho.

Pisarla de nuevo era como retroceder en el tiempo transcurrido.

Era muy angosta y empinada y se había agregado a la casa poco después que se construyera.

El marqués empujó la puerta situada en lo alto al final de la escalera; se abrió y cayó sobre el suelo.

Entonces, al saltar encima de ella, comprendió que llegaba en el momento

justo.

Las estrellas empezaban a apagarse y surgían los primeros rayos del amanecer.

No hacía frío, ni soplaba viento.

Mientras permanecía de pie en el techo contemplando la salida del sol, se sintió invadido por la misma alegría que experimentaba de muy joven.

Cada nuevo día significaba un paso más en la aventura de la vida.

Entró después a la edad adulta, donde tenía tantas cosas que hacer, tanto que lograr.

Todo le pareció lleno de promesas.

No obstante, tenía que reconocer que, en ciertos aspectos, se sentía desilusionado.

No había razón de ello.

Sin embargo, sentía como si el mundo que contemplara desde lo alto de su casa no resultara tan excitante como imaginó que era.

Y no había vivido de acuerdo con sus propios ideales.

«Tal vez no lo he intentado lo suficiente», pensó, «o es porque me he entretenido a los lados del camino recogiendo flores que inevitablemente mueren cuando las poseo».

Pensó con cinismo que así era como se sentía con respecto a Elaine Beaton.

Era una flor que había deseado y que le pareció la perfección misma hasta que la hizo suya.

Después, como cualquier otra flor, sus pétalos se marchitaron y él estaba dispuesto a arrojarla lejos de sí.

«¿Cómo puedo ser tan absurdo?», se preguntó.

Los primeros rayos del sol surgieron del distante horizonte.

Su colorido era de tan increíble belleza mientras se abrían paso a través de los últimos vestigios de la noche, que contuvo el aliento.

En ese momento percibió un movimiento abajo de él.

Sus ojos se dirigieron hacia el campo un poco a su derecha.

Durante unos momentos había sido el único ser humano en un mundo mágico; ahora surgía otro más.

Un caballo parecía venir de la caballeriza y pudo ver que lo montaba una

mujer.

No podía verla claramente, pero observó, mientras ella se alejaba a galope, que montaba extremadamente bien.

Como desde lo alto de su casa alcanzaba a dominar una gran distancia, la vio moverse de un campo a otro.

Saltó dos obstáculos con una habilidad extraordinaria.

Y, finalmente, a todo galope, desapareció entre los árboles del bosque.

«¿Quién podrá ser?», se preguntó intrigado.

El sol le cegaba los ojos, así que no podía ver más. Se volvió y bajó por la escalera.

Capítulo 5



Odela intentó dormir, pero le fue imposible.

Su corazón continuaba golpeando su pecho y seguía preocupada ante la sospecha de que Fred Cotter se deshiciera del cuadro antes que alguien pudiera detenerlo.

¿Y si su señoría, después de leer la carta, preguntaba a todos en la casa quién la había escrito?

Sin duda iba a descubrir que tenía una huésped de cuya presencia no estaba enterado, y pediría verla.

«Debo alejarme», pensó, «al menos durante un día».

Saltó de la cama, se vistió y se dirigió a la habitación de Nanny.

La encontró dormida profundamente, al lado de la cama de Betty.

Odela la tocó en el hombro.

Nanny despertó en seguida, como cuando cualquiera de los niños que tenía a su cargo la llamaba.

—Soy yo, Nanny —susurró Odela.

—¿Qué pasa? —preguntó Nanny.

En voz baja, le explicó Odela lo que había sucedido.

—Recuerdo a Fred Cotter —comentó Nanny—. ¡Es un mal tipo!

—Sí, lo sé, Nanny, y no podía permitir que se llevara el bello retrato del primer conde.

Infería que Nanny nunca lo había visto, pero supo comprenderla.

—Me voy a llevar a *Dragonfly* y estaré afuera todo el día —continuó

Odela—. Para cuando regrese, su señoría habrá recuperado su pintura y no estará haciendo más preguntas. Nanny pareció aceptar que era lo único que debía hacer.

Odela la besó y de puntillas salió del dormitorio para no despertar a Betty.

Corrió escaleras abajo y al salir por la puerta de atrás se dio cuenta de que estaba a punto de amanecer.

Las estrellas palidecían en lo alto.

Se dirigió al pesebre de *Dragonfly*, que se localizaba al fondo de la caballeriza.

Todo estaba en silencio y supuso que el mozo a cargo de la caballeriza estaría dormido.

No le costó trabajo ensillar a *Dragonfly*, ya que lo había hecho muchas veces antes.

Lo condujo hacia el patio y lo detuvo frente al banquillo para montar.

El se quedó inmóvil hasta que ella subió y quedó cómodamente sentada sobre su lomo.

En cuanto Odela tomó las riendas, él se movió, impaciente por avanzar y encantado de estar libre.

Lo condujo hacia la parte posterior de la caballeriza, en dirección del campo.

Entonces soltó la rienda y se dispuso a gozar del bello amanecer.

* * *

El marqués despertó a las ocho, cuando su ayuda de cámara entró a descorrer las cortinas. Estiró los brazos, todavía cansado después de tan pocas horas de sueño.

Ante su sorpresa, el ayuda de cámara se acercó a la cama.

—Disculpe, milord —dijo—, pero el señor Newton desea verlo con urgencia.

Newton era el mayordomo.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó el marqués.

—El mismo se lo dirá a su señoría —contestó el ayuda de cámara y acudió a abrir la puerta.

El marqués se sentó en la cama y se retiró el cabello que caía sobre su frente.

En cuanto el mayordomo entró, preguntó con brusquedad:

—¿De qué se trata, Newton?

—Lamento molestar a su señoría, pero alguien entró en la casa y robó el cuadro que estaba sobre la chimenea de la biblioteca.

Si su intención era asombrar al marqués, lo logró.

—¡No puedo creerlo! ¿En dónde estaba el vigilante nocturno?

—Me temo, milord, que no tenemos por el momento. Clements se enfermó y esperábamos que regresara cualquier día, pero aún no se recupera.

—¿Por qué no me lo informaron? —preguntó indignado el marqués.

—El ladrón rompió una ventana, señor —prosiguió Newton—, hay cristales rotos esparcidos por el suelo.

—Iré yo mismo a ver —dijo indignado el dueño de la casa.

Saltó de la cama y Newton se apresuró a abandonar la habitación.

Comenzó a vestirse con rapidez, pensando, enfurecido, que eso sucedía debido a una total ineficiencia.

Siempre lo mismo, pensó, si se ausentaba por algún tiempo.

La servidumbre descuidaba sus deberes y, de todas maneras, Clements ya estaba muy anciano para ser vigilante nocturno.

Se dijo que desde tiempo atrás debió pensar en reemplazarlo.

Mientras tanto, si perdía el retrato que Van Dyck hiciera al primer conde, ése si era irremplazable.

Era una pintura de la cual su padre siempre se mostró muy orgulloso.

La había hecho limpiar y restaurar poco antes de su muerte.

El marqués recordaba que desde muy pequeño le habían dicho que Van Dyck era un genio y que jamás había existido un retratista que lo igualara.

«¿Cómo voy a perder algo tan valioso?», se preguntó indignado.

Se afeitaba cuando llamaron a la puerta.

Cuando su ayuda de cámara abrió, pudo escuchar que alguien le hablaba con tono de urgencia.

Un momento después, el señor Reynolds, su secretario, irrumpió en el dormitorio.

—Ya me disponía a bajar para averiguar por mí mismo lo que sucedió —dijo el marqués con tono irritado.

—A lo que vine, fue a mostrarle esto a su señoría. El señor Reynolds le entregó la nota que Odela dejara en el escritorio de su estudio.

El marqués dejó la navaja de afeitar para tomarla.

La leyó una vez, no dijo nada y volvió a leerla para asegurarse de que no estaba equivocado.

—¿En dónde la encontró? —preguntó.

—Sobre el escritorio que está en el estudio de su señoría.

—¿Quién la escribió?

—No tengo idea, milord.

Éste observó que la fina letra manuscrita pertenecía a una persona de buena educación.

—Debió ser alguien de la casa —exclamó.

—No es la escritura propia de nadie de la servidumbre —respondió el señor Reynolds.

El marqués puso la nota en su tocador.

—Si la información es correcta —observó—, será mejor que nos apresuremos. Ordene que traigan a Sarraceno a la puerta principal lo más rápido que sea posible y que dos mozos de cuadra, Ben y Dick, me acompañen a caballo.

Sin hablar, el señor Reynolds se dirigió hacia la puerta y el marqués añadió a la orden:

—Necesitaré una pistola y que ellos también vayan armados.

—Me encargaré de eso, milord.

El marqués terminó de vestirse, tomó entonces la nota de Odela de su tocador y se apresuró a bajar.

—El desayuno está listo, su señoría —anunció Newton. No obstante, el marqués siguió adelante hasta cruzar la puerta principal.

Ya las bestias venían de la caballeriza y vio que los dos mozos de cuadra eran jóvenes fuertes, que probarían su destreza si se veían involucrados en una riña.

Su señoría saltó a la silla y cabalgó a paso rápido. Sarraceno estaba fresco e inquieto.

El marqués sabía que el camino más rápido a Wichingham era a campo traviesa.

Pero cuando tuvo que tomar el sendero para cruzar la aldea, se vio obligado a esperar unos minutos a que los dos mozos lo alcanzaran.

Les preguntó:

—¿Están cargadas sus pistolas?

—Sí, milord.

—No deben usarlas, excepto como último recurso. Con Suerte atraparemos al ladrón por sorpresa y no habrá necesidad de que alguien salga lastimado.

Los dos jóvenes comprendieron.

Cuando el marqués llegó a la primera casita de la aldea, preguntó a Ben.

—¿Sabes cuál es la casa Gable?

Estaba seguro de que antes que él bajara, ya todos en la casa conocerían el contenido de la nota.

Ben asintió con la cabeza.

—Sí, milord, es la primera atrás de la iglesia.

El marqués continuó cabalgando.

La gente al pasar lo identificaba.

Las mujeres le hacían un reverencia y los hombres se tocaban la gorra con la mano.

La casita Gable era más grande que las demás.

El jardín lucía un brillante colorido de flores primaverales y el sendero de grava que conducía a la puerta del frente estaba limpio y húmedo.

Detrás de la construcción había otro jardín y adelante el campo abierto.

El marqués se volvió hacia Dick y le ordenó en voz baja:

—Dirígete hacia atrás de la casa y no dejes que nadie escape.

A Ben le indicó:

—Vigila el frente.

El desmontó y ató la rienda de Sarraceno en un poste a un lado de la verja.

Cruzó el sendero e hizo girar la manija de la puerta. Pensó que estaría

abierta a esa hora del día y no se equivocó.

Se encontró en un pequeño vestíbulo con una escalera angosta a un lado que conducía a los dormitorios.

Había dos puertas entre las que podía elegir.

Se dirigió a la más distante, pensando que daría al jardín de atrás.

Quien la ocupara, aún no habría descubierto su llegada. Abrió la puerta.

Su instinto no le había fallado.

Sentado ante una mesa al centro de la habitación se encontraba un hombre observando el retrato de Van Dyck que tenía frente a él.

Se incorporó de un salto cuando el marqués apareció y fueron evidentes su sobresalto y su miedo.

El marqués se percató de su aspecto, que denotaba que no era digno de ninguna confianza.

El joven noble caminó hacia la mesa y se apoderó del retrato.

—¿Cómo se atrevió a penetrar en mi casa para robarme? —espetó—. Lo conduciré a la demarcación de policía y será presentado ante las autoridades. Supongo que conoce cuál es el castigo de su delito.

Fred Cotter nada dijo, pero el marqués notó que sus dientes castañeteaban.

—Es la horca o la deportación —continuó—. ¿Es su primer delito?

Entonces, Fred Cotter cayó de rodillas:

—Perdóneme, milord, perdóneme —imploró con lágrimas en los ojos—. Mi madre está enferma y no tenía dinero para pagar el doctor ni para las medicinas. ¡Intentaba salvarle la vida!

—Debió pensar que al robar un cuadro de mi casa, la policía lo investigaría y habría sido difícil que pudiera burlarla.

—¡Lo sé, lo sé! —sollozó Fred Cotter—. ¡Pero sólo podía pensar en cómo salvar a mi madre!

—Supongo que debió darse cuenta de que le resultaría complicado vender una pintura valiosa y tan fácil de identificar —expresó con desprecio el marqués.

—No lo sabía y es la primera vez que hago una cosa así, sólo pensaba en que debía salvar a mi madre.

Minutos después, el marqués salía de la casa con el retrato. Un sollozante

Fred Cotter le besó las botas cuando el marqués le dijo que no lo acusaría.

—Si vuelve a hacer algo semejante —le previno el marqués—, no vacilaré en hacer que reciba su merecido. Dirigió al ladrón una severa mirada antes de agregar:

—Puede decir al doctor que me envíe la cuenta de los honorarios, así como las notas de las medicinas que necesite su madre, y no le diga a ella lo cerca que estuvo de perder a su hijo, por su bien.

—¡Lo prometo, lo prometo! —aseguró Fred Cotter.

El marqués entregó el cuadro a Ben y le ordenó que junto con Dick regresara a Coombe Court.

El galopó a campo traviesa.

Se mostró misericordioso con Fred sólo por lo que le dijera acerca de su madre.

También consideró que era un error que en el poblado se supiera cuán sencillo había sido entrar en la casa grande sin que nadie se diera cuenta.

Había muchos tesoros en diferentes habitaciones.

Cajitas de rapé, muchas de ellas decoradas con diamantes y con otras piedras preciosas.

También estaba la invaluable colección de piezas de porcelana de Sévres y de Dresde.

Además, la colección única de pistolas antiguas de su padre y en todos los muros, pinturas que deleitaban a los conocedores.

«Pondré dos vigilantes nocturnos ahora mismo», resolvió el marqués, «y esta situación no volverá a repetirse».

Al llegar a la casa, el señor Newton y el señor Reynolds lo esperaban en el vestíbulo.

—Recuperé mi pintura —anunció el marqués—; sin embargo, los culpo a ambos por su negligencia al no ocuparse de que la casa estuviera debidamente vigilada durante la noche.

Con voz enérgica prosiguió:

—De ahora en adelante habrá dos vigilantes nocturnos recorriendo el edificio. Deben reforzarse los postigos de puertas y ventanas de la planta baja, para que sea imposible que alguien entre rompiendo un cristal.

Se dirigió hacia el desayunador y ninguno de los dos empleados a quienes

reprendiera, dio respuesta alguna.

Desayunó de forma abundante con Lord Avondale, a quien no comentó nada de lo ocurrido.

En seguida empezó de nuevo a preguntarse quién le habría dado la información que le permitiera recuperar el retrato.

Se dirigió a su estudio y cuando el señor Reynolds se reunió con él, le preguntó:

—¿Ya averiguó quién escribió la nota, Reynolds? Lo menos que puedo hacer es expresarle mi agradecimiento.

—No tengo idea de quién pudo ser, milord.

De pronto, el secretario pareció indeciso y el marqués preguntó:

—¿Qué sucede?

—Bueno, no me parece probable que sea la persona que buscamos, pero la sobrina de la niñera está aquí con ella.

—¿Su sobrina? —repitió el marqués para sí—. Pero, si usted está seguro de que no fue ninguno de los otros sirvientes de la casa, será mejor que vea yo a esa joven, ¿cómo se llama?

—Odela West, su señoría.

—Envíe por ella —ordenó el marqués—. Si fue mi informante, estoy en deuda con ella.

El señor Reynolds tardó un poco en regresar y, al ver al marqués con una expresión expectante, dijo:

—Me temo, milord, que la señorita West ha salido a cabalgar y nadie parece saber cuándo regresará.

—¿Salió a cabalgar? ¿En uno de mis caballos?

—En el caballo de ella, milord.

El marqués pareció sorprendido.

—¿Acaso no es raro que una joven que podría ser una simple doncella posea un caballo?

—Tengo entendido, milord, que el hermano de la niñera posee un negocio de alquiler de caballos y carruajes en Oxford —explicó el secretario.

El marqués sonrió.

—Ah, entonces eso explica lo del caballo. Avise que me gustaría verla cuando regrese.

Más tarde, durante el día, Elaine Beaton hizo saber que subiría a descansar y lo invitó para acompañarla, mas él no tenía intenciones de hacerlo.

El marqués preguntó de nuevo por Odela West, pero le informaron que aún no regresaba.

Fue entonces cuando discurrió que debía ser la joven que viera partir al amanecer.

Se había dirigido hacia el bosque.

Le pareció extraño que partiera tan temprano y más extraño aún que no hubiera regresado.

No sólo sintió curiosidad, sino un repentino presentimiento de que era algo importante.

Ignoraba por qué razón.

Sólo presentía, que era algo que debía investigar. Miró el reloj.

Faltaban dos horas para que tuviera que vestirse para la cena.

Envió un mensaje a la caballeriza para que le prepararan a Júpiter, que era otro de sus sementales favoritos.

Diez minutos después cabalgaba por donde viera partir a Odela esa mañana.

Júpiter saltó las vallas con facilidad.

El marqués se dio cuenta de que eran demasiado altas para una mujer.

Entonces llegó al bosque.

Era el más bello de toda su propiedad.

Espléndido, sobre una colina, tenía al fondo una gran barranca que descendía hacia el valle.

Desde lo alto podía admirarse una hermosa panorámica que quitaba el aliento.

A cualquiera que llegaba a hospedarse a Coombe Court y que le gustara montar, se le invitaba para contemplar ese panorama.

Para ese propósito, el padre del marqués hizo construir ahí una banca de madera.

Así, los observadores podían sentarse con comodidad mientras admiraban el panorama que se extendía a más de cuarenta kilómetros.

El marqués, sin ninguna razón y sólo guiado por la agudeza de su instinto,

tenía la certeza de que allí sería donde encontraría a Odela West.
No estaba equivocado.

* * *

Después de salir a tan temprana hora de Coombe Court y aunque no lo esperaba, Odela logró pasar un día fascinante.

Primero había cabalgado en *Dragonfly* a toda velocidad, hasta que ambos quedaron satisfechos y entonces mantuvo un ligero trote.

Mientras se movían por el bosque, se sintió encantada, como siempre que lo hacía.

El sol se filtraba a través de las hojas de los árboles, las aves cantaban en las ramas y los conejos correteaban frente a ella. Al principio no descubrió el mirador.

En cambio cruzó el bosque.

Por la vereda serpenteante que descendía a un lado de la colina, llegó a una pequeña aldea.

No recordaba haberla visitado antes.

Consistía solamente en una vieja posada junto a un prado con el tradicional estanque donde un cisne nadaba junto con sus crías.

Alrededor del prado se levantaba una media docena de casitas.

Como no había desayunado, para entonces sentía ya mucho apetito.

Le pareció poco probable que alguien la reconociera y como se veía poca gente, se dirigió a la posada.

Una vez adentro, preguntó al dueño si podría servirle algo de desayunar.

—Un mozo de cuadra me acompaña —explicó—, pero mi perro se perdió en el bosque y lo está buscando.

—Entiendo, señorita, es muy fácil extraviarse en este bosque. Si lo sabremos nosotros, ya que los niños de la aldea juegan allí.

Como era un día cálido, Odela desayunó al aire libre en una tosca mesa hecha con un tronco.

Supuso que allí sería donde por las tardes se reunirían los hombres a

beber cerveza y charlar.

Debido a que estaba hambrienta, los huevos y el tocino le supieron deliciosos.

Como supuso que el café no sería de muy buena calidad, prefirió un té fuerte, que endulzó con miel.

La esposa del posadero le llevó una hogaza de pan recién horneado.

Odela lo comió con miel y mantequilla muy fresca.

—¡Es un lindo lugar! —exclamó cuando terminó.

—Eso nos gusta pensar a nosotros —contestó el posadero—; aunque no tenemos muchos visitantes.

Odela dio las gracias, pagó lo poco que le cobraron y se alejó.

Dijo que se reuniría con su sirviente para ayudarlo a encontrar al perro.

Se adentró en una parte de la campiña desconocida para ella.

De pronto, temió encontrarse con alguien que hubiera estado en Shalford Hall y pudiera identificarla.

Así que cabalgó de regreso al bosque.

Fue entonces cuando encontró la banca de madera.

Era obvia la razón por la cual la habían colocado allí y se sentó, fascinada por lo que parecía todo un mundo maravilloso desplegado a sus pies.

Dejó suelto a *Dragonfly*, sabía que no se alejaría demasiado y que le bastaría silbarle para que volviera a su lado.

Lo montó desde que era un potrillo y siempre fue muy dócil.

El día transcurrió con lentitud y, sin embargo, aunque no tenía ni un libro para entretenerse, estaba feliz.

Amaba el canto de las aves en el bosque.

Como lo hacía siempre que estaba a solas, se contó a sí misma cuentos de hadas.

Sentía que los estaba viendo y eran tan reales como su misma vida.

Cuando cayó la tarde empezó a sentirse muy cansada. No había dormido la noche anterior.

Además, la agitación del robo la había agotado. Se quitó el sombrero y la chaqueta.

La dobló para formar una almohada donde apoyar la cabeza.

Y se recostó con la intención de descansar.

Ni cuenta se dio cuando se quedó dormida.

* * *

El marqués encontró primero a *Dragonfly*, que buscaba matas de hierba fresca en la orilla del bosque.

Apreció la soberbia raza del caballo, que a él le habría gustado poseer.

Y entonces, al mirar hacia el banco de madera, comprendió que su búsqueda había tenido un buen final. Pero no había esperado encontrar a Odela West profundamente dormida.

El sol, que empezaba a ocultarse en el horizonte, tornaba dorado el cabello de la joven.

Sus pestañas se destacaban oscuras sobre sus mejillas.

El marqués desmontó y dejó a *Júpiter* suelto, como lo estaba *Dragonfly*.

Caminó hacia el asiento de madera para observar a su dormida ocupante.

Quedó estupefacto y, a la vez, intrigado, por lo que vio. ¿Cómo podía alguien de belleza tan singular ser la sobrina de la niñera, y una estupenda amazona?

Todo en la joven dormida proclamaba que era de tan buena cuna como su caballo.

Su frente ovalada, su pequeña nariz recta y su largo cuello. Sus manos, una de las cuales estaba cruzada sobre su pecho, podían haber sido pintadas por el propio Van Dyck. Mientras la observaba, el marqués pensó que era, en verdad, una «Bella Durmiente».

Sintió un impulso casi incontrolable de «despertarla con un beso».

En seguida se dijo que sería algo bochornoso, ya que la joven estaba emparentada con una de las sirvientas de su casa.

Así que tosió y el sonido, tal como esperaba, despertó a Odela.

Lentamente, la muchacha abrió los ojos.

Al verlo, surgió una expresión de incredulidad en sus ojos que él no comprendió.

Se había quitado el sombrero al acercarse al banco de madera.

No tenía idea de que, para Odela, era el primer conde que había resucitado.

Como se parecía a varios de sus antepasados, el marqués nunca se percató de su asombroso parecido con aquél. También su abuelo y su padre se habían parecido a él. De hecho, en todos se apreciaban rasgos de familia.

Sin embargo, para Odela, él personificaba con exactitud el retrato que contemplara día tras día.

El retrato que, horrorizada, viera cómo robaba Fred Cotter. Durante un momento ambos se miraron.

De pronto, Odela dijo, con voz que no parecía la suya:

—¡Está... vivo! ¡Yo... pensé que... se lo... habían... robado!

Sólo hasta que habló se dio cuenta de que estaba despierta y no soñaba.

Con un esfuerzo se incorporó y quedó sentada en el banco. El marqués ocupó el espacio que ahora quedaba disponible.

—Supuse que la encontraría aquí —comentó.

Ella lanzó una exclamación.

—¿Cómo... pudo... suponerlo? —preguntó.

Después, reaccionó y agregó:

—¿Recuperó... la pintura? ¿No la... había vendido ya... Fred Cotter?

—Gracias a usted —contestó el marqués con voz profunda—. Encontré la pintura en casa de Cotter y ahora ocupa de nuevo su lugar en la biblioteca.

Odela lanzó un profundo suspiro de alivio.

—Me alegro tanto.

—¿Cómo pudo saber que la habían robado? —preguntó el marqués.

Durante un momento, Odela titubeó.

Entonces sonrió y el Marqués de Transcoombe pensó que era el gesto más atractivo que había visto jamás.

—Yo decidí bajar —expresó ella—, a mitad... de la noche... para... tomar prestados... unos de sus libros.

Lord Transcoombe se rió.

—¿Y entonces sorprendió a Cotter?

—¡No, él me sorprendió a mí! Me oculté tras una cortina, pero cuando me di cuenta de lo que hacía, me sentí... horrorizada.

—Agradezco mucho que haya estado usted ahí —dijo el marqués—, pero

a la vez, ¿por qué le interesó tanto?

—¡Por supuesto que tenía que interesarme! Habría sido una tragedia que se perdiera una pintura que es única y tan importante para la mansión.

Se detuvo un instante y agregó:

—Suponga que se la hubieran llevado al extranjero. ¡Su señoría no la habría encontrado jamás!

—Le estoy muy agradecido, más de lo que me es posible expresar y, por supuesto, fui muy afortunado de que usted estuviera hospedada en mi casa —dijo el marqués.

Notó que sus palabras provocaron que Odela se ruborizara y ésta desvió la mirada.

Se hizo el silencio hasta que él lo rompió cuando dijo:

—Bien, sé por qué está en mi casa y por qué salió hoy tan de mañana. Fue por si yo enviaba a buscarla.

—¿Cómo... lo... sabe? —preguntó Odela.

—Me encontraba en el techo de la casa al amanecer —explicó el marqués—, y la vi salir de la caballeriza y saltar esas vallas con una habilidad que no pude dejar de admirar.

—A *Dragonfly* le encanta saltar —repuso con sencillez Odela.

—¡Es un soberbio animal! —comentó el marqués mirando hacia donde *Dragonfly* y Júpiter estaban juntos.

—Lo tengo desde que era un potrillo —comentó Odela—. ¡Lo amo más que a nada en el mundo!

El tono de su voz le resultó muy conmovedor al marqués. Después de un breve silencio, él dijo:

—Creo que, aunque hoy se ocultaba de mí, también se está escondiendo de otra persona.

Odela se sobresaltó.

Había estado charlando con él como lo habría hecho con cualquier viejo amigo de su casa.

Súbitamente recordó que se había fugado y que era imperioso que el Marqués de Transcombe no sospechara de ella.

—Ignoro... a qué... se refiere —balbuceó.

—Supongo que sí lo sabe —la contradijo el marqués—. Mas no deseo

perturbarla y le prometo que, si me es posible, la ayudaré.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos:

—¿Por... qué... lo dice?

—Como le dije, suelo dejarme guiar por mi instinto y quizá es algo que también usted hace.

—Sí, así es —respondió Odela, sorprendida de que él se hubiera dado cuenta de ello.

—Entonces, su instinto debería indicarle que puede confiar en mí —dijo el marqués—, y voy a arriesgarme a que se indigne conmigo al decirle que ni por un instante acepto la versión de que es usted la sobrina de la niñera de mi hermana. Hizo una pausa antes de continuar:

—Ni tampoco la de que el padre de usted tiene un negocio de alquiler de carruajes y que *Dragonfly* es uno de sus caballos.

Odela levantó una mano como en ademán de protegerse, antes de decir:

—¡Me... está... asustando! ¿Cómo es... posible... que sepa... todo eso?

El marqués sonrió.

—¡No soy ningún niño! Cuando la vi dormida hace un momento pensé que era la «Bella Durmiente», la princesa a la que sólo podía despertar con un beso.

Odela se ruborizó una vez más.

Y, también sonrió.

—Me contaba a mí misma un cuento de hadas cuando me quedé dormida —explicó—. Entonces desperté... y vi a su señoría... y...

—Pensó que yo era el primer conde —terminó la frase el marqués.

—Debí... estar... soñando... en él.

—Me sentiría muy halagado si hubiera estado soñando conmigo —señaló él.

Se hizo el silencio.

Para cambiar el tema, Odela preguntó:

—¿Qué hizo milord con Fred Cotter?

—Nada.

—¿Nada?

—Me dijo que su madre estaba enferma y que había robado la pintura para comprarle las medicinas que necesitaba. Sollozó de forma muy

convinciente, así que después de darle un buen sermón, le quitó la pintura y lo dejó libre.

Odela suspiró.

—Fue muy bondadoso de parte de su señoría; sin embargo, él lo engañó. Ese hombre es un ladrón habitual. Una pesadilla para su familia. Gastó todo el dinero que su padre ganó y, sospecho, cuanto poseía su madre.

El marqués la miraba asombrado mientras ella proseguía diciendo:

—Ha robado docenas de veces, pero como nunca se han encontrado los objetos en su poder, siempre han tenido que dejarlo libre por falta de evidencia.

—No tenía idea de ello —declaró el marqués—, pero, en cualquier caso, pensé que sería un error que se supiera lo fácil que le había resultado entrar en mi casa.

—¿Cree su señoría que otra gente intentaría hacer lo mismo? ¡Oh, debe tener cuidado! ¡Debe proteger sus maravillosos tesoros!

—Es lo que intento hacer y por eso, dos vigilantes nocturnos estarán siempre de servicio, así que pienso que habrá suficiente seguridad en el futuro.

Vio el alivio en los ojos de Odela y con expresión traviesa agregó:

—Por supuesto, usted tendrá que ser cuidadosa al tomar libros de mi biblioteca, ¡o podrían arrestarla!

—Oh, por favor, por favor —le rogó Odela—, permítame que los siga leyendo. He sido tan feliz estos últimos días pudiendo cabalgar en *Dragonfly*, admirando sus tesoros y leyendo sus libros.

—Y esperando que nadie descubra dónde está —agregó el marqués.

—¿Por... qué... lo... dice?

—¡Porque es verdad! ¿O no es así?

Odela se rindió.

—Es verdad —admitió—, pero... por favor... por favor... milord, no me haga más preguntas y no cuente a nadie, especialmente a sus invitados, que estoy en Coombe Court.

—¿Teme usted que ellos pudieran comentarlo en Londres y eso provocara que quienes la buscan pudieran adivinar dónde está? —preguntó el marqués.

—¡Deténgase, por favor! Es demasiado... inquisitivo... y muy inteligente —exclamó Odela.

—¡Sólo intento ayudarla!

—Puedo decirle cómo puede hacerlo. Olvídeme, regrese a su casa ahora y no vuelva a pensar más en mí.

El marqués se reclinó en el asiento de madera poniéndose más cómodo.

—¡Sabe que es imposible! —objetó—. No puede pedir a un hombre, especialmente a uno a quien le ha dicho que es inteligente, que se olvide de que encontró a la «Bella Durmiente» en su castillo y fue lo bastante tonto como para no besarla cuando tuvo la oportunidad.

—Si me... habla así... Nanny... se sentirá... muy... escandalizada —dijo Odela.

—Supongo que era su niñera cuando usted era pequeña —comentó el marqués.

Odela lanzó un pequeño grito.

—¡Márchese! Si su señoría es... real y no ha salido del cuadro... entonces es... un mago... y no quiero... saber... nada de... su persona.

El marqués rió.

—Tonterías. Disfrutará conociéndome como yo disfrutaré de conocerla a usted, y si tenemos que reunirnos en secreto, siempre podemos venir aquí.

Odela no respondió y después de un momento él añadió:

—No, pensándolo bien, este lugar es muy conocido. Tengo una idea mejor.

—¡No voy... a escuchar nada más! —dijo Odela—. Nanny me educó... de forma muy... estricta y... como no tengo otra acompañanta... sino sólo ella... debo hacer lo que me dice.

—Si usted cuenta esto a Nanny, yo contaré a mis huéspedes la excitante experiencia que tuve —le advirtió el marqués.

—¡Eso es chantaje! —le reprochó Odela—. ¡Milord no puede actuar como Cotter!, pues sería peor que él.

—Pero más bien parecido —bromeó el marqués. Odela no pudo contener la risa.

El marqués pensaba que nunca había tratado antes a alguien tan atractiva ni tan adorable.

Era diferente a cualquier mujer que hubiera conocido.

Se sentía gratamente intrigado de una forma que no podía explicarse.

Se inclinó hacia ella.

—Ahora, escúcheme, Odela. Como desea ocultarse y yo estoy encantado de que lo haga en mi casa, tiene que prometerme, lo cual es justo, que no se esconderá de mí.

—Pero... los sirvientes se... darán cuenta —objetó Odelay, como milord bien sabe... ellos murmuran más... que nadie.

—Es verdad, lo que significa que no podremos reunirnos dentro de la casa, sino sólo afuera de ella.

—No debemos reunirnos... en ningún lugar.

—Piense en lo frustrante que sería si, después de este fascinante encuentro, usted parte hacia un lado y yo hacia otro y decidimos no volver a vernos nunca.

Lo dijo en tono suplicante y Odela bajó la vista, turbada y sus pestañas sombrearon sus mejillas.

—Es lo que... deberíamos... hacer —señaló titubeante.

—¿Cómo es posible que sea tan aburrida? —preguntó el marqués.

Un pequeño resplandor brilló en los ojos de Odela y él comprendió que había dicho las palabras correctas.

Ninguna mujer con imaginación desearía ser considerada aburrida.

Aprovechó la oportunidad y continuó:

—Lo que sugiero es que yo regrese primero que usted para que nadie adivine que nos hemos conocido.

Hizo una pausa y agregó:

—Mañana diré a mis huéspedes que recibí una llamada urgente de la Reina para que la visite en Windsor.

Odela lo miró asombrada mientras él proseguía:

—Nadie dudará de que es algo que debo hacer y, por lo tanto, llevaré a mis invitados de regreso a Londres antes del almuerzo.

—¿Cómo podría hacerlo? —preguntó Odela.

—Muy fácil, es sólo cuestión de organización. Usted cuidará de mi casa hasta que yo regrese —respondió el marqués. Sonrió antes de añadir:

—Puede tomar todos los libros que desee de la biblioteca, pero no tendrá

tiempo de leer muchos antes que yo vuelva.

—¿Cuándo... será... eso?

No era su intención hacer la pregunta, pero acudió a sus labios sin que pudiera evitarlo.

—El domingo —contestó él—, y nos encontraremos después del almuerzo en la Pérgola, ¿sabe dónde está?

—La he visto a distancia —admitió Odela—. Está atrás de otro bosque de su propiedad, que es tan hermoso como éste.

—No tanto —dijo el marqués, pero hace algunos años yo ordené que nadie se acercara a la Pérgola porque era peligroso.

—¿Peligroso? —preguntó Odela.

—Ya no, hice arreglar los alrededores e invertí bastante dinero en renovar el interior —explicó él.

—¿Y nadie va allí?

—No veo razón para convertirla en lugar de reunión para los enamorados de la localidad que inscribirían sus iniciales en los muros después de que los hice reparar.

Sonrió y continuó:

—Ni tampoco para que los niños vayan a encender fogatas en ella o se caigan desde lo alto, lo que significaría que, además, yo tendría que pagar por sus huesos rotos.

Odela rió divertida.

—Comprendo sus razones, mas considero que son muy egoístas.

—¡En lo absoluto! —contestó a la defensiva el marqués—. Fue una precaución. Y ahora podremos reunirnos allí sin que nadie tenga la más ligera idea de lo que hacemos.

—No he dicho que podré reunirme con su señoría —protestó Odela.


—No puedo admitir que pueda ser tan dura de corazón e indiferente a algo que será emocionante para ambos.

—No obstante, debemos considerar lo mucho... que lo desaprobaba Nanny... si se enterara —comentó Odela.

Aunque comprendía que sería incapaz de resistirse al plan del marqués.

Sin importar cuántas dificultades tuviera que sortear, iría a la Pérgola el domingo.

Capítulo 6

 dela se sintió divertida cuando los sirvientes acudieron a comentar con Nanny lo sorprendidos que estaban por la inesperada partida del marqués.

—¡Apenas si valió la pena que viniera su señoría! —exclamó la doncella principal—. ¡Y le aseguro que *Lady Beaton* está enfurecida por ello!

Cuando salieron Odela se dirigió a la biblioteca.

Miró complacida que el retrato del primer conde estaba nuevamente en su lugar sobre la chimenea.

Pudo observar el extraordinario parecido que existía entre él y el actual Marqués de Transcoombe.

«Ambos son en extremo bien parecidos», pensó.

Fue con un esfuerzo que se separó del retrato y se dirigió a los estantes de libros.

Los cerrojos de puertas y ventanas habían sido reforzados. Se enteró de que dos vigilantes nocturnos rondarían la casa, turnándose cada hora, durante las noches.

Decidió llena de gozo, que ahora que había conocido al marqués podía tomar prestados sus libros.

No habría riesgos si bajaba inadvertida por las noches. A la vez, había sido algo bueno que lo hubiera hecho. «Te salvé», dijo orgullosa hacia el retrato del conde antes de salir de la biblioteca.

Aun cuando se reñía a sí misma y se decía que era una insensatez,

contaba las horas que faltaban para que llegara el domingo.

«Su señoría sin duda se detendrá en Londres o decidirá que no desea regresar», intentaba decirse.

Sin embargo, su instinto le decía que él mantendría su palabra.

Se reunirían en la Pérgola como habían planeado.

La mañana del domingo, mientras desayunaba con Nanny, ésta le dijo:

—Su señoría regresó anoche ya muy tarde, lo que significa que deberá usted permanecer aquí y asegurarse de que no la vea.

—Supongo que estará muy ocupado, de lo contrario no habría regresado —comentó Odela—. Estoy segura de que no me verá si salgo por la parte trasera y sabes cuánto deseo salir a pasear en *Dragonfly*.

Nanny se opuso y discutió.

Finalmente, Odela se salió con la suya prometiendo ir a la iglesia con Nanny y Betty.

—Ordené un carruaje —le dijo Nanny—, y como es una pequeña muy tranquila, Betty sabrá comportarse y disfrutará de los cantos, pero nos saldremos antes del sermón.

No había muchos feligreses en la pequeña iglesia de la aldea.

Odela rezó porque no la descubrieran y pudiera quedarse en Coombe Court con Nanny.

Estaba segura de que tanto Dios como su madre escucharían sus plegarias.

Cuando iba de regreso se sentía tan dichosa que deseaba cantar unos salmos de agradecimiento.

Ignoró la vocecita que, en su interior, le decía que estaba feliz porque iba a ver al marqués.

«Sólo es una aventura», se dijo mientras se ponía su traje de montar, «y sin duda él regresará a Londres mañana y no volverá a pensar en mi».

En cambio, estaba segura de que ella sí pensaría en él. Sería imposible ir a la biblioteca y no hacerlo.

Uno de los mozos más jóvenes le preparó a *Dragonfly*. Ella partió, procurando mantenerse fuera de la vista de la casa y tomó la ruta más larga hacia la Pérgola.

Ésta apareció al fondo del bosque.

Se veía muy impresionante, con su silueta recortada contra el cielo.

No había rastros ni del marqués ni de su caballo. Mientras *Dragonfly* ascendía la pendiente que conducía a la Pérgola, Odela imaginó que él lo había olvidado. Por supuesto, era lo que ella debió haber esperado. Entonces, al desmontar lo vio, de pie en la entrada de la Pérgola.

Sintió que su corazón daba un vuelco de júbilo cuando él exclamó:

—¡Al fin vino! ¡Tenía miedo de que lo hubiera olvidado!

—Yo pensé que usted lo había olvidado —dijo Odela—, cuando no vi su caballo.

—Oculté a Sarraceno en el otro lado y allí ocultaré también a *Dragonfly*.

Tomó de la brida al animal y lo condujo hacia atrás de la Pérgola, mientras Odela entraba en la construcción.

Cuando vio lo atractivo que era el interior, comprendió por qué el marqués no deseaba intrusos en ella.

Había hermosas piezas de cerámica, mosaicos y adornos en las ventanas.

En el centro había una fuente antigua de hermoso tallado. Sobre ella estaba la escultura de un cupido con un delfín en sus brazos.

La fuente no tenía agua, pero Odela sabía que era creación de una mano maestra y debía ser muy valiosa.

También había asientos de piedra con orillas talladas. Se sentó en uno de ellos a esperar al marqués.

Sin pensarlo, se quitó el sombrero.

No tenía idea de lo hermoso que se veía su cabello recortado contra el fondo del muro antiguo tras ella.

El marqués entró y con pasos lentos caminó hacia ella mientras decía:

—He amado la Pérgola desde que era un niño, pero cuando la restauré sentía que algo faltaba y ahora comprendo que era usted.

—¡Es el más hermoso cumplido que he escuchado hasta ahora! —respondió Odela—. Y creo que su pérgola es encantadora.

—Es lo que yo opino también —dijo él.

Pero la miraba a ella.

En lugar de sentarse a su lado, lo hizo en la orilla de la fuente, frente a Odela.

—Ahora, cuénteme qué ha sucedido durante mi ausencia.

La joven se rió.

—Nada, gracias a Dios. ¡Creo que tuvimos drama suficiente para que nos dure bastante tiempo!

—¿Y es ese bastante tiempo el que permanecerá en mi casa? —preguntó él.

Algo en su voz hizo que Odela se ruborizara.

—Sucedá... lo que suceda —respondió después de una pausa—, no debo... abusar de... su señoría.

—Sabe perfectamente que no abusa de mí, ni de nadie más —apuntó el marqués—; sin embargo, me gustaría que me confiara su secreto.

Odela negó con la cabeza.

—Sería... un error.

—¿Por qué?

Ella pensó un momento antes de responder:

—Por muchas razones. Y no deseo hablar de ellas... al menos en este lugar.

—Tiene mucha razón —convino el marqués—, pero supongo que sabe de lo que yo deseo hablar con usted en la pérgola.

—¿De qué? —preguntó Odela con inocencia.

El se puso de pie y tomándola de la mano la condujo hacia el fondo del lugar, donde había un muro tallado que ella no había notado antes.

Estaba realizado con gran destreza y ella vio que era un hombre y una mujer que se miraban a los ojos.

Arriba de ellos aparecían tres cupidos volando en el cielo y sosteniendo una guirnalda de flores.

—¿De qué piensa usted que están hablando? —preguntó el marqués.

—Yo... solo... estaba admirando... el... tallado —contestó titubeante Odela.

—Espero una respuesta a mi pregunta —insistió él. Odela levantó la vista hacia el marqués, entonces rápidamente la desvió de nuevo.

Su corazón latía más agitado y de pronto sintió que le faltaba el aliento y que le era imposible hablar.

En ese momento, escucharon pasos detrás de ellos. Cuando ella intentó volverse, alguien le asió los brazos y los detuvo detrás de su espalda.

A la vez, pudo ver con horror que un hombre robusto hacía lo mismo con el marqués.

Mientras intentaba librarse, la voz de un hombre exclamó:

—Debí suponer, señorita, que había sido usted quien me reconociera y es algo de lo que va a arrepentirse. ¡Era Fred Cotter!

Al ver su rostro malévolos, Odela sintió que el terror la invadía.

El marqués se debatía con fuerza.

Pero el hombre robusto lo había sorprendido descuidado, aprovechó la ventaja y ya le enredaba una gruesa soga alrededor del cuerpo.

Odela sintió que Fred Cotter hacía lo mismo con ella y la soga le oprimía el pecho.

Casi antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, estaba atada de todo el cuerpo y de las extremidades.

El hombre la arrojó al suelo y ella sólo pudo quedar ahí, indefensa, viendo que lo mismo sucedía al marqués.

Éste lanzaba juramentos, pero cuando terminó de atarlo, el hombre sacó de su bolsillo un pañuelo de algodón y lo amordazó con él.

—¡Deténgase, no haga eso! —Intentó gritar Odela.

Pero no había terminado la primera palabra cuando Fred Cotter la amordazó también, apretando el nudo con fuerza atrás de la cabeza de la muchacha.

—Ahora —dijo—, ambos serán encerrados en un lugar secreto, donde nadie podrá encontrarlos jamás.

Mientras lo decía, tomó a Odela en sus brazos y después de cruzar la fuente se dirigió hacia la salida.

Ella se preguntó hacia dónde los llevarían.

Y, cuando salieron a la luz del sol, pensó que sería al bosque.

Para su sorpresa, Fred Cotter avanzó por un costado de la pérgola y se detuvo.

La dejó sobre el suelo y tiró de lo que parecía una plancha de metal al pie de la pérgola.

Un segundo después desapareció en su interior.

El hombre que conducía al marqués lo puso en el suelo y levantó en brazos a Odela.

La entregó a Fred que esperaba en su interior y que la tomó en sus brazos. Durante un momento, después de haber estado a la luz del sol, Odela no pudo Ver nada.

Al instante, se dio cuenta de que se encontraba en un sótano abajo de la pérgola.

Una luz provenía de algún lado, así que sólo pudo ver difusamente dónde se hallaba.

Fred Cotter la arrojó al suelo.

Luego volvió a la abertura para recibir al marqués y lo dejó junto a Odela.

Los miró a ambos con expresión malévola en su rostro.

—Se quedarán aquí —gruñó—, hasta que regrese yo a ver si los gusanos se los comieron. ¡Eso les enseñará a no entrometerse conmigo otra vez! Se rió estruendosamente.

El feo sonido hizo eco y Odela se estremeció.

Entonces, el malhechor regresó a la abertura y saltó al exterior con la ayuda del otro hombre que estaba afuera.

Odela pudo oír que volvían a colocar la plancha en su lugar.

Se escuchó después el ruido de piedras que caían. Comprendió que Fred Cotter y su cómplice cubrían la plancha con tierra y piedras.

Nadie que pasara por la pérgola la notaría.

Recordó, aterrorizada, que el marqués había prohibido que alguien se acercara por ahí y eso era exactamente lo que Fred Cotter necesitaba.

Se preguntó qué haría con los caballos.

Entonces pensó que, tal vez, por suerte, no se daría cuenta de que estaban allí.

Sin duda, alguien los vería y empezarían a investigar el paradero de sus dueños.

Sus ojos empezaron a acostumbrarse a la penumbra del sótano.

Podía ver con más claridad.

Para su sorpresa, no eran los únicos ocupantes de la prisión.

Una caja para viaje atrajo su atención primero, era pequeña y estaba cerrada.

Detrás de ella vio el marco de un cuadro, de hecho, eran dos.

Miró hacia el otro lado y le pareció ver un jarrón chino.

Había varias cosas, además de muchos paquetes.

Fue entonces cuando se dio cuenta del porqué Fred Cotter nunca había podido ser condenado por los cargos que le hicieran de robo.

Era en ese lugar donde ocultaba su botín.

Sacaría las cosas sólo una vez que hubiera arreglado que un comprador de objetos robados las adquiriera.

Era astuto y malvado.

Abatida, Odela se percató de que nadie habría pensado nunca que allí era donde estaba su escondite.

El marqués se movió y ella supuso que trataba de impulsarse para poder quedar sentado contra el muro que tenían detrás de ellos.

Como el suelo era duro e incómodo, Odela decidió hacer lo mismo.

Pero la soga estaba demasiado apretada y resultaba doloroso intentarlo.

Entonces tuvo una idea.

Fred la había amordazado, pero la mordaza estaba atada sobre el cabello que ella se enredaba en un chignon, ya que lo tenía muy largo y así podía mantenerlo recogido bajo su sombrero.

Tal vez pudiera soltarlo y la mordaza se aflojaría. Movi6 la cabeza de un lado a otro contra el muro. El marqués la observaba, ya sentado.

Finalmente, Odela escuchó caer dos pasadores del pelo.

Un momento después, tras mover los labios con la mayor violencia que podía, la mordaza se deslizó bajo su barbilla.

—¡Estoy libre! —exclamó—. Ahora puedo hablar. ¿Cómo pudo suceder esto?

El marqués no podía contestarle y ella comprendió lo mucho que deseaba hacerlo.

Lo analizó un momento y después dijo:

—Si lograra acercarse a mí, tal vez podría soltar su mordaza con los dientes.

El no pudo responderle, pero hizo lo que sugería.

Con bastante dificultad logró colocar la parte de atrás de su cabeza lo más cerca posible a los labios de Odela.

El pañuelo de algodón estaba fuertemente atado y le llevó bastante tiempo a Odela.

Empezó a sentirse agotada por el esfuerzo.

También la lastimaba el peso del cuerpo de Lord Transcoombe apoyado en su hombro.

De pronto, de forma inesperada y súbita, el pañuelo se soltó.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el marqués.

Se impulsó para volver a su anterior posición antes de preguntar:

—¿Cómo pudo ser tan lista? ¡Pero ahora tenemos que escapar!

—Y... ¿cómo? —preguntó Odela.

—De la misma forma en que desató mi mordaza, soltaré la soga que la ata —sugirió—. Colóquese de lado.

—¿Cree... en verdad... poder... hacerlo?

—Necesitaré mucha suerte y sus oraciones —respondió él.

—Sabe... que cuenta con ellas —respondió Odela—. ¿Cómo imaginar que era aquí donde Fred Cotter guarda los objetos robados?

—Lo que me pregunto es por qué fui tan tonto como para mostrarme indulgente con él —dijo el marqués—. ¡Es algo que no volverá a suceder!

—Su intención... es sepultarnos... aquí —observó Odela con voz asustada.

—Entonces, sufrirá una desilusión —respondió él—. ¡Póngase de lado!

Odela hizo lo que él decía.

Aun cuando llevó mucho tiempo, podía sentirlo trabajar con los dientes sobre la soga que la ataba.

Era una soga gruesa.

Odela estaba segura, por la rapidez y habilidad con que Fred y su cómplice los habían atado, que era algo en lo que tenían mucha práctica.

«Tal vez ha dejado morir a otras personas de la misma manera», pensó horrorizada.

Debió pasar cerca de una hora antes que el marqués lanzara una exclamación de triunfo.

En ese instante, la soga empezó a aflojarse alrededor del cuerpo de ella.

Durante un momento, Odela apenas podía creer que fuera verdad.

Luego se movió, sacudió la soga y quedó libre.

—¡Lo... logró! —exclamó—. ¡Lo... hizo! Ahora yo... debo desatarlo.

Sentada junto a él, Odela luchó con la soga que estaba apretada con toda

la fuerza del hombre robusto.

Por su mente cruzó la idea de que tal vez sería más fácil salir en busca de alguien que la ayudara.

De inmediato comprendió que sería muy humillante para el marqués que lo encontraran atado e indefenso.

—Supongo que no trae consigo un cuchillo, ¿verdad? —preguntó con voz esperanzada.

—Ya he pensado en ello —respondió él—, y me maldije por no haberlo considerado necesario.

—¿Cómo iba a esperar que algo semejante sucediera? —preguntó Odela. Entonces le surgió una idea.

Mirando hacia la pila de cosas que Fred Cotter había robado, dijo:

—Déjeme ver si encuentro ahí algo con lo cual pueda cortar la soga.

No deseaba deprimir al marqués, pero se daba cuenta de que sería una tarea titánica desatar los fuertes nudos con sus largos y finos dedos.

Sin esperar la respuesta de él se puso de pie y empezó a revisar los paquetes, uno a uno.

Había cajitas de rapé con exquisitas incrustaciones, que estaba segura serían muy valiosas.

También broncees trabajados con artística habilidad. Encontró una colección de miniaturas que era evidente provenían de alguna mansión ancestral como Coombe Court. Empezaba a desesperarse cuando descubrió una larga caja de piel.

Al abrirla, lanzó una exclamación de alivio.

—¿Qué encontró? —preguntó él.

—¡Un fino servicio de mesa! —contestó.

Tomó el cuchillo, de larga y afilada hoja.

Tenía un mango de plata labrada, igual al tenedor que había en el estuche junto a él.

Corrió junto al marqués y se arrodilló a su lado.

Le bastaron unos minutos para cortar la soga con el filoso cuchillo.

El marqués quedó libre.

Odela estaba aún de rodillas cuando él se zafó de la última soga que ataba sus rodillas.

A continuación él se inclinó hacia delante y la rodeó con los brazos al tiempo que decía:

—¡Gracias, mi amor! ¡No creo que ninguna otra mujer en el mundo pudiera haber sido tan maravillosa!

Antes de que Odela pudiera moverse, antes de que se diera cuenta de lo que sucedía, los labios de él aprisionaban los suyos.

La besó con vehemencia, como si temiera que fuera algo que había pensado que jamás podría hacer.

Durante un segundo, Odela sólo sintió sorpresa.

De pronto, mientras los labios de él mantenían cautivos los suyos, una desconocida sensación invadió todo su cuerpo. Se deslizaba como relámpagos desde su pecho hasta los labios.

Comprendió que eso era lo que había estado deseando; por eso se sentía tan ansiosa por acudir a la pérgola.

Los pocos minutos que pasaran juntos antes de la llegada de Fred Cotter resultaron ser una maravilla más allá de las palabras.

El marqués levantó la cabeza para mirarla.

Y sin hablar, la besó de nuevo, posesivo y apasionado. Sin pensarlo, Odela levantó su mano como para protegerse.

En seguida quedó libre, mas le era imposible hablar. Sólo podía mirar al marqués con ojos que parecían llenar su pequeño rostro.

Aun en la penumbra del sótano, él pudo ver que brillaban como estrellas.

Lord Transcoombe se puso de pie.

—Salgamos de este horrible lugar —sugirió—. Nunca me había visto en situación semejante y es sólo gracias a ti que estamos con vida —la tuteó.

Como el techo era muy bajo tuvo que inclinar la cabeza al caminar hacia la abertura.

La impulsó para abrirla y se volvió para ofrecer su mano a Odela.

Ella lo siguió y al llegar bajo la abertura, la luz le dio en el rostro.

—Tengo tanto que decirte, preciosa mía —dijo él—, pero primero debemos apresar a ese demonio, antes que cometa más delitos.

—Sí —por supuesto— accedió Odela.

A la vez, sentía que nada importaba, excepto que estuviera con él.

Reconoció que lo amaba.

—Iré a recoger nuestros sombreros —dijo él.

Odela esperó afuera mientras el marqués entraba en la pérgola.

De pie bajo el sol le resultaba difícil creer que había estado en riesgo de morir en el sótano.

«Gracias Dios mío, gracias», susurró y sintió que su madre estaba a su lado.

El marqués regresó y caminaron hacia la parte trasera de la pérgola.

Tal como Odela esperara, Fred Cotter no había encontrado sus caballos y *Dragonfly* y Sarraceno aún los esperaban donde los ocultara el marqués.

Fue solo hasta que llegaron a ellos cuando Odela fue consciente de que llevaba el cabello suelto sobre los hombros. Se lo recogió y empezó a enredarlo.

—Así es como deseaba verte —dijo el marqués—, y como deberías haber estado cuando eras la «Princesa Durmiente». Odela lanzó una risilla aún nerviosa.

Logró detenerse el cabello con dos pasadores que aún estaban prendidos en su cabeza.

Se puso su sombrero con velo de gasa.

El marqués la izó para que montara sobre *Dragonfly*. Mientras ella se acomodaba su falda, él le dijo con suavidad:

—Supongo que sabes lo maravillosa que has sido, pero ya hablaremos de ello cuando tengamos tiempo.

El montó a Sarraceno antes que Odela pudiera contestar. La forma en que hablara y la mirada que le dirigiera habían provocado que el corazón de Odela palpitara de emoción. Cuando avanzaban uno al lado del otro por el bosque, Odela sugirió:

—No deberíamos... regresar... juntos a... Coombe Court.

—Ya he pensado en ello —respondió él—, así que, mientras tú te diriges a la casa, yo iré a ver al alguacil para hacer arrestar a Cotter y a su cómplice.

Odela lanzó una exclamación ahogada y él añadió con rapidez:

—Intentaré mantenerte fuera de esto y, a menos que Cotter te delate, lo cual me parece improbable, nadie tiene que saber que estabas conmigo.

—Oh, por favor... intenta hacerlo... así —rogó Odela.

—¿Te das cuenta de que tengo que conocer la verdad tarde o temprano y

que debo hablar contigo?

—Sí... por... supuesto.

El marqués pensó un momento y después preguntó:

—¿A qué hora se va Nanny a la cama?

—Temprano —respondió Odela—, generalmente como a las nueve y media.

—Entonces, acude a la biblioteca a las diez de la noche.

—Lo... intentaré.

—Te estaré esperando.

El extendió la mano y cuando Odela puso la suya encima, le besó los dedos.

—Cuídate mucho, mi hermosa Princesa Durmiente, y yo me aseguraré de que no haya más dragones que te asusten. Le sonrió al decirlo y levantó su sombrero.

A renglón seguido se alejó por el bosque, mientras Odela proseguía en otra dirección.

Iba murmurando más oraciones de agradecimiento.

Habían sido salvados por la misericordia de Dios de lo que podía haber sido una lenta muerte por inanición.

Y sus cadáveres se habrían podrido hasta sólo quedar sus esqueletos.

La única otra alternativa a tal destino hubiera sido que alguien encontrara los caballos.

Pero aun así, se habría requerido que una persona muy astuta se percatara de que había un sótano abajo de la pérgola.

Jamás se le habría ocurrido a nadie de las cercanías que Fred Cotter ocultaba su botín en ese lugar.

«Hemos sido demasiado afortunados», pensó.

Sabia la humillación que habría sido para el marqués que lo encontraran prisionero y atado.

Y en cuanto a ella, habría sido desastroso también. Entonces, por primera vez, se preguntó si él la amaría tanto como ella lo amaba.

Como la había besado, Odela sintió que estaban unidos no sólo en lo físico, sino espiritualmente por Dios mismo.

El marqués de Transcoombe era el hombre de sus sueños; el ser al que

siempre había creído que algún día podría encontrar.

No importaba en su vida nadie más que ese «amor soñado».

Para él habían existido muchas mujeres, incluyendo a la hermosa *Lady Beaton* a quien acababa de llevar a Londres. Recordó lo que la doncella dijera de ella.

Los comentarios de varios sirvientes hechos a Nanny respecto a las mujeres que se mostraban tan dispuestas a decirle lo apuesto que era.

«Tal vez sólo le intereso porque soy una novedad y un misterio», pensó Odela.

De pronto sintió miedo, un miedo infinito de sufrir una desilusión.

También, de ser lastimada.

Pero ¿cómo evitarlo cuando podía sentir que el amor que alentaba en ella por él la invadía por completo?

Cuando la besó fue el acto más maravilloso de toda su vida. Le pareció un éxtasis y un embeleso más allá de cuanto hubiera podido imaginar.

Había sentido, aun cuando se encontraran en ese sombrío lugar donde los arrojaran para que murieran, como si hubiera alcanzado el propio cielo.

«¡Lo amo tanto!», pensó desesperada. «¡Lo más sensato que podría hacer ahora sería marcharme y ocultarme en algún otro lado!».

Sin embargo, comprendió que no se atrevería a hacerlo. No se había sentido asustada antes porque estaba junto a Nanny.

Pero si se iba sola podría encontrarse tal vez con otros hombres como Fred Cotter que intentarían causarle daño. También con individuos que desearan besarla, como el marqués lo había hecho, porque era bonita.

De pronto, pensó que si él sólo se interesaba en ella porque tenía una linda cara, querría morir.

No obstante, comprendió desde el fondo de su corazón, que jamás amaría a otro hombre con la misma intensidad con que amaba al marqués.

Capítulo 7

El marqués entró en la biblioteca faltando quince minutos para las diez.
El fuego ardía en la chimenea.

Encendió algunas velas más de las que dejaran los sirvientes y se sentó a contemplar el retrato de su antepasado.

Temía que Odela estuviera demasiado nerviosa y no acudiera.

Entonces, después de transcurridos los quince minutos, se abrió la puerta y ella entró.

Para sorpresa de él, llevaba el cabello suelto y se cubría con una sencilla, pero muy bonita bata.

Corrió hacia él y dijo, agitada:

—Sólo vine... para avisarte... que no voy a poder... venir como... planeamos.

—¡Pero si estás aquí!

—Sólo porque tenía que... avisarte.

Le pareció que él mostraba sorpresa y explicó:

—Betty estaba inquieta, así que Nanny no pudo acostarse. Y fue a mi... dormitorio para... ayudarme a desvestirme y esperar a que... me durmiera.

Le sonrió antes de continuar:

—No pude... evitarlo. Le habría... resultado extraño... que me negara.

—Lo comprendo —dijo el marqués—, pero se te ve preciosa tal como estás y estoy seguro de que si Nanny cree que estás acostada, no regresará.

—No puedo... estar segura... de eso.

—Me gustaría que corrieras el riesgo —dijo sonriente el marqués—. Estoy seguro de que querrás saber qué sucedió con Fred Cotter.

—Sí... por supuesto, aunque me siento... mal... vestida... así.

—Olvídalo y deja que te cuente lo que pasó después que nos separamos en el bosque.

Como sentía una intensa curiosidad, Odela hizo lo que él sugería y se sentó en un sillón.

El marqués se sentó frente a ella, ambos junto a la chimenea.

Odela cruzó las manos y se inclinó hacia delante, deseosa de no perder una palabra de lo que el marqués decía.

—Como te dije, fui a ver al alguacil, que vive como a tres kilómetros de allí. Para suerte mía, cuando llegué estaba en unión de otros miembros de la policía de las poblaciones cercanas.

Odela ahogó una exclamación, para no interrumpirlo. —Nos dirigimos de inmediato a la casa de Cotter y lo encontramos a él y a su cómplice con las manos en la masa.

—¿Con las manos en la masa? —repitió Odela.

—Empacaban unas joyas que Cotter había robado tiempo atrás y para las que acababa de encontrar un comprador.

—Supuse que así era como... trabajaba —expresó Odela en voz baja.

—Tenías mucha razón —observó el marqués—, y Cotter se encuentra ahora prisionero en Oxford.

—¡Me alegro... me alegro... mucho! —exclamó Odela.

—Su cómplice también quedó arrestado —continuó el marqués— y me enteré, lo cual explica en cierta manera que quedara yo un tanto indefenso ante él, de que fue boxeador.

—¡Pudo... haberte... hecho mucho daño! —exclamó Odela.

—En efecto, es un tipo extraño; es mudo.

Odela recordó que durante todo ese tiempo en que los estaban atando, el hombre no había pronunciado palabra.

—Al parecer, continuó el marqués, —cuando peleaba con otro contrincante de su mismo peso, se mordió la lengua y la partió casi a la mitad. Después de que los doctores lo operaron, no pudo volver a hablar.

—¡Debió... ser horrible... para él! —exclamó Odela—. A la vez, como

es tan robusto, provoca temor.

—Como irá a prisión junto con Cotter, no debemos volver a pensar en él.

—Y ninguno de ellos... podrá... amenazarte más —dijo Odela.

—Tampoco asustarte a ti —la tranquilizó el marqués—. El alguacil accedió a que no se mencionara tu nombre. Y como no deseaba yo mentir, ya que tendré que presentarme al juicio, me limité a decir que eras una amiga, así que pensaron que serías una huésped mía de Londres.

—¡Oh, gracias... muchas gracias! —contestó Odela—. —Tenía yo... tanto miedo de que...

Se detuvo.

—¿Miedo de quién? —preguntó el marqués.

—No... no deseo... hablar de... ello.

El marqués se inclinó hacia delante.

—Hemos compartido una traumática experiencia, Odela, ¿cómo es posible que continúes sin confiar en mí? Hizo una pausa antes de continuar:

—Sabes que haría cualquier cosa por ayudarte, no sólo por el deseo de protegerte, sino también por otra razón.

—¿Cuál es? —preguntó Odela.

Sus ojos se encontraron con los del marqués.

Sintió que él debía leer en ellos cuánto lo amaba. Esperó la respuesta.

De pronto, se abrió la puerta de la biblioteca.

El marqués, con la rapidez de un hombre de acción, se puso de pie.

Se dio cuenta de que como Odela estaba sentada en un sillón de alto respaldo de espaldas a la puerta, no podía ser vista por quien acabara de entrar en la biblioteca.

Era Newton y el marqués caminó hacia él.

—¿Qué desea, Newton? ¡Estoy ocupado!

—Lamento molestarlo, su señoría, pero una dama y un caballero insisten en verlo —respondió Newton.

—¿A estas altas horas de la noche? ¿Quiénes son?

—La condesa de Shalford y el Vizconde More, su señoría. Dicen que es de máxima importancia que vean a milord en seguida.

—Ofrézcales algo de beber y avíseles que me reuniré con ellos dentro de unos minutos —ordenó el marqués.

—Muy bien, milord.

Newton se retiró.

Al volverse el marqués, Odela se levantó del sillón y corrió hacia él.

Se arrojó a sus brazos mientras imploraba llena de terror:

—¡Escóndeme... por favor... escóndeme... vienen por mi... pero no puedo... irme... con ellos! ¡Oh... por favor... escóndeme!

Su voz era patética y había lágrimas en sus ojos. El marqués la rodeó con los brazos.

—¿Por qué te buscan? —preguntó.

—La condesa es... mi madrastra y quiere que... me case con el... vizconde que es...

Odela se detuvo e incluso a través de las lágrimas se ruborizó antes de ocultar su rostro y murmurar:

—... Su... amante.

El marqués apretó su abrazo.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué desea tu madrastra que hagas tal cosa?

—Porque... mamá me dejó... mucho dinero... y el vizconde carece de fortuna.

—Conozco a tu padre. Es un hombre muy distinguido. Sin duda, él no permitiría que tal cosa sucediera.

—El siempre... hace... lo que mi madrastra desea... y cuando ella está... decidida a algo... nadie puede... oponerse.

La voz de Odela se perdía casi entre sus sollozos al añadir:

—Por... favor... por... favor... escóndeme... rápido... preferiría morirme... antes que casarme... con cualquier otro... hombre que... no...

Se detuvo.

Se dio cuenta de que era muy revelador lo que había estado a punto de decir.

Ocultó el rostro en el hombro del marqués.

Todo su cuerpo temblaba.

—Escucha —dijo él con suavidad—. Quiero que permanezcas aquí, donde estarás segura porque cerraré y me llevaré la llave conmigo.

Le sonrió antes de continuar:

—Me libraré de ellos y cuando regrese planearemos cómo impedir que tu

madrastra haga algo tan despreciable como obligarte a casar con un hombre que no amas.

—¿Me... prometes... que no les... dirás... dónde... estoy? —preguntó Odela levantando la cabeza.

—¿Todavía no confías en mí? —preguntó él.

La miró.

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y sus largas pestañas estaban húmedas.

Sin embargo, pensó, era más hermosa que cualquier otra mujer que conociera en toda su vida.

Inclinó la cabeza y con gran ternura la besó en los labios.

—Espérame aquí. Te prometo que todo saldrá bien. La soltó y se dirigió hacia la puerta.

Cuando la cerró después de salir, Odela escuchó que la llave daba vuelta en la cerradura.

Entonces ocultó el rostro entre las manos, sintiendo que eso no podía estar sucediendo.

Se preguntó cómo era posible que su madrastra la hubiera encontrado.

Llegó a suponer que sería a través de Fred Cotter.

El sabía quién era ella y la noticia de su arresto se habría esparcido por todo el condado.

Sin duda, lo comentaban en Shalford House.

No podía creer que su madrastra se encontrara ahora en Coombe Court.

Regresó junto al fuego y se sentó en el sofá, desde donde podía ver hacia la puerta.

Pensó que si alguien pretendía entrar, podría esconderse, quizá tras de las cortinas.

Como se sentía tan asustada, comenzó a rezar.

Sus plegarias eran aún más fervientes que las que elevara cuando se encontraban atados en el sótano de la pérgola. Al menos, entonces estaban juntos.

Si su madrastra se la llevaba ahora, quedaría indefensa en sus manos y antes de poder evitarlo, se encontraría casada con el vizconde.

«¡Ayúdame, mamá... ayúdame!», imploraba. «¡Haz... que pueda...

quedarme... con el... marqués!».

Pensó que si podía hacerlo, aceptaría cualquier cosa, hasta ser parte de su servidumbre.

Cuando menos, si se encontraba bajo su techo, se sentiría segura.

—¡Lo... amo! —exclamó en voz alta. Sabía que él intentaría salvarla.

¿Pero sería lo bastante fuerte para desafiar a su madrastra, que siempre se salía con la suya?

Le pareció que transcurría un siglo.

Empezaba a pensar que Lady Shalford había convencido al marqués de que debía llevársela consigo a Shalford Hall.

Entonces escuchó pasos y se puso de pie de un salto.

Corrió a ocultarse tras la misma cortina de terciopelo desde donde observara lo que hacía Fred Cotter.

El marqués entró, cerró la puerta y se dirigió hacia la chimenea.

—¡Odela! —llamó con voz suave.

La muchacha atisbó por entre las cortinas para cerciorarse de que estaba solo.

Entonces corrió hacia él, quien le abrió los brazos y la acogió en ellos, ciñéndola con amor.

En seguida la besó, apasionada y posesivamente.

Ella sintió que la elevaba desde la agonía de la incertidumbre hasta el cielo.

Ahora sólo había estrellas y un éxtasis más allá de las palabras.

La besó hasta que la casa pareció girar alrededor de ellos. Odela podía sentir el corazón del marqués latir tan frenéticamente como lo hacía el suyo.

Cuando las maravillosas sensaciones le resultaron imposibles de soportar más, lanzó un leve murmullo y ocultó el rostro en el cuello de él.

Lord Transcoombe la condujo al sofá, se sentaron y la acunó en sus brazos como si fuera una niña.

La besó de nuevo hasta que ambos quedaron sin aliento. —¿Por qué no me lo contaste?— preguntó él al fin—. ¿Cómo permitiste que esa mujer te amenazara de tal manera?

—¿Ya... la... despediste?

—La despedí diciéndole que te llevaré a tu casa mañana, después del

almuerzo.

Odela sintió como si se hubiera convertido en piedra.

—¿Le... dijiste?... ¿Cómo... pudiste... hacerlo?

El marqués sonrió.

—La visitaremos —dijo—, pero no podrá lograr que te quedes allí.

—¡Lo hará! ¡Lo hará! —exclamó Odela—. Y... obligará a papá... a dar su consentimiento... para que me case... con el vizconde.

—Por desgracia para el vizconde, ella no podrá hacerlo —aseguró el marqués.

—¿Qué... quieres... decir?

—Te estás mostrando muy desconfiada, preciosa mía —sonrió—, y una vez más, no crees en mí. ¡Soy más listo que tu madrastra!

—Pero... no comprendo —dijo Odela con palabras entrecortadas.

—Me deshice de ellos —explicó el marqués—, aduciendo que era muy tarde para molestarte, ya que dormías en el cuarto infantil, con mi sobrina, que no está bien de salud.

Odela pensó que había sido un acierto, mas guardó silencio y él continuó:

—Se enteraron de que estabas aquí porque Fred Cotter lanzaba improperios en contra tuya mientras la policía lo conducía por la aldea rumbo a prisión.

Odela lanzó un murmullo de horror, pero el marqués prosiguió:

—Le aseguré a tu madrastra que estabas perfectamente y a salvo y que te llevaría mañana a Shalford Hall donde, por supuesto, ella y el vizconde, que jura estar locamente enamorado de ti, te estarán esperando.

—¿Entonces... creíste... lo que esa mujer... te dijo? —preguntó Odela con evidente desconsuelo.

—¡Miente como un carretonero! ¡No le creí una palabra! —exclamó el marqués.

—Y entonces, ¿por qué... me llevarás?

—Porque cuando lo haga, y por supuesto, estaré encantado de volver a saludar a tu padre, mi preciosa princesita, ¡tú y yo ya estaremos casados!

Odela lo miró como si pensara que no había escuchado bien.

—¿Casados? —susurró.

—¡Casados! —afirmó el marqués—. Ya envié a mi secretario a avisar al

vicario, que es también mi capellán privado, que nos casaremos mañana a las diez de la mañana aquí, en mi capilla privada.

Sonrió.

—Después de eso, mi adorada, partiremos de luna de miel, deteniéndonos sólo en el camino para saludar a tu padre.

—¡No... puedo... creerlo! ¿Realmente... puedo ser... tu esposa? ¿Me... amas?

El la apretó aún más contra sí.

—¿Lo dudas? ¡Te juro, Odela, que te lo comprobaré una vez que seas mía!

—¿Estás... seguro? —preguntó ella—. ¿Realmente seguro de que me... quieres? ¡Yo te amo! ¡Te amo con todo mi... corazón... mas no... deseo que... te cases conmigo... por compromiso!

El marqués rió y era risa de felicidad.

—¿En verdad crees que cometería tal absurdo? Si sólo me viera en cierta forma comprometido, mi adorada, me bastaría con enviarte para esconderte a cualquier lugar del mundo que tú eligieras.

Su voz se hizo más profunda.

—¡Pero te amo! Te amo como nunca amé a ninguna mujer y considero que, después de todo lo que hemos pasado juntos, seremos muy felices viviendo aquí con nuestros caballos y, por supuesto, con nuestros hijos.

Sintió cómo Odela se estremecía y entonces volvió su rostro hacia él.

El la besó con gran ternura al principio, como si le ofrendara su vida.

Después su beso fue más exigente y más apasionado; sin embargo, Odela no sintió temor.

Sabía que era el amor por el que había orado.

Un amor suave, tierno y, a la vez, exigente e irresistible. «¡Te amo... te amo!», deseaba expresar, aunque en realidad no había necesidad de palabras.

* * *

Ⓢ delata despertó; estuvo soñando con el marqués.

Eran las ocho de la mañana.

Podía escuchar el ruido de trastos, lo cual le indicó que ya servían el desayuno en el cuarto infantil.

Durante un momento pensó que debió soñar lo que sucediera la noche anterior.

Pero aún conservaba el calor de los labios del marqués sobre los suyos.

Al pensar en él, su corazón se agitó de extraña manera. Un estremecimiento sacudió su cuerpo.

Saltó de la cama y cuando se estaba lavando, Nanny entró y preguntó:

—¿Qué es lo que sucede? ¡Me gustaría saberlo! Me acaba de informar el señor Newton que su señoría quiere que baje usted quince minutos antes de las diez y que le envía esto.

Al decirlo, Nanny dejó dos paquetes sobre la cama.

Odela adivinó lo que contenían y terminó de secarse el rostro antes de explicar:

—Nanny, mi madrastra y el vizconde vinieron anoche para llevarme a casa.

La mujer lanzó una exclamación de horror pero, antes que pudiera hablar, Odela continuó.

—El marqués me salvó y ellos se marcharon.

—¿Cómo descubrieron que estaba usted aquí? —preguntó Nanny.

Odela pensó que no había tiempo de que le contara lo de Fred Cotter, así que se limitó a mover la cabeza.

—Dijo usted que su señoría la salvó, ¿cómo lo hizo? —continuó Nanny.

Odela sonrió.

—No te enojas conmigo, Nanny querida, pero lo he visto varias veces desde que regresó y ahora... ¡nos vamos a casar! Nanny la miró asombrada durante un instante.

Después lanzó una exclamación de alegría:

—¡Casarse! ¡Bueno, eso es lo que yo he estado deseando para usted y esta casa tiene la mejor sección infantil en la que yo he estado!

Odela sonrió.

A la vez, se sentía a punto de verter lágrimas porque todo era maravilloso. En seguida, Nanny la ayudó a ponerse un lindo vestido blanco que traía

en una de las bolsas de lona.

Uno de los paquetes que enviara el marqués contenía un velo de encaje que caía desde la cabeza hasta formar una pequeña cauda a sus pies.

El otro, una tiara de diamantes montados como racimos de flores.

—¡No estaría más hermosa si fuera al Palacio de Buckingham! — comentó Nanny cuando estuvo ya lista.

—¡Es para mí mucho más importante estar con el marqués que con la Reina! —respondió Odela—. Oh, Nanny, ¿crees que estoy bastante bonita para gustarle a él?

Al decirlo, pensaba en Lady Beaton y en las otras hermosas mujeres que mencionaran las doncellas.

—Es usted tan linda como lo era su madre —aseguró Nanny—. ¡Y puedo jurar que ella era la persona más hermosa que he conocido en mi vida!

—Eso es lo que deseaba escucharte decir —sonrió Odela. Besó a Nanny antes de dirigirse a la escalera.

—Dios la bendiga, mi niña —dijo Nanny con lágrimas en los ojos—, y que sea siempre tan feliz como lo está en este momento.

—¡Lo seré! —afirmó Odela llena de fe.

Sentía alas en los pies mientras bajaba por la escalera. Sabía, por instinto, que el marqués la estaría aguardando en el vestíbulo.

El la observó bajar por la escalera hacia él.

Sabía que Odela era todo lo que siempre deseara y que pensó nunca encontraría.

Cuando la besó por primera vez se dio cuenta de que nunca la habían besado antes.

El era el primer hombre en su vida y sería el último.

En toda su experiencia con mujeres, jamás ansió a ninguna de ellas como amaba a Odela.

No era sólo su belleza la que lo tenía fascinado o la pureza espiritual que emanaba, sino su alma gemela a través de los tiempos.

Formaban ya un solo ser indivisible, aun antes que les fuera impartida la bendición nupcial.

* * *

La capilla de Coombe Court, que se había construido al mismo tiempo que la mansión, estaba consagrada.

—Como el matrimonio lo oficiaría el capellán privado del marqués de Transcoombe no había necesidad de ninguna formalidad legal.

El marqués ofreció a Odela su brazo y juntos caminaron hacia la capilla. Mientras avanzaba, él pensó que era justo el tipo de boda que deseaba.

Sin embargo, llegó a pensar que nunca la tendría. Comprendía que para ambos, la ceremonia era algo que siempre recordarían.

No habría supuestos «amigos» que criticaran, sintieran envidia o arruinaran lo que para Odela sería una ceremonia sagrada.

El se dio cuenta de que estaba un poco turbada. La sintió estremecerse.

«La protegeré y la haré feliz el resto de su vida», se juró, «¡y nadie volverá a perjudicarla!».

Sabía que ninguna otra mujer de las que conocía se hubiera mostrado tan valiente como Odela cuando se encontraban a merced de Fred Cotter.

Ninguna otra habría tenido el valor de huir de su madrastra.

O ser tan lista para acudir a buscar la protección de su vieja niñera.

«¡Es única!», se dijo.

Cuando se arrodillaron para recibir la bendición, el marqués rezó por ser merecedor de ella.

«Jamás debe sentirse desilusionada de mí», juró.

* * *

El marqués y la marquesa de Transcoombe partieron de Shalford Hall.

El carruaje estaba tirado por cuatro excelentes caballos que formaban un tiro perfecto.

Lord Transcoombe conducía sus caballos, advirtió Odela, con una gran

habilidad.

Mas, por el momento; en lo único que podía pensar era en el gesto de asombro y frustración reflejado en el rostro de su madrastra.

También en la expresión de orgullo y satisfacción de su padre.

Extendió la mano y la apoyó en la rodilla del marqués.

—¿En verdad hemos escapado? —preguntó en un susurro.

—¡Lo hicimos! —dijo triunfante el flamante novio.

El también se hizo cargo de que el anuncio de que estaban casados fue un golpe inesperado para la condesa.

Palideció de rabia.

Los tres estaban esperando la llegada del marqués y de Odela.

Fue el conde quien se adelantó para decir:

—Muchas gracias, su señoría, por traer de regreso a mi hija. He estado muy preocupado por ella.

Estrechó la mano del marqués y después, Odela lo besó, mientras decía:

—Estaba muy segura, papá, con Nanny.

—Eso lo sé ahora, hijita —respondió su padre—, pero tu madrastra se inquietó excesivamente por tu desaparición.

—Es algo que nunca volveré a hacer —aseguró Odela.

—Es verdad —intervino el marqués, antes que nadie más pudiera hablar—, y estoy seguro de que me felicitarán al enterarse de que Odela ya es mi esposa y que ambos somos muy felices.

Se produjo un súbito silencio.

Entonces, antes que el conde pudiera decir que estaba en cantado de saberlo, Lady Esme exclamó:

—¡No es verdad! ¡No lo creo!

—Lo es —afirmó el marqués—, y como anoche descubrí que no podía estar un día más sin Odela, nos casamos esta mañana.

—¡Es ilegal! —protestó la condesa.

—Creo que le resultará difícil probar eso —exclamó con tranquilidad el marqués.

Fue entonces cuando el conde recuperó el aliento.

—Si mi hija es feliz, es todo lo que importa —terció—, y, por supuesto, me complace que mi yerno sea mi vecino.

—¡Soy muy dichosa, papá! —sonrió Odela.

El marqués no permitió que nadie dijera más.

Les explicó que tenían prisa porque se dirigían a una de sus casas que estaba algo distante. Esperaba su amable comprensión.

El vizconde no había articulado palabra y Odela no se dirigió a él.

No pudo evitar sentir que estaba un tanto aliviado de no tener que casarse, aun cuando se perdiera la fortuna de Odela.

Fue solo hasta que estaba ya a solas con el marqués cuando recordó que nunca le había comentado lo rica que era.

Entonces se dijo que no tenía importancia.

Estaba segura de que él encontraría muchas formas de que ella invirtiera su dinero en obras que realmente importaran.

Escuelas, hospitales y ayuda para quienes lo necesitaran.

«Es tan rico que no hará ninguna diferencia para él, en ningún aspecto, así que no merece la pena desperdiciar el tiempo hablando de ello», pensó.

Se movió un poco más cerca de su esposo.

—Te amo —le dijo.

El marqués sonrió.

—Y yo te adoro, hermosa mía y esta noche, cuando nos encontremos en la casa donde empezaremos nuestra luna de miel, te demostraré cuánto.

—¡Dímelo... ahora! —rogó Odela.

—¡Te amo, te adoro, te venero!

Los ojos de ella resplandecieron al escucharlo.

Sentía que los cascos de los caballos repetían esas palabras una y otra vez.

Era todo lo que anhelaba y sabía que sería el fundamento de sus vidas de ahora en adelante.

El marqués miró los ojos grises que lo veían con adoración.

—Ya nos deshicimos del segundo dragón —aseguró—, y ahora, mi «princesa durmiente», todo cuanto tengo que hacer es despertarte, no con un beso, sino con amor.

—Eso es... lo único que... deseo —respondió Odela—. Oh, amor, mi maravilloso esposo... me resulta... tan difícil... creer que en realidad... ya soy... tu esposa.

—Si hablas así —respondió el marqués—, te besaré y entonces sufriremos un percance.

Odela se rió.

—Nadie podría conducir mejor que tú.

—Es lo que deseo que pienses y también que me consideres maravilloso y me lo hagas saber, ¡pero no cuando tengo las manos ocupadas!

Odela volvió a sonreír.

Entonces, en un susurro casi imperceptible, murmuró:

—¡Te amo... te amo... desesperadamente!

El sintió como si avanzaran hacia el corazón del sol. Eso era la vida, eso era el amor.

La maravillosa aventura que ella siempre había soñado y ya no sentía temor alguno.

FIN



BARBARA CARTLAND nació el 9 de julio de 1901 en Kings Norton, Lancaster, Inglaterra y se crió en Edgbaston, Birmingham, como única hija, e hija mayor de un oficial de la armada británica, el mayor Bertram Cartland y de su esposa Mary (Polly), Hamilton Scobell. Su familia era de clase media. Su abuelo, James Cartland, se suicidó.

Su padre murió en una batalla en Flandes, Bélgica, durante la Primera Guerra Mundial. Su enérgica madre abrió una tienda de ropa para mantener a Barbara y sus dos hermanos, Anthony y Ronald, ambos muertos en batalla en 1940, durante la Segunda Guerra Mundial.

Barbara fue educada en Malvern Girl's College y en Abbey House, una institución educativa de Hampshire. Después fue periodista de sociedad y

escritora de ficción romántica. Cartland admitió que la inspiró mucho Elinor Glyn, una autora eduardiana, a la que idolatró y llegó a conocer.

Fue una de las escritoras anglosajonas con más éxito de novela romántica. Era toda una celebridad que aparecía con frecuencia en televisión, vestida de color rosa de la cabeza a los pies y con sombreros de plumas, hablando del amor, el matrimonio, la política, la religión, la salud y la moda. Criticaba la infidelidad y el divorcio, e iba en contra del sexo antes del matrimonio.

Trabajó como columnista para London Daily Express y publicó su primera novela Jigsaw en 1923, que fue superventas. Comenzó a escribir piezas picantes, como Blood Money (1926).

Barbara Cartland entró en el Libro Guinness de los récords como autora más vendida del mundo en el año 1983. Sus 723 obras han sido traducidas a más de 36 idiomas, y según la propia autora, escribía a razón de dos novelas por mes. En 1991, la reina Isabel II la condecoró como Dame Commander de Orden del Imperio Británico en honor a los 70 años de contribución literaria, política y social de la autora.

Falleció el 21 de mayo de 2000 y fue enterrada en Camfield Place, su mansión del norte de Londres, vestida con su color favorito, en un féretro de cartón y al pie de un roble que plantó la reina Isabel I en 1550.